Las mujeres del alba

CARLOS MONTEMAYOR

Prólogo de Paco Ignacio Taibo II
Epílogo de Jesús Vargas Valdés

SEGUIREMOS HABLANDO, CARLOS

Paco Ignacio Taibo II

Una vez te dije que viejos rojos, viejos rockeros y viejos novelistas nunca mueren, y me propusiste que añadiera a la lista a los cantantes de ópera. Tengo que confesarte que nunca lo hice.

Estábamos en una gira enloquecida por Italia de presentaciones cruzadas de nuestros últimos libros y teníamos un montón de pactos: yo no rechazaba una copa de vino y a ti te tocaba doble: nunca repetíamos la misma presentación y hablábamos de política cuando esperaban que habláramos de literatura y a la inversa. En algún lugar descubriste un piano y un pianista y mezclamos defensas de las zapatistas con reflexiones sobre la novela, y luego te pusiste a cantar arias de óperas de Verdi ante un grupo de entusiastas adolescentes sentados en el suelo, que parecían estar muy contentos de que los intelectuales de izquierda mexicanos fuéramos tan heterodoxos.

No siempre nos quisimos bien. ¿Te acuerdas del encontronazo en Mérida? Y luego llegó *Guerra en el paraíso*, como bien sabes me deslumbró y nos sentamos a discutirla, y nos hicimos muy amigos. Mezclándonos en esta vorágines de resistencias e historias que ha sido el México de los últimos años.

Seguí de cerca tus historias de Madera y su secuencia en las Islas Marías, las que fuiste publicando, y el inédito que tenías en las manos, donde querías que el protagonismo lo tuvieran las mujeres. Me emocionaba mucha esa pasión por que la historia no quedara enterrada, por convocar el retorno de los muertos y reivindicar sus vidas. Lo hablamos en aviones, trenes y automóviles por medio planeta.

Pero no todo era excesivamente serio en nuestras andanzas

comunes. Tengo que llevarte el prometido video donde en la ceremonia de clausura de la Semana Negra en Gijón cierras la informalidad cantando el brindis de la Traviata con una botellita de pepsi en la mano.

En ese mismo viaje, después de mostrarte las virtudes de la fabada, se me ocurrió decirte que la comida chihuahuense era un mito. Espantado ante tanta herejía juraste que íbamos a corregir el despropósito. Y días después de retornar a México me llevaste a un restaurante en la colonia Roma, llamado La toma de Tequila, y nos pusimos verdes de tanto chile asado, caldillos y guisos, que casi tuvimos que bajar las escaleras de rodillas, yo pidiendo humildemente perdón.

Fue entonces cuando me contaste tu teoría de por qué los chihuahuenses o los coahuileños, o los norteños de Durango o Sonora no han tenido problemas para apropiarse de la cultura helénica. "Estás ahí sentado a la puerta del rancho —decías—, y ves pasar una vaca. Y no es de nadie. ¡Zas!, te la apropias. Y luego ves pasar a lo lejos un ejército de hombres sudorosos con armas de bronce, que apenas brillan en el sol que se acaba, y zas, te los apropias. Y te encuentras de repente con que la Iliada y la Odisea son tuyas." La teoría resultaba fascinante y siempre intenté encontrarle un complemento que explicara que los que nacimos mirando al mar tenemos la misma posibilidad de apropiarnos de lo que va pasando en piraguas, falúas, veleros o vapores. Nunca te la he contado.

Me quedan siempre cosas por decir. Llego siempre tarde a todo: a los homenajes, a los recuerdos, al dolor de la pérdida, a la memoria. Es la condena del que espera una segunda oportunidad. Sea esta una vez más. Pero estate tranquilo, añadiré a los cantantes de ópera a la lista de los que nunca mueren, te seguiré leyendo, me seguiré olvidando de llamarte por teléfono para aquella comida que tendríamos en casa, que habría de ser esta semana, y que no podría ser cena y en la que

Paloma había prometido lucirse en la cocina porque quería agradecerte la larga conversación solidaria que tuvieron cuando fue despedida hace unos meses.

Y seguiré conversando contigo en las noches, como hago con tantos otros.

Y de repente, me llama Andrés y me dice que si puedo leer un texto que me va a enviar en un sobre. Y lo abro cautelosamente, y desde el más acá apareces con *Las mujeres del alba*. Coño, lo terminaste. Y se van saliendo las lágrimas mientras lo leo. Y cuando lo termino, voy al teléfono y no sé bien qué hacer, dónde llamarte, para decirte que nuevamente lo habías logrado. Y a la espera de que me pases el nuevo número de teléfono, te lo escribo.

Madera, sierra de Chihuahua

(23 de septiembre de 1965)

MONSERRAT, LA MADRE

"Son ellos", pensé desde que oí el primer disparo. Sentí que había despertado antes, que lo estaba esperando. En la oscuridad de la habitación me di cuenta de que mis hijos se habían incorporado, que permanecían sentados en la cama; adivinaba sus miradas. Oíamos el tiroteo y explosiones, gritos. Por varios momentos sentí que estaba mareada. Se acercó mi hija mayor, Monserrat, y me tomó de las manos. La abracé y acaricié su pelo; un temblor recorría su cuerpo. Mis hijos más pequeños seguían sin moverse, en la cama. Me vestí lo más rápido posible. "Ya pasó lo que iba a pasar", les dije. "Levántense, mis hijos, porque tenemos que salir, no nos podemos quedar aquí." Los ayudé a vestirse y luego me ocupé del más pequeño, de Trini, que apenas tenía un año. Me asomé por la ventana; dejé que mis hijos también se acercaran. La gente corría afuera y el tiroteo continuaba a lo lejos. Vi la pista de aterrizaje vacía, sin movimiento, muy cerca de nuestra casa. Pregunté si les daba de comer algo, pero los niños no querían, tenían miedo, no sabían qué pasaba. También a lo lejos sonó el silbato del ferrocarril. Yo sabía que eran ellos. "¿Cuándo habrán llegado?", me preguntaba. Pero no quería pensar mucho. Salvador, mi marido, me lo había advertido. Debía hacer lo que me había dicho. Dejamos de escuchar los disparos cuando había aclarado la mañana.

"Ahora, mis hijos, salgamos", les dije. Yo llevaba en brazos al más pequeño. Hacía mucho frío. Todo estaba húmedo, porque había llovido. Cuando nos dirigíamos a la casa de mi cuñada Albertina, volvimos a escuchar más disparos. La gente estaba en las calles, mirando hacia los cuarteles. "Atacaron a los soldados", exclamaban con preocupación. Yo sabía que la lucha era en el cuartel, que ahí tenía que ser. No saludé ni me detuve con nadie; yo iba concentrada en avanzar con mis cinco hijos. Cuando llegamos a la casa de mi cuñada, no me sorprendió verla afuera. La vi a los ojos y entendí lo que ocurría. "Temo que estén ahí mis hermanos Salomón y Salvador", me dijo. "Claro que están", pensé yo, pero nada respondí. "Tengo que esconderme, no tardarán en buscarnos", le dije. Nos llevaron a la troje; estaba llena de paja, maíz, aperos. Nos trajo algo de comida y un pequeño aparato de radio. "Tenía que ser así", le comenté. "Los hombres piensan que son los únicos que viven y mueren", respondió con miedo y con resentimiento. "Todos morimos", le contesté. "Pero unos sufren más", repitió. "Yo creo que sí, pero no importa ahora", insistí. "Ellos se van al monte o se mueren, pero tú tienes que esconderte." Tenía razón, pero había muchas cosas que hacer; no había tiempo para hablar. Si Salvador moría, yo sufriría mucho; si escapaba con vida, sufriría más, él me lo había dicho. Albertina abandonó la troje y cerró la puerta. Mis hijos estaban desconcertados y me miraban. "Enciende el aparato de radio", le pedí a mi hija mayor. "Enciéndelo para saber qué dicen, para saber qué nos está pasando."

ALBERTINA

"Van a matar a mi hermano Salomón. ¿No oyes los disparos?", insistí, "están atacando el cuartel". "No entiendo", contestó mi hija. "Tienes que entender ahora, porque Salomón es de los atacantes. Recé muchas semanas para que esto no ocurriera." El tiroteo aumentaba por el rumbo de los cuarteles y de los talleres de ferrocarriles. Había explosiones de bombas. Me asomé por la ventana: estaba oscuro, nada podía ver. Salí al corral y a lo lejos vi el espejo quieto y negro de la laguna. Olía a humedad, a lluvia reciente; la tierra en el corral estaba reblandecida, lodosa. Me sentía atrapada por la oscuridad, por el tiroteo y las voces. Quise gritar también, correr hacia la laguna. Sentía la muerte, el presentimiento, la delicada luz del amanecer que no lograría soportar estas cosas. Mi hija mayor quiso tranquilizarme. "Van a matar a Salomón", repetí. "Hace frío", dijo mi hija, "entremos en la casa". "No quiero, no puedo", repetí. Presentí que iba a llorar, pero me esforcé en permanecer firme. "Deben estar ahí mis hijos Juan Antonio y Lupito", pensé, "también Salvador. Están ahí mis hermanos y mis hijos, los Gaytán y los Escóbel". Mi hija temblaba a mi lado; era el frío, el miedo, no sé. Yo estaba mirando el cielo, buscando una grieta de luz, de amanecer. Cerré los ojos un momento, rezando. Cuando los abrí, estaba de nuevo en la casa, con una taza de café caliente en las

manos. Mi hija me había puesto una frazada en la espalda y me miraba con los ojos llorosos. "No estoy segura si prefiero que amanezca. Quiero que todo el día siga así, a oscuras", me dije. "¿Y los otros muchachos, los que no son de aquí? ¿Qué haremos con esas familias?", murmuró mi hija.

ESTELA, LA ESPOSA

"¿Quién te llamó, Jolly?", le pregunté cuando terminó de contestar el teléfono. Aún no amanecía. Eran las seis de la mañana y yo escuchaba que afuera, en la ciudad, caía la llovizna. "Me hablaron del aeropuerto", me explicó. "¿Quién te llamó?, dime." "El controlador de vuelos." "¿Quién?" "Raúl. Está en la Torre de Control." "¿A dónde vas?" "A la sierra. Los guerrilleros están atacando el cuartel de Madera." "No vayas." "Tengo que ir", me dijo cortante. "Pero no te hablaron del periódico, no tienes que ir." Yo estaba de pie, asomada a la ventana, como si no estuviera en mi casa y quisiera ver la sierra en la oscuridad. Mi marido se vestía y yo me encaminé a la cocina para calentarle café y pan. Se bebió el café de pie y le dio dos mordidas al pan tostado. "Te preparo dos huevos fritos, Jolly; no puedes irte a la sierra con el estómago vacío." Dudó un instante. "Dame un huevo crudo con sal." Se lo di en una taza y lo bebió. Le tendí una manzana. "Llévate esto", le dije. Accedió y guardó la manzana en la bolsa de su abrigo verde. "Pareces militar", le comenté. Jolly sonrió. Tomó su cámara y llenó con rollos de película fotográfica un maletín. "Llámame cuando llegues a la sierra. O cuando regreses a la ciudad, cuando estés en el periódico", le pedí. No me contestó. Salió de la casa y no me oyó o no quiso responderme. "No debe pasarle nada", me dije. "Es un necio, pero no le

va a pasar nada." Me quedé mirando por la ventana, pensando en la sierra, en Ciudad Madera. La oscuridad de la calle me ayudaba a no pensar, a no angustiarme. Miraba por la ventana como si le estuviera preguntando muchas cosas a no sé quién. Tardó mucho en amanecer. Me retiré de la ventana cuando empecé a oir movimiento en la recámara de mis hijos.

ALBERTINA

No soportaba continuar encerrada en la casa. Quería salir a los cuarteles, comprobar lo que estaba ocurriendo. La gente corría por las calles. Un vecino informó que estaban atacando el cuartel con explosivos. Yo sabía que eran mis hermanos y mis hijos. Muchos soldados acampaban fuera de los cuarteles, al otro lado de la laguna, y quizás ahora avanzaban hacia la guarnición y atacaban desde la ribera. Oí el silbato del ferrocarril cuando el tiroteo aún era intenso. Pensé en enviar un mensaje a mis padres, a mi marido, que estaban en el rancho. Alguien tenía que avisarles. Cuando amaneció por completo cesaron los tiros. Los soldados pasaban corriendo en grupos por las calles, apuntando con las armas; iban persiguiendo a alguien. A lo lejos, bajando por la calle del cerro, distinguí a Monserrat. Venía con sus cinco hijos, los hijos de mi hermano Salvador. A él y a Salomón los han buscado con mayor tesón los soldados y los policías rurales. Tienen miedo de ambos. Pero sobre todo presionan a Monserrat, a mí, a mis padres. Nos arrestan, nos interrogan, nos incomunican, nos amenazan. Ahora ellos aquí están, ahora aquí los tienen cerca.

MONSERRAT, LA HIJA

Oímos los disparos y mi mamá dijo: "Ya pasó lo que iba a pasar. Levántense, mis hijos, no podemos quedarnos aquí". Nos asomamos por la ventana y vimos que la gente salía, asustada. Los soldados corrían por el tiroteo hacia el bosque, hacia Las Lajas, arriba de la pista de aterrizaje, por nuestra casa, por la escuela más grande. Cuando se calmó la balacera oímos que un avión volaba sobre nosotros. Ya habíamos salido de la casa cuando la avioneta aterrizó en la pista. Vimos a lo lejos que varios soldados corrieron hacia la avioneta y la rodearon, apuntando con las armas. Nosotros seguimos caminando, bajando hacia el centro del pueblo, no nos detuvimos. La gente estaba afuera de las casas, mirando hacia los cuarteles, hacia la sierra, hablando con preocupación. Cuando llegamos a la casa de mis tíos, nos escondieron en una troje donde metían la paja, el maíz, herramientas, todo. Ahí nos metió mi tía. Nos escondieron ahí y mi tía nos prestó un radio; me lo entregó a mí, porque yo tengo once años, soy la mayor de mis hermanos. La primera noticia que escuchamos por el radio fue que había muerto mi papá. "Salvador Gaytán", dijeron. Comencé a llorar, no lo soporté. Mi madre no lloró. Es muy fuerte. Yo quería salir de la troje, con desesperación. Mi madre me ordenó quedarme. "Ninguno de nosotros debe salir de aquí todavía", me dijo

con autoridad. A través de mis lágrimas, vi a mi hermanito Trini dormido sobre unas pacas de forraje. Mi madre se levantó y dio unos pasos. Yo seguía llorando, pero ella no. Eso me dio seguridad y poco a poco me fui sobreponiendo para no llorar, porque mis hermanitos se asustaban y no entendían. Llegó mi tía Albertina a la troje. Cuando abrió la puerta sentí mucho frío; cuando salimos de mi casa no lo había sentido, pero ahora sí. Mi tía le preguntó a mi mamá si había oído la noticia por radio. Mi mamá le dijo que sí. Se abrazaron, pero ninguna lloró. "Estos niños tienen que comer algo", dijo mi tía. "Que vengan a la casa, ya preparamos desayuno." Yo no sentía hambre, no quería comer. Mi mamá se quedó en la troje con mi hermanito Trini, que seguía dormido, envuelto en un cobertor, en un montoncito de paja; mi hermanito era muy pequeño. Como yo no tenía hambre, me quedé ahí, a acompañar a mi mamá.

MONSERRAT, LA MADRE

Estábamos solas en la troje, sentadas junto a mi hijito Trini. Mi hija no oyó la primera vez que lo anunciaron por radio. Yo no me sorprendí, pero me estremeció. Me preocupaba lo que vendría después, no lo que le pudiera ocurrir ahora. Nunca pensé que lo dañaran. Él me lo decía: "Cuídate, Monserrat, porque a ti te reprimirán, Te acosarán, querrán vengarse contigo y con los niños". Luego sentí alivio. Mi hija estaba llorosa y quizás pensaba en su padre muerto. A los pocos minutos repitieron la noticia y el locutor insistió que los soldados habían matado a Salomón Gaytán, no a Salvador, y al profesor Arturo Gámiz y a Pablo Gómez. Sentí mucho dolor por Salomón, como si hubieran matado a Salvador. Hasta ese punto se querían los dos hermanos. También sentí dolor por Albertina, porque ella no tenía a cuál escoger. Yo ya había sufrido la represión, y mis suegros también, pero Albertina no. Ella sufría por el dolor nada más. Yo sufría también por el temor de lo que iba a venir, de lo que me iban a hacer sufrir. "Yo necesito apoyo, Salvador, no puedo quedarme aquí en la casa, con los niños. Así soy un blanco fácil. Tengo que abandonar la región, por fuerza." Mi hija volvió a llorar, pero confortada, porque su padre aún vivía. Mi bebé despertó y comenzó a gemir quedito, como si no quisiera molestar. Lo levanté del suelo y le quité del cobertor las pajas del forraje que se le

habían pegado. Le di un beso a mi hija, que seguía llorando. "Vamos a buscar a tu tía y a tus hermanos. Necesitamos comer algo. Hay mucho que hacer este día." Mi hija corrió hacia el portón de la troje y lo abrió. Entró un viento frío y húmedo. También la luz del sol, que me sorprendió, como si desde mucho tiempo atrás no hubiera visto un sol tan radiante, aunque el viento frío y el lodo le quisieran cortar el paso, distraerlo.

ALBERTINA

Lo presentí. Le tocó morir a Salomón, no a Salvador. Cuando lo escuché por radio me dije: "Ahora no se equivocan. Sé que es Salomón". Mi hermano menor que reía, que cocinaba, que le gustaba hacer tortillas de harina, que era valiente, el más justo. Salvador era reflexivo, pensaba las cosas, actuaba con tiento. Salomón reía, actuaba con el corazón, con la fuerza del mundo, como llega el viento o inunda el calor. Él cuidó a mis hijos, los llevó con él, los hizo justos y combativos. "Yo no les enseño, Albertina", me dijo. "Su propia sangre les dice cómo ser. El valor no es algo que se aprenda; brota nada más. Tus hijos lo saben por su propia sangre. Así son Toño y Lupito, no les tengo que decir qué es lo justo y qué no. Por eso nadie los va a doblegar." Ya era joven cuando mi hermano estudió primaria. Álvaro Ríos lo convenció y lo llevó a la ciudad de Chihuahua. Ahí estudió. A Salomón le gustó. Lo hizo más natural, más lo que él era; le dio más libertad para ser así. Creo que lloré mientras iba por las calles. O quizás fue el frío, la humedad. Me parecía que atravesaba entre muertos, o entre gente que estaba a punto de morir. Iba sola, y sentía el sol que ascendía por el horizonte, que trataba de calentar el lodo, que brillaba en los charcos, en el bosque, en la sierra quieta, silenciosa. Varios soldados intentaron detenerme antes de llegar a los cuarteles.

"Tengo que pasar", les contesté sin detenerme. No hice caso. Ellos estaban nerviosos y confundidos. Dos soldados se interpusieron en mi camino y me dijeron que no podía pasar. "Vengo por mi hermano, que está en el cuartel", respondí sin detenerme, esquivándolos. "Nadie puede entrar al cuartel", me advirtió. "No tengo por qué entrar al cuartel, voy a hablar con su superior", repliqué sin dejar de avanzar. Al momento llegué al cuartel. En la entrada, entre la barda de troncos, había una escolta de soldados. "Vengo por mi hermano", dije. Los soldados no entendían. "¿Qué quiere usted?", me preguntó uno de ellos. "Vengo a recoger el cuerpo de mi hermano." "¿Quién es su hermano?", preguntó el mismo soldado. "Uno de los hombres que ustedes mataron." "¿Es uno de los atacantes?" "Vengo por Salomón Gaytán. Es mi hermano. En el radio dijeron que ustedes tienen su cadáver." "No estamos autorizados para dar ninguna información." "No quiero información, vengo por su cadáver." Se aproximaron otros dos soldados a la puerta, que portaban otras insignias, y preguntaron qué ocurría. El soldado que hablaba conmigo respondió: "Mi capitán, esta señora quiere recoger el cadáver de un hermano". El capitán se volvió a mirarme. "Vengo por Salomón Gaytán. En el radio dicen que ustedes tienen su cadáver aquí, en el cuartel." Intervino el que acompañaba al capitán: "Es uno de los muertos por los explosivos. Cayó bajo el talud de las vías del ferrocarril". "¿Por qué quieren ustedes su cadáver? No lo necesitan. Yo sí." El capitán me miró inexpresivamente. Luego dio instrucciones a su asistente.

MONSERRAT, LA HIJA

Mi mamá me permitió que me asomara por la puerta de la troje. Vi en la calle el movimiento de la gente asustada y de los soldados que pasaban en grupos hacia la salida de la población, rumbo al camino de Huizopa, y también hacia los pinares, cerca de nuestra casa. Vi que una avioneta se elevaba al pie del bosque. "Ya se va la avioneta que vimos llegar", le dije a mi mamá. Ella estaba sentada cerca de mí, junto a la puerta, pero sin asomarse. Mi mamá sólo movió la cabeza. "Creo que es la misma avioneta", repetí. "Ya va muy alto. ¿Oyes el ruido de los motores?" Primero habían dicho por radio que entre los muertos estaba mi papá, luego que no. Yo no lo soportaba. Yo no entendía los nombres que decían por radio. Pero no dejé de vigilar la calle, permanecí asomada en la puerta todo el tiempo y vi que se aproximaba la camioneta en la que se había ido mi tía. Dos hombres venían sentados atrás, al descubierto. Se lo dije a mi mamá y ella se puso de pie. No me volví a mirarla, pero la sentí intranquila. "Ya rescató el cuerpo de tu tío Salomón, de seguro ahí lo traen", dijo mi mamá. La camioneta se detuvo frente a la puerta. No me di cuenta cómo se llenó de gente la calle, se agolpaba frente a la casa. Vi bajar a mi tía de la camioneta, pero por el ruido y las voces de la gente no me di cuenta de que mi mamá me estaba llamando para que saliera de la troje y entrara

con ella en la casa. Había mucho ruido en la calle y mi tía estaba agradeciendo a la gente. Cuando metieron en la casa el cuerpo de mi tío Salomón, ella cerró la puerta. Siguió el ruido afuera, en la calle, pero yo sentí otro ruido más fuerte dentro de la casa, como si yo me mareara o se hubiera roto el piso. Ahí estaba mi tío Salomón, no mi papá. Pero ahora se parecían más. Venía mi tío muy sucio de lodo y de hierbas. Además de la sangre traía una mancha oscura, negra, en un brazo y en una mano. Su olor era muy fuerte, penetrante, un olor que yo no conocía. Uno de los jóvenes que nos estaba ayudando dijo que era el olor de una bomba, el olor de la dinamita. Lo sacaron al patio y lo lavaron. Dentro de la casa nos quedamos mis primas y yo, desconcertadas. Dos de mis primas comenzaron a llorar, muy quedito, y yo también quise llorar otra vez. Volvieron a meter a mi tío Salomón en la casa, en la habitación de mi tía, amortajado ya en una sábana. Mi tía Albertina nos vio a mis primas y a mí. "No es momento de llorar, niñas, hay mucho que hacer este día. Ayuden en otras cosas." Colocaron el cuerpo de mi tío Salomón en el suelo, en contra de la dirección de las vigas del techo, para que hiciera la cruz. "Así está bien", dijo una señora, "ya está en cruz. Enciendan esta vela y podemos empezar". Mi mamá se acercó al grupo de señoras y de hombres que iban llegando. Todos se arrodillaron y empezaron a rezar. Yo me sentí mareada, me ardían los ojos. No soportaba, quería estar segura de mi papá. Los rezos me marean. Son como un rumor de avispas o muchos secretos dichos al mismo momento. Yo creo que dormí, porque no me di cuenta cuando terminaron de rezar y se pusieron de pie. Mi mamá se acercó a mi tía Albertina. Estaban hablando ellas solas, en voz baja, al fondo de la habitación, desde hacía rato.

MONSERRAT, LA MADRE

"No saben quién los atacó", le dije a Albertina. "Ni cuántos. Por radio dijeron primero que había muerto Salvador. Luego que había muerto Antonio Gaytán. Hace un momento, mientras estabas fuera de la casa, dijeron que varios huyeron a caballo rumbo a la cuesta de Cebadilla y que entre ellos, herido, iba Salomón. Y ya ves, rescataste el cuerpo de Salomón. No saben quiénes fueron. Están confundiendo a tus tres hermanos." Albertina me miraba desconcertada, pero sin sufrimiento aparente. Yo tenía miedo todavía, porque habían dicho primero que habían matado a mi marido. Pero si mataron a mi cuñado Antonio, entonces Salvador también estaba ahí, porque iban juntos. Albertina temía por sus hijos, por Lupito y José Antonio. Por radio mencionaron que dos cadáveres traían identificaciones, el doctor Pablo Gómez y un estudiante de derecho. Mi cuñada sólo conocía a Pablo, al muchacho no. Por radio hablaron de muchos atacantes. No lo podíamos creer. "Tengo que regresar a los cuarteles", me dijo Albertina. "Eso pienso", le contesté, "porque tienes que cerciorarte de los muertos, saber si tenemos más familia esperándonos allí, tirados en la tierra". "Iré ahora mismo", dijo mi cuñada. "Llévate a mi hija", le pedí, "porque no soporta la situación. Quiere comprobar que no esté su padre entre los muertos".

CARMEN

Yo escuché por radio la noticia del ataque a los soldados. Estaba sola. Mi marido se había ido a revisar la cosecha en el rancho. Por radio hablaron de varios muertos y mentaron a los Gaytán. Pero no se ponían de acuerdo, porque primero decían que habían matado a Salvador, luego que a Antonio, luego que a Salomón. Yo sabía que mi hijo tenía que estar allá, en Ciudad Madera. Si Salvador atacaba a los soldados, entonces ahí estaría mi hijo. Estuve atenta al radio, esperando con dolor que dijeran "Ramón Mendoza". Pero no, a Dios gracias que no. El corazón me decía que ahí estaba, que también combatió. Pero yo estaba sola, en Tres Ojitos, lejos de Ciudad Madera. Mucha incomodidad sufrí. Cuando oscureció pude respirar, pues llegó mi marido y le pude decir todo lo que oí por radio. Entonces lloré, porque sentí la fuerza de mi marido, su entereza. "Usted no se aflija", me explicó, "su hijo sabe hacer las cosas. Además, no podía ser de otro modo. Mañana iré a Ciudad Madera, para cerciorarme y para que usted esté reconfortada". Esa noche ya pude respirar, pero no dormir. Mi marido tampoco, aunque aparentó que dormía. Toda la noche estuvo lloviendo. Oí el ruido de la lluvia en la leña apilada afuera, en las ventanas de la casa, en el pinar, en el establo. Me angustiaba que yo estuviera protegida bajo un techo y que ellos no estuvieran a salvo.

LUPE

Yo tenía un pequeño radio, muy viejo, que estaba oyendo en la casa de mis tíos en la colonia Anáhuac. Interrumpieron la transmisión y el locutor informó que habían atacado el cuartel militar de Ciudad Madera, que el ejército estaba esperando el ataque de los guerrilleros y que no había sobrevivido ninguno de los asaltantes. Yo sentí que me desmayaba. Sentía un zumbido en los oídos, un estremecimiento que me sofocaba. Quería llorar o gritar. Me resistí a aceptar que hubieran caído todos. No era justo. Me fui a Chihuahua inmediatamente. Sufría por Pablo, mi guía, el guía de tantos, de muchos. Debían vencer, porque el mundo iba a cambiar. Perder todo de pronto, no, no era creíble. No se había encendido el fuego, no había cambiado el mundo. En la ciudad de Chihuahua fui con Pedro Muñoz Grado. Sólo tenía la información que transmitían las estaciones de radio. Había hablado con compañeros del sindicato de maestros para reclamar el cuerpo de Pablo Gómez. No sabía más ni de los que habían atacado ni de los que habían muerto. "Por ahora no me busques ni me llames. Como si no te conociera, ¿entiendes?" Salí a la calle y sólo pensé en ellos. Yo no entendía. Comencé a sentir miedo, o un mareo. Era náusea, desilusión. Circulaba una edición extra de los periódicos, una sola hoja con fotografías. Ahí estaba Pablo. Estaba Salomón. No podía leer. No podía

ver bien. Estaba llorando, sin gemir, sin gritar, como si sólo respirara.

ESTELA, LA ESPOSA

"¿Por qué me llamas?", me preguntó Jolly, ofuscado. "Es la segunda vez que te busco en el periódico. ¿Por qué no me has llamado?", le contesté. Todas las noticias por radio eran terribles y me preocupaba que él hubiera llegado cuando aún había tiroteo. Oía la respiración de Jolly en el teléfono. Permanecía callado. "Soy tu esposa, dime." "Mujer, tengo mucho trabajo, debo regresar a la sierra." "Dime, ¿te expusiste?" Jolly me decía que no le pasó nada, era lo que importaba. "¿Había tiroteo?" "Lejos de donde estaba. Rumbo a la sierra. Ningún peligro para los que estábamos por los cuarteles." "¿Ya comiste?" "¿Quién va a pensar en comer, mujer? Son las diez de la mañana." Antes de las seis de la mañana había salido de la casa. "Lo haré cuando regrese. Ahora debo llegar de inmediato al aeropuerto." Jolly estaba agitado. Sé lo que pasa cuando se pone así. No oye razones, no come. La muerte no es buena para comenzar el día. ¿Por qué ocurren esas cosas? Eran muchachos tan jóvenes. Fotografiar la muerte no me gusta. Me dolía pensar en esos muchachos, pensar en mis hijos. Yo no sufriría ese tormento. No lo aceptaría.

ALBERTINA

"Es mi hijo", le respondí al capitán, que seguía negando con la cabeza, "es José Antonio Escóbel Gaytán, necesito llevármelo". "De aquí no se lleva a nadie, señora", me espetó el capitán. "Quiero hablar con su superior", repliqué. "Aquí no hay más superior que las instrucciones que nos han dado." Varios soldados acompañaban al capitán, y me miraban con desconfianza. Habían reunido los cuerpos en la tierra. Mi hijo estaba con los ojos abiertos; los cerré. Quise hacerlo con otro de los muchachos y me lo impidieron, ya no pude acercarme. El profesor Arturo Gámiz estaba muy lastimado de la cabeza. No reconocí a los otros caídos. Yo deseaba que de algún momento a otro se incorporaran. Todos traían chamarra. El sol estaba elevado ya, pronto sería mediodía, pero sentí más frío, mirando los cuerpos, viendo a mi hijo sin que pudiera abrazarlo, tocarlo, limpiar sus heridas, sacudir su pelo, quitarle el lodo y la sangre. Sin poder llorar como quería, porque no deseaba darle a los soldados la satisfacción de verme llorar, de mostrar mi sufrimiento, de que se mofaran del dolor. Habían retirado de mí a las niñas que me acompañaban; yo me volvía a verlas, estaban quietas, esperándome a varios metros de distancia, junto a la entrada del cuartel. Yo sentía que era un tronco hundiéndome en la tierra, prendida junto a los cadáveres de los muchachos, junto a mi hijo. No

soportaba abandonarlo, verlo ahí, entre los soldados fríos y altivos. "Tiene que retirarse, señora", insistió el capitán. Salieron dos soldados de la barraca del cuartel y hablaron en voz baja con él. Asintió, sin contestar palabra. Volvió a pedir que me retirara. Yo veía el cadáver de mi hijo y sentí que me arrojaban del mundo, que me arrojaban al vacío. "¿Por qué retienen su cadáver? Es mi hijo", repetí. "Ellos vinieron aquí por su propia voluntad, señora, así que aquí se quedan. Nosotros los llevaremos al panteón más tarde. Lo sabrá en su momento." No contesté. El capitán me miró impaciente. "Retírese", ordenó secamente. Cuando llegué con las niñas, estaban nerviosas, a punto de llorar. Me parecía increíble que yo me estuviera retirando de ahí, que el cuerpo de mi hijo quedara a mis espaldas, lejos, en otra parte del mundo, o en otro mundo remoto, desconocido. Me costaba trabajo caminar. Sentía las piernas pesadas, duras, como si llevara una carga inmensa.

LUPE

No podía ver bien el periódico. Pensé que no ocurriría así. "Se postergó el ataque, porque no pudieron concentrarse los grupos", me había dicho Saúl Ornelas cuatro días antes. Los policías trataron de aprehenderlo en Madera y logró ocultarse en una milpa muy cerrada durante toda la tarde, luego acercarse a la estación de ferrocarril y subir a un tren de carga en movimiento que iba saliendo del pueblo. Él sabía que debían concentrarse primero en Ariseachic y ya reunidos los grupos marchar a Madera. El día 16 Saúl se fue en un chevrolet viejo con Ramón Mendoza, Paco Ornelas y los hermanos Escóbel; en otro auto se fueron Arturo Gámiz, Salomón Gaytán, Óscar Sandoval y Pablo Gómez. Tuvieron que detenerse unos kilómetros después de Ciudad Guerrero, porque el río estaba muy crecido. Ellos traían algunas armas para su propio grupo, pero no para los seis compañeros que irían directamente a Madera a hacer una evaluación previa del asalto y de las instalaciones de policía, de radio y de bancos. Los planes iniciales habían sido atacar el cuartel el día 17, de manera que tenían que avisar a estos compañeros del retraso. Durmieron el 16 junto al río y el 17 en la mañana le encomendaron a Saúl la tarea de avisarles en Ciudad Madera del retraso. "No llegaron todos los compañeros a Ariseachic ni todos a Ciudad Madera", insistía Saúl. "Por lo menos, nadie llegó a

tiempo. Yo no encontré al grupo que debía vigilar Ciudad Madera, el de Pedro y Juan." Pienso ahora, como Saúl, que quizás tampoco llegaron Salvador y Antonio Gaytán; ellos traían las mejores armas para el combate y con ese equipo no hubiera resultado tanto daño para ellos, para Pablo, Pablo, que no logro apartar de mi dolor.

MONSERRAT, LA HIJA

No quisieron entregar a mi primo Antonio Escóbel. No quisieron los soldados. Ya no pudo mi tía hacer nada. Sólo rescató a mi tío Salomón, que estamos velando aquí, ahora. No estaba mi papá entre los muertos, pero sigo teniendo miedo por él. He estado oyendo el ruido de las avionetas que llegan o que se van. Han sido muchas. Cuando mi prima y yo acompañamos a mi tía al cuartel, vi una avioneta que estaba llegando y otra que se iba. Hacen un ruido peligroso. Hasta el ganado se inquieta, lo he visto en el corral por el que pasamos ahora, cerca del cuartel. Pero me refiero a antes, en otros días. Porque ahora en la mañana no estaba lleno de ganado, sino de personas. Había más de cien personas en el corral, que olía a estiércol y estaba lleno de lodo. Eran campesinos; algunos estaban sin vestir, con una cobija encima. Creo que los apresaron porque estaban en la calle, asombrados por el tiroteo. Mi mamá y mi tía Albertina siguen hablando en voz baja al fondo de la habitación. Seguimos velando aquí, entre la gente que llega, a mi tío.

ESPERANZA

Lo supe desde el momento que entró en la habitación. Mi esposo no suele caminar así. Llegó nervioso, tratando de no agitarse. Me miró con una sonrisa de dolor, queriendo protegerme. Yo lo entendí antes de que me lo dijera, por eso le pregunté de inmediato: "Dime, Paco, ¿son tus armas?" Me siguió mirando con una sonrisa difícil de sostener. "Son tus armas, ¿verdad?", insistí. Paco asintió. Explicó que sólo dos armas eran nuestras, dos rifles deportivos. "Lo importante no son las armas", le dije. "Lo que importa es que confirmes si nuestro hijo murió esta mañana en el ataque. Quiero estar segura si mi hijo quedó entre los muertos o si está vivo." La mente me decía que mi hijo estaba muerto, pero mi corazón se resistía a aceptarlo, insistía en que debía estar vivo. Así lo sentía dentro de mí, tenía que estar vivo. "Hablé con el gobernador", comentó mi esposo. "Volaré de inmediato a Ciudad Madera en una avioneta del gobierno. Creen que entre los muchachos que murieron está Pedro." Paco me dijo que también piensan que está entre los muertos Juan Fernández, su amigo. El gobernador estaba interesado en ese muchacho porque es hijo del diputado Juan Fernández, de Jiménez. Paco me acarició y me dio un beso. Estaba tenso. Paco está acostumbrado a muchas formas del dolor y de la vida. Como médico ve con naturalidad la muerte. Pero no es fácil buscar el

cadáver de un hijo. Para nadie. Me explicó que don Juan Fernández viajaba por carretera, que estaba por llegar aquí, a la ciudad, para volar juntos a Madera. "Quiero que esto sea rápido", me dijo. "Cada minuto de incertidumbre se hace más inacabable y más amargo." Lo acompañé a la puerta. Mientras se alejaba su automóvil volví a sentir que mi hijo estaba vivo. Pero volvió mi mente a repetir que estaba muerto.

ESTELA, LA ESPOSA

"¿Qué pasó, Jolly, dime, estás bien?", le pregunté a mi esposo cuando llegó a la casa, poco después de mediodía. "Vengo a comer algo, tengo que regresar al periódico porque imprimiremos otra *extra*." Se metió al baño y oí que abría la regadera. Cuando acabó de bañarse, yo le había puesto su lugar en la mesa y le había calentado un guisado y café. Luego le dije: "Oí por radio que unos gavilleros habían atacado a los soldados en Ciudad Madera". "No eran gavilleros", me contestó, "eran guerrilleros; es un asunto social, no de delincuentes. Entre los muertos estaban los profesores Pablo Gómez y Arturo Gámiz, por ejemplo. También un estudiante de derecho. No eran gente cualquiera". Jolly estaba comiendo con mucho apetito y muy rápido. Repitió que debían sacar otra edición, que tenía fotografías muy fuertes, muy terribles. "Dicen por radio que murieron todos los atacantes." Mi marido negó con la cabeza. "La verdad, no saben cuántos los atacaron", explicó. "Vi cómo perseguían hacia la sierra, en los pinares, a varios de los guerrilleros. Cuando llegué en la mañana, en el primer vuelo, todavía escuché ese tiroteo." "¿No te pasó nada, estás bien?" "No me pasó nada, a mí no. Pero el pueblo está muy asustado y muy presionado. Arrestaron a muchos en un corral, a cielo abierto." "No han hablado de bajas de soldados", le comenté. "Ni hablarán. Trajimos en la avioneta a

dos militares heridos, uno de ellos en muy malas condiciones. En el cuartel vi en hilera trece cadáveres de soldados. Hubo otras bajas en los pinares, en los últimos tiroteos. Pienso que no son menos de 18 los soldados muertos. De los guerrilleros murieron 7 y no se sabe cuántos se remontaron a la sierra." "¿Pero qué pasó con esos guerrilleros, por qué pelean?", insistí. "Es un problema muy complejo, mujer. En la sierra hay muchas injusticias. Así empezó el conflicto." "No entiendo." "No sé cuánto tiempo nos tardaremos todos en entender", contestó ya en la puerta, antes de salir.

MONSERRAT, LA HIJA

Oímos mucho ruido frente a la casa, gritos. Mi prima y yo nos asomamos a la calle. Era un camión que transportaba troncos de madera, un camión trocero. Iban soldados caminando alrededor del camión; un muchacho que no parecía soldado iba en los estribos, sujetándose de la puerta. Tardamos en darnos cuenta, pero en la tarima del camión llevaban los cuerpos de todos. Eran seis cuerpos, porque a mi tío Salomón lo estábamos velando ya en la casa de mi tía Albertina. Los cuerpos se movían cuando el camión entraba en hoyancos. Parecían cosas vivas. Las chamarras estaban abiertas y sucias. Dos calles más adelante, hacia el centro, el camión se detuvo y los soldados fueron arrojando los cuerpos a la calle. Los arrojaban del camión. Los cuerpos se lastimaban, y todavía los soldados, a pesar de que ellos estaban muertos, los golpeaban con sus fusiles, no tenían escrúpulos. Decían que era un aviso para los amigos de los gavilleros. Mi prima y yo nos quedamos paralizadas, llorando mucho rato. Luego arrojaron los cuerpos otra vez al camión, a la tarima. El camión arrancó y más adelante dobló en otra calle.

LUPE

Saúl Ornelas me explicó que antes de llegar a Madera, incluso desde la ciudad de México, habían calculado que habría en los cuarteles máximo dos pelotones. Si no se rendían de inmediato, incendiarían el cuartel y tendrían copadas las salidas. Sobre esa base el triunfo era seguro y esperaban una gran repercusión en las regiones campesinas y en las escuelas normales rurales. Había una gran efervescencia y mucho contacto con otras normales rurales de lugares tan lejanos como Hidalgo y Zacatecas. En el estado de Chihuahua se les incorporaría mucha gente. Pero cuando Saúl llegó a Madera, contó por lo menos cincuenta soldados distribuidos en los cuarteles y en el centro de la ciudad. Muñoz Grado oyó por radio que había más de cien soldados, ciento veinte, con los que estaban acampados fuera de la población. Diez contra uno, ésa fue la proporción finalmente. Me preguntaba, pensando en Pablo, ¿por qué? Arturo y Salomón se sentían seguros. Habían emboscado en acciones anteriores a agentes judiciales y a soldados. Atacaron el cuartel de la policía judicial en la sierra, cuando capturaron al comandante Caldera. En ese asalto también se apostaron en semicírculo, con fusiles y bombas molotov; lograron incendiar la casa que funcionaba como cuartel. Pero en Madera el ejército esperaba de un momento a otro el asalto. No fue tragedia, fue una traición,

pensaba yo, con una tortura dolorosa. ¿Debe esconderse toda la gente que ayudaba? ¿Empezarían a detener a todos? ¿A Saúl y a mí? Yo recorría las calles con el periódico en las manos, pero nada parecía haber ocurrido, el mundo seguía igual. Ellos habían muerto y la gente transitaba en la ciudad como siempre. "¿Esto es el mundo?", me preguntaba con dolor, con lágrimas que no me dejaban mirar claramente. Me preguntaba si así es la realidad, tan fría, tan imposible de doblegar, de conmover.

MONSERRAT, LA MADRE

"Me voy", le dije a mi cuñada. Ella me miró de frente, muy lúcida. "Salvador no murió en el ataque al cuartel, o no estuvo", le expliqué. "Salvador y Antonio venían por separado. Si el cadáver es de tu hijo, es posible que ni Salvador ni Antonio hubieran estado en el ataque. No tiene sentido que me quede aquí. No tiene caso ocultarme." Decidí regresar a mi casa antes de que anocheciera; aprovechar la luz que había antes de que se pusiera el sol. Yo sabía que buscarían a Salvador en la casa, que me molestarían, que me arrestarían quizás. Pero no me interesaba. Debía regresar a la casa porque en algún momento Salvador entraría en contacto conmigo. "¿Por qué no te vas a Casas Grandes?", me dijo mi cuñada. "Ahí estuviste segura el año pasado, cuando se levantaron en armas Salomón y Arturo Gámiz." Sí, era cierto. Mis hijos y yo tuvimos que irnos del mineral de Dolores a la ciudad de Casas Grandes, porque en Dolores me presionaban con una vigilancia policiaca constante. Pero le expliqué a mi cuñada que hacía un año yo estaba embarazada y en Casas Grandes estaban también ocultos sus hermanos Salomón y Antonio, y que Salvador se presentaba ahí con frecuencia. Ahora Salomón estaba muerto y no sé dónde estarían Salvador y Antonio. "El año pasado todo parecía mejor", le dije a Albertina. "Ellos atacaron la hacienda de los latifundistas de los

Cuatro Amigos, quemaron el cuartel de los policías judiciales que estaban con Rito Caldera, les requisaron las armas, los dejaron libres, participaron en las invasiones a tierras en el municipio de Casas Grandes y formaron nuevos cuadros armados ahí. Ahora no, Albertina. Ahora todo ha cambiado. Me quedo aquí, no tengo a dónde ir. Hasta que Salvador me avise o regrese." Mi cuñada me abrazó y lloró, pero con mucha entereza, sin gemir. Nadie lo notó. Había llegado mucha gente al velorio. En voz baja me comunicó su aflicción. "No sufro por mi hijo Lupito, pues sé que está vivo, que no cayó en el asalto al cuartel y que se mantendrá vivo y combatiendo mucho tiempo. Me duele que no esté aquí mi hijo Antonio, que me hayan impedido rescatar sus restos." Salí de la casa con mis cinco hijos. El sol empezaba a ponerse y aún había mucha luz en la calle. Rumbo al sur, rumbo a la sierra, por la cuesta de Cebadilla, por Las Lajas, por nuestra casa, la inmensa masa de los bosques se veía oscura. Hacía frío, el viento soplaba constantemente, aunque sin violencia. Pero todo me parecía violento y frío.

ALMA, LA MADRE

Lo escuché por radio en la tarde, pues aún había sol. Estaba planchando. Dijeron que todos los atacantes habían muerto, entre ellos mi marido. Quedé aturdida. No sé cuánto tiempo después busqué a mi vecina y le platiqué. Su esposo era dueño de una radiodifusora ahí en Delicias y ella decidió mandar a la sirvienta a la oficina para que nos informara bien. No entraba en mi mente ese acontecimiento, me bloqueé. Yo sufría y aceptaba el sufrimiento, pero no quise pensar. Llegó mi suegra con otras gentes de Saucillo. Mi suegra lloraba y yo no. Mandé a mis hijos a casa de mi hermana, ahí mismo, en Delicias. Mi suegra Loreto lo había escuchado también por radio. Se quedaron mis cuatro hijos con mi hermana, porque mi hija Alma estaba en la Escuela Normal de Saucillo. Ella se enteró allá, pero los más chicos no, ellos se enterarían hasta que yo regresara de la ciudad de Chihuahua. Ya no iban a ver a su papá, y yo quería evitarles una reacción terrible. Quería llorar sola, sin que ellos me vieran abatida. Me pareció una salvación irme a Chihuahua con mi suegra. Cuando llegamos, ya noche, me alojé en la casa de mi madre.

ALMA, LA HIJA

Llegó mi primo Esteban en una moto y me llamó. Yo estaba afuera de la Escuela Normal de Saucillo, en una pequeña tienda de dulces, con dos amigas. Eran como las cuatro de la tarde. Esteban era un año mayor que yo, tenía catorce años. Me acerqué a él y me dijo: "Me mandaron a avisarte que mataron a mi tío Pablo en la sierra". De inmediato me confundí y no supe si me dijo Madera o la sierra. "Pues gracias", contesté. Esteban se fue y regresé con mis dos amigas. Las muchachas me preguntaron: "¿Qué pasó?" "Pues mataron a mi papá", les dije. Cuando hablé con Esteban y regresé con mis amigas no sé qué sentí, si dolor u otra cosa. Ellas empezaron a gritar y a llorar y entonces yo hice lo mismo y sentí mucho dolor. Me llevaron abrazada al dormitorio y llegó la maestra Estela Ballesteros. "Si quieres vamos a Delicias con tu familia", me propuso. Yo acepté. Cuando íbamos en la carretera había mucho sol. Yo iba mirando los árboles, la tierra, los estrechos canales de riego, y sentía que la luz me atravesaba, que flotaba, que el dolor me convertía en otra persona, en alguien desconocida. Al llegar a Delicias, no quiso la maestra Estela ir directamente a mi casa, porque no estaba segura de que mi mamá estuviera enterada, y me llevó a la casa de otro maestro. Ella se fue sola y se encontró con que mi mamá había escuchado en el radio que

el grupo de mi papá había atacado el cuartel militar de Madera y que él había muerto. Fueron por mí y me llevaron a la casa. Mi mamá estaba pasmada, no sabía qué hacer o a dónde moverse. Había llegado mi abuela Loreto y familiares de mi papá que vivían en Saucillo. Ahí se decidió que viajáramos a la ciudad de Chihuahua de inmediato. Era el 23 de septiembre, jueves. Cuando salimos de Delicias ya empezaba a anochecer. En el automóvil de la profesora Estela nos fuimos mi mamá, mi prima Rosa y yo, y en otro vehículo mi abuelita Loreto, con primas y familiares de mi papá. El viaje no fue largo, pero fue anocheciendo a lo largo de la carretera y todo lo veía oscuro, no distinguía los árboles, el río, los caseríos. Me parecía que íbamos entrando en la oscuridad, cada vez más adentro, más profundo.

ESPERANZA

Escuché el automóvil de mi esposo y salí a recibirlo. Llegó sereno, pero con señales de fatiga. "No ha muerto", fue lo primero que me dijo. Me recorrió un estremecimiento. Entramos en la casa y me sentí distinta, otra persona. Como si yo me estuviera viendo desde otro lugar. Paco me explicó que los soldados parecían molestos de que no hubieran estado entre los muertos nuestros hijos. "¿Están seguros? Fíjense bien. Tiene que ser alguno de éstos", les decía un teniente coronel. Se impacientaban de que Paco y el señor Fernández negaran que ahí estuvieran nuestros hijos y no conocieran a ninguno. Dos de los muertos traían papeles de identificación. Uno era Pablo Gómez, también médico; otro un estudiante de derecho llamado Rafael Martínez Valdivia. Otros tres cadáveres fueron identificados por la gente del pueblo, dijo Paco. Yo comprendía el sufrimiento de la madre de Juanito, tan lejos ella, en Jiménez. Pero mi presentimiento era cierto, mi hijo estaba vivo. Y me sorprendía que esto no me diera la calma, pues continuaba con angustia el desorden de mis pensamientos. Mi esposo llamó por teléfono al gobernador y le explicó que no estaba nuestro hijo entre los muertos. Yo sufría pensando que el ejército perseguiría en la sierra a los sobrevivientes. Que mandarían más soldados. Ahora lo matarían en una persecución sin piedad. Esto me

torturaba. "¿Qué vas a hacer, cómo protegerlo ahora?", le pregunté a mi esposo cuando terminó de hablar por teléfono. "El gobernador está dispuesto a ayudar", me dijo. Mi esposo me miró con un semblante cansado. "Convenza a su hijo que se entregue", le había pedido el gobernador. "Que también se entregue el hijo del diputado Juan Fernández. Si se entregan, les protegeré la vida."

HERCULANA

"Nuestro hijo estaba ahí", se lo dije, "sabíanos que esto podía pasar, Tiburcio". Ya estaba anocheciendo, pero todavía se columbraba un poco de luz en el horizonte. Fue un golpe muy fuerte para mí. Tiburcio no me entendía. Claro que me dolía pensar en mi hijo Matías. Claro que sentí dolor con la noticia y claro que la muerte del doctor Pablo Gómez era una desgracia. Porque siempre seguimos al doctor. Siempre lo siguió Matías, por eso le aseguraba a mi esposo que ahí debió haber estado nuestro hijo. Ya no podíanos arreglar lo que estaba hecho. Si también había muerto mi hijo, ¿qué hacer? Esto podía pasar, claro que sí. Pero a mí otras cosas me quitaban el dolor, pues me enojaban. Yo esperaba que vinieran a hablarnos, a llamarnos Lupe Jacott o los Rodríguez Ford. Porque siempre habíanos oído de ellos que si alguien caía en la lucha, surgirían otros. Y que se levantarían otros más, que esto no acabaría. "¿Y dónde están, Tiburcio?", le preguntaba ofendida a mi esposo. "¿Dónde están todos los que se iban a levantar cuando cayeran los primeros?" Esto me ofendía, pero me quitaba el dolor. No me ofuscaba el pensamiento, porque pensaba con claridad. "Ya cayeron los primeros, pues. Ahora ¿quiénes seguimos? ¿Dónde están los que debían seguir?" Ya había pasado mucho tiempo, casi todo un día. Porque los primeros cayeron al amanecer, muy

temprano. Pero ya lo supimos, ya ocurrió. Ya cayeron los primeros que tenían que caer. ¿Y ahora qué? ¿El mundo tiene que seguir igual, sin que nada cambie? Eso no me parecía correcto. Es lo que no me entendía Tiburcio. Nosotros aquí, en Delicias, tan lejos de la sierra, de nuestro hijo. Pero los demás, ¿dónde estaban los demás que tenían que levantarse detrás de ellos? Eso me torturaba. Morirse y que ni el viento se diera cuenta. No me parecía correcto, qué va. No era miedo, yo no he tenido miedo y nunca quise que mi hijo conociera ese sentimiento. Pero ya era sabido que si nos quedábanos sin ellos, otros teníanos que seguir. ¿Y dónde estaban? Eso me torturaba, no el miedo, no, qué va. Eso me ofendía.

MONSERRAT, LA HIJA

Cuando regresamos a la casa, todavía no empezaba a anochecer. Mi mamá calentó una poquita de leche con café y tortillas de harina. Nos sentamos a la mesa a merendar. Estábamos muy callados. Mis hermanitos no parecían preocupados, pero yo notaba que sí lo estaban. "Bueno, mis hijos", dijo mi madre cuando terminó la merienda, "hay que tratar de dormir, porque no sabemos cómo amanezca mañana". Yo le ayudé a levantar la mesa y a lavar las tazas, mientras ella le cambiaba los pañales a mi hermanito Trini y trataba de dormirlo. Mis otros hermanos fueron dóciles y se subieron a la cama. Yo me acerqué a la ventana y me asomé mucho rato, para ver la noche. Veía en la sombra de la pista el bulto blanco de una avioneta; pensé que era como un conejo al pie de los pinares. Vi una masa oscura del lado de la sierra. Parecía moverse, respirar, crecer. La oscuridad no se quedaba quieta, palpitaba. Y comenzó a llover cuando mis hermanos y mi madre se quedaron dormidos. La lluvia sonaba en la tierra, en la noche, golpeaba en la ventana. Y yo era la única que la veía. Y la lluvia sabía que yo estaba ahí, asomada en la ventana. Y recordaba el velorio de mi tío Salomón, a mis primos y a mi tía Albertina, a la gente que llegaba durante la tarde. Y me parecía que yo los acompañaba de lejos, que me habían pedido que los acompañara desde esta ventana, cuidando

la lluvia, cuidando la noche.

ALBERTINA

Por la lluvia, por la presión de los soldados, por precaución, comenzaron a retirarse los que nos habían visitado. Cuando quedamos solos, ordené a la familia que se fueran a dormir. Una de mis hijas no lo deseaba, pero me impuse y obedeció. Yo me quedé sola velando a mi hermano Salomón. Me quedé sola, sabiendo que el cuerpo de mi hijo recibía la lluvia fría en la calle, en la tarima de un camión trocero, junto con los cadáveres de sus amigos. "Salomón", le dije, "ahora que se han retirado los que vinieron a saludarte, ¿qué hiciste con mi hijo? ¿Dónde lo llevaste, cómo lo condujiste? ¿Por qué dejaste que lo mataran? ¿Y por qué permitiste que te mataran?" Quería llorar, pero no lo aceptaba mi cuerpo. Buscaba una respuesta. En un momento habían dejado de vivir. Mi hijo Antonio estaba en la calle bajo la lluvia. La lluvia lo cubría, lo lavaba, le quitaba el lodo, le lavaba la sangre del cuerpo, de sus cabellos, como si fueran mis manos, como si yo lo acariciara acabado de morir. La lluvia me ayudaba a limpiar su sudor, su dolor. Y a la luz de las velas veía el cuerpo quieto, pero tenso, de mi hermano Salomón, casi alerta, como si esperara una señal. "Dime por qué no cuidaste de mi hijo, que era también parte de tu vida y tu sangre. Dime por qué estamos aquí, a solas, tú y yo." Y me parecía increíble que mi hermano permaneciera en silencio, sin sentir la lluvia que caía en la calle, que

mojaba mi corazón, que mojaba mis preguntas inútiles. "Perdóname, Salomón", le dije. Y el silencio en la casa, el silencio de su velorio donde sólo estaba yo, lo sentía crecer, hacerse inmenso por la noche, por la lluvia que caía sobre la noche. "Me causas dolor por ti, Salomón", le decía a mi hermano, casi rezando. "Y me causas dolor por mi hijo. Y no estoy hecha para aceptar este dolor, para estar aquí, a solas contigo, sin respuesta."

ESPERANZA

Paco regresó pronto, pero ya había oscurecido. Llegaban familiares y vecinos, amistades, para darnos el pésame. Cuando les decía que Pedro no había muerto, que Paco había visto los cadáveres de los muchachos, se quedaban a acompañarnos, a damos ánimo. Le pregunté a mi esposo qué había decidido, qué se proponía hacer. "Vamos a transmitir mensajes por radio y a lanzar volantes con avionetas en varias partes de la sierra." El papá de Juan Fernández y Paco lo habían decidido así. El gobernador estaba de acuerdo. Los mensajes dirían a Pedro y a su amigo que contaban con un indulto del gobernador, que se entregaran a las autoridades militares, que contaban con garantías. Y lo veía más reconfortado, optimista incluso. Mi mente me decía que estaba bien. Mi corazón me decía que no. Si Pedro había participado en esa lucha, aunque yo no lo entendiera, aunque no pudiera explicármelo, mi corazón me decía que no daría marcha atrás. En medio de sus amigos no se entregaría. Pedro seguiría su camino y yo no lo podría recuperar. Nuestros familiares que estaban en la casa abrazaban a Paco, le decían que era una buena idea; una gran oportunidad que un gobernador tan duro y rígido accediera a indultarlos. Paco me miró por un momento a los ojos, desde lejos, sentado en la sala. Había recorrido la ciudad, había viajado a la sierra,

había hablado con el gobernador dos o tres veces. Incluso para un médico como él, acostumbrado a largos esfuerzos, era mucho. Me acerqué a la ventana; una sobrina me preguntó si me hallaba bien. Me retiré de la sala y me asomé al jardín. Comenzaba a llover. La noche había refrescado. Quizás llovía también en la sierra donde nuestro hijo trataría de dormir. O de huir. O de vivir.

ALMA, LA HIJA

Llegamos a Chihuahua a la casa de mi abuela Juanita. Ahí dejamos a mi mamá. Mi abuela intentó hablar con ella. Pero mi madre parecía confusa, en otro lugar. Mi prima Rosa y yo nos dirigimos a casa de Lupe Jacott. Cuando nos recibió, ahí vimos las fotos de mi papá en los periódicos y sentí un golpe terrible. Llorábamos mi prima y yo, sin dejar de mirar las fotos. Era mi padre, una figura tan amada y cercana, y en el periódico un rostro remoto, lleno de respuestas que no oía, que no podía entender ni aceptar. Veía en su cara el dolor, me aturdía mi propia respiración precipitada, mi resuello. Tan frágil el papel del periódico en mis manos, tan borroso y dolido su rostro en las fotografías, tanto vacío que me dejaba el mirarlo. Lupita nos dijo que mi primo Saúl Ornelas estaba vivo, que habló con él cuatro o cinco días atrás, el fin de semana; no participó en el ataque al cuartel, pero mi primo Paco y Matías Fernández probablemente sí, porque no lograron reunirse todos los grupos que debían concentrarse en Madera para asaltar el cuartel. En la casa de Lupe estaba el padre de Óscar Sandoval, que reconoció el cadáver de su hijo por las fotografías del periódico. El señor vivía en Ciudad Juárez, en el barrio de la Chaveña, pero vino a Chihuahua cuando reconoció en los periódicos la foto de su hijo. Hacía unas horas había obtenido del jefe de la Zona Militar un

permiso para traer el cadáver de su hijo y sepultarlo en la ciudad de Chihuahua. Nos enseñó sus brazos, con muchas cicatrices. "Yo tengo estas heridas", nos dijo, "porque en muchas ocasiones he estado a punto de perder la vida en riñas. He tenido muchas heridas, pero sin sentido. Me siento muy orgulloso de mi hijo aunque haya muerto, porque tuvo un objetivo noble y grande, luchar por un mundo más justo y mejor. Yo estoy muy orgulloso de mi hijo". Yo sentía que no respiraba bien, que no me entraba el aire a plenitud, que no aceptaba.

HERCULANA

"Si se murió, encontrarán su cadáver, Tiburcio", le dije a mi esposo, ya cuando había entrado la noche. "Pero no han dicho: 'Matías Fernández se halla entre los que cayeron'. Si no lo mataron y sigue vivo, ni quién pueda encontrarlo." Porque antes, nosotros estábanos en Chihuahua. Duramos allá no me acuerdo si fueron cuatro o cinco días. Óscar González, Arturo Gámiz, el doctor Gómez, decían que si caían unos, los otros seguirían. Pero no fue así. Los que cayeron, cayeron, y los demás quedamos asustados. Todo se acaba y se olvida, le reclamaba yo a Tiburcio. Cada ocho días teníamos juntas. Se reunía mucha gente. Pero no sé, creían que las cosas eran fáciles. Querían participar, querían los resultados, pero no le querían entrar. Y yo les decía, al doctor y a Arturo: "Bueno, ¿por qué son ustedes unos cuantos? ¿Por qué no se suman los otros?" Yo visitaba a muchos, como a los Martínez y a un muchacho que le decían *Águila Negra*, según esto porque era muy entrón. Pero no, no resultaron entrones, porque nunca se sumaron. Se hacían las juntas en Delicias, enfrente del Reloj; se hicieron allí mucho tiempo; después allá, por el edificio del Seguro Social. En esas juntas se acordó que iban a salir unas cartas, unos oficios a muchas partes, invitando a mucha gente, eso nos dijeron, y todos estábanos de acuerdo. Decían que esas cartas eran para hacer

una invasión de latifundios. No una, no sé cuántas invasiones se preparaban, porque se estaba pensando ya en el asalto al cuartel. Se hacían también muchos mítines. Pero sólo se juntaban profesores y estudiantes. "Si las cosas siguen así, como este día", le repetía a Tiburcio, "los profesores y los estudiantes ya no se meterán, porque el pueblo no agradece, no se inconforma". Tiburcio movía de un lado a otro la cabeza, no quería ya oírme. "Pero me tienes que oír, Tiburcio, no te puedes negar", le insistía. Porque el pueblo no se mete. En los mítines la gente se quedaba atrás, sin compromiso. Y se reían. Les decían "alborotapueblos" a los profesores y a los estudiantes. Pero los profesores y los estudiantes saben lo que dicen, como estudiados que son. Quieren defender al pueblo y el pueblo se esconde. Los grupitos de hombres huevones estaban en las esquinas, viendo de lejos. Sólo se acercaban los más allegados. La gente hablaba de revoltosos. No decían "los estudiantes" o "los profesores", sino "los revoltosos". Pero los estudiantes, ¿qué necesidad tienen? Los profesores, ¿qué necesidad tienen? La necesidad la tiene el pueblo bajo. Y no hacen nada desde el pueblo. Parecía que sólo fuera por el gusto de los profesores y de los estudiantes. Eso no lo entendía yo, no lo aceptaba ni lo voy a aceptar. El pueblo es muy bueno para aplaudir. Para eso son muy buenos. Y los viejos huevones allá estaban oyendo, riéndose de los que estaban abajo. Por las ventanas se les veía; se estaban riendo de los disparates que acá se estaban diciendo. Mañana tenemos que ir a la casa del doctor Pablo. Hay que buscar a la profesora Alma. No la podemos dejar sola, no puede ser. Hay cosas correctas, pese a todo. No importa que no sepamos nada de Matías. Mientras no esté entre los muertos, nosotros estamos mejor.

CARMEN

Esperé una, dos horas quizás, para levantarme. La cama parecía estar llena de piedras. Seguía lloviendo. La noche era muy cerrada y había mucha neblina. Mi esposo dormía. Me senté cerca de la ventana, sin moverme. Hacía frío. Las sombras de los pinares parecían moverse bajo la neblina en un ligero vaivén. La lluvia y la oscuridad eran una sola cosa. Me levanté porque esperaba a mi hijo. Me parecía natural que él tocara a la puerta y entrara con nosotros. Podía venir aquí, podía venir a protegerse aquí. ¿Qué mejor sitio, pensaba yo, que con nosotros? Por alguna razón presentía que estaba cerca. Me pasaba lo mismo cuando mi hijo era pequeño. Yo sabía cuando se aproximaba a la casa, cuando bajaba de los pinares. Aunque anduviera perdido todo el día con su padre o con sus tíos, o con Polo Durán y su hermano; aunque durante el día no supiera de él, yo adivinaba cuando estaba regresando. Sabía si llegaba bien o venía mal. Si presentía que corrió algún riesgo, salía a esperarlo y a los pocos minutos lo veía aparecer, cojeando. Levantaba una mano y sonreía. "No te preocupes, vengo bien", me gritaba desde lejos. "Usted no está para decirme si viene bien o no", le contestaba. Y yo tenía razón. Yo presentía lo que tenía que ver con él. Ahora, mientras llueve y la neblina se enreda en la noche y con mis pensamientos, sé que está cerca y que está bien. Sé que la lluvia

no lo daña. Que la noche lo sigue y no quiere procurarle daño.

ESPERANZA

Al retirarse, mi sobrina volvió a preguntarme si me sentía bien. Insistió en que apenas tenía cuatro días de haberme recuperado. Así era, cierto. Mi hijo nos había dejado una carta con mi nuera que fue insoportable para mí: explicó su lucha y se despidió de nosotros. Así como Paco se esforzaba por el bienestar de las personas, así como Paco vivía con la vocación de ayudar a sus pacientes, él también sería otra especie de médico. Se despedía de nosotros porque su vocación requería de una entrega total. Era una lucha por el bienestar de la gente; en esa lucha se alzaría en armas. No soporté su decisión. Pero no tenía armas. Tomó las nuestras, las de su papá. Caí enferma, postrada. Paco no perdió el control. Quiso informarse, esperar una nueva comunicación. Preguntó a mi nuera por el lugar donde estaría, por los compañeros a los que se había unido. Mi nuera nada le dijo, insistió en que no sabía nada. "No insistas con ella", le repetí, "es en vano". Pero él regresaba a buscarla, le preguntaba, quería saber cómo empezó nuestro hijo a tomar esa decisión. Yo estuve enferma. Mi sobrina y mi hija se preocuparon por mí. No pensaban en Pedro; creyeron que el peligro estaba más cerca de mí que de él. Hoy, cuando regresó de la sierra, Paco me explicó cuáles fueron las armas con que atacaron los cuarteles. Salvo tres, que eran potentes, emplearon dos

rifles nuestros calibre 22, también dos máuseres, una escopeta de un tiro, cartuchos de dinamita en tubos de fierro y bombas molotov. Uno de los jefes militares, al conocer este armamento, se había preguntado: "¿Les urgía morir?" Encontraron escondidos entre los matorrales varios botes de gasolina que quizás pensaban usar los muchachos para incendiar las barracas del cuartel, de madera vieja, que muy fácilmente podía arder. Ahora, esta noche, se han retirado mi sobrina, los familiares, los amigos. Afuera, en la noche fría, sigue lloviendo. La casa ha quedado sola. He apagado las luces. Hay un profundo silencio en la casa, que no me tranquiliza, pero me deja estar.

ALMA, LA MADRE

Oí cuando llegaron mi hija y mi sobrina Rosa. Ya era muy noche. Lloraban con mi madre en la cocina. Habían traído periódicos con las fotografías de mi esposo y sus compañeros. Yo no quería imaginarme las fotos ni verlas. No quería aceptarlo. No quería volver a discutir con Pablo en mi mente, darle fuerza a una idea que no pudiera controlar, una idea a la que le diera vueltas sin poder librarme de ella. Pero era inevitable pensar en él, recordar mis disgustos, mis discusiones, mi soledad, mi decisión de irme con mis hijos y mi tardía reconsideración de permanecer con él en las condiciones que fueran y el tiempo que fuera. No me lo explicaba. Eso me impedía llorar y aceptar las cosas como habían sucedido. Eso me impedía sufrir a los ojos de todos. Pero no me liberaba del sufrimiento mío, del silencioso, del que no sabía ni podía ni quería compartir. Supongo que era el gran amor que le tenía. Si no, ¿cómo explicarlo? No lo obstaculicé en ningún momento. No me interpuse en su lucha. En algunas ocasiones sentí que lo estábamos estorbando, porque siempre andaba cargando con nosotros. Yo tenía mi lucha también. Una lucha interior, conmigo misma. Pensaba en él, en qué iría a hacer, en qué andaría. Con frecuencia yo sentía miedo, tenía dudas sobre lo que debía ser mejor para todos, para mis hijos, para él, para mí misma. Nunca me di cuenta qué estaban organizando.

Yo trataba de preguntarle por qué esto, por qué aquello, y me decía: "¿Quieres que te cuente mentiras?" "No." "Entonces no preguntes." Me pidió que nos reuniéramos en Parral. Mi mamá me aconsejó que no fuera. "Te va a traer para arriba y para abajo." Pero yo tenía ganas de verlo. Yo no imaginaba lo que vendría, no estaba preparada. Fue hace dos semanas. Iba yo en el autobús y al entrar en Parral lo vi que esperaba en la banqueta; me bajé y nos fuimos caminando. No me pidió nada ni me hizo ningún encargo. Comimos con un amigo suyo, abogado, llamado Salustio. Pero no me encargó nada. Sólo quería verme y preguntar por sus hijos. Tomé un autobús de regreso y él se quedó en Parral. Luego se apareció en la casa días después. Fueron quince o veinte minutos. Yo estaba con una amiga y con nuestros hijos. Era el 15 de septiembre. Estábamos viendo los fuegos artificiales de las fiestas patrias, que se alcanzaban a distinguir desde la casa. Llegó uno de los muchachos que andaban con él y me pidió que entráramos. Mi vecina se fue con sus muchachos y yo me retiré con los míos. Entonces llegó Pablo; entró en la recámara de los niños y les preguntó cómo les iba en la escuela, cómo eran sus útiles escolares. Conmigo casi no cruzó palabra y luego se salió por la puerta de atrás y se fue. Yo estaba preparando la merienda en la cocina. Si hubiera sabido que era la última vez que lo vería, no lo hubiera dejado solo, hubiera estado junto a él esos momentos y no me hubiera separado. Ahora, mientras oía las voces y el llanto de mi hija y de mi sobrina, yo quería salir del aturdimiento. Era el dolor de haberlo perdido. Todo lo demás yo lo veía natural. Era el epílogo de tanta persecución, tantas idas a la cárcel y golpes. Nunca pensé que íbamos a salir victoriosos ni que él iba a realizar los sueños que buscaba. Fui negativa, pero todo lo guardaba para mí, muy pocas veces se lo reclamé. Ese último día que platicaba con los niños preparaba algo para darle de cenar. Pero no lo imaginé. "¿Quieres que te cuente mentiras?", me decía. "Pues no preguntes." No

me imaginé que era la última vez. Y yo prefiero guardar mi dolor a que lo vean mis hijos o mi madre. Prefiero callar. Sufrir en este silencio, en esta noche en que todo parece interminable.

MONSERRAT, LA HIJA

Si no lo encontraba a tiempo, se iba a morir. Había mucha luz. No alcanzaba a mirar el sol, pero había mucha luz y el aire era caliente. A lo lejos, entre los pinares, distinguí a mi abuelito Rosendo que caminaba con rapidez, con su camisa roja y su sombrero viejo. Yo le grité con todas mis fuerzas, pero no me oía. Traté de cruzar el río, pero era muy caudaloso y transparente. Corrí por la ribera buscando un vado. Luego subí por un cerrito de piedra laja, donde había muchas palomas. Cuando llegué a lo más alto, vi una huerta muy hermosa. Al fondo, porque la huerta era muy grande, jugaban muchos niños. Me recliné en uno de los árboles y noté que algunos niños me saludaban. Yo no los reconocía. Quería encontrar a mi padre, pero los niños eran muchos y no podía avanzar entre ellos. Cuando llegué a la barda, no encontré la puerta para salir. Comenzó a oscurecerse la barda; me volví y era la sombra de muchos árboles. Llegué a una noria; el pozo era muy profundo y vi que en el fondo temblaba el agua. Sentí miedo, porque una voz ascendía desde el pozo, una voz de muchas personas. No podía alejarme y me angustiaba retrasarme, no encontrar a mi papá, no lo soportaba. Las voces parecían desvanecerse, aunque no se iban. A mi izquierda reconocí un arroyito. Me incliné a beber agua, que estaba caliente. Al cruzarlo, comencé a correr con todas mis

fuerzas, tanto que sentí que me desplazaba sin tocar la tierra, como si volara. Llegué a una troje. Sentí que ahí me esperaba mi papá. Lo llamé en voz baja, contenta. Pero no respondió. Toqué a la puerta y me abrió una niña que se parecía a mi hermana Rosa, pero que no era ella. Me miró sin decir nada. Le dije: "Si no encuentro a mi papá, se va a morir". Ella me señaló hacia el interior de la casa: era lo más oscuro. Quizás perdería un tiempo valioso. Escuché una vocecita de alguien que parecía sollozar. La niña ya no estaba. Seguí oyendo ese gemidito como de niño. Cuando entré en la oscuridad, distinguí al bebé que empezaba a despertar. Sólo gemía, me di cuenta al estar junto a él. Luego noté que era yo quien gemía, porque ya era tarde y no estaba mi papá. Quise moverme, pero no pude. Quise volar hasta el techo, pero me sentí muy pesada. Cerré los ojos porque estaba llorando y no quería llorar. Los cerré con mucha fuerza y no podía dejar de llorar, con un gemido pequeño, como el del bebé. Cuando abrí los ojos, todo seguía oscuro. Parecía que el sueño me mantenía atrapada. Me senté en mi cama. Estaba agitada, sudando. Mi familia dormía. La recámara estaba oscura y afuera seguía lloviendo. Ya no quería dormir. Eran las tres de la madrugada, o las cuatro, no sabía. Yo no quería dormir. Pero me volví a acostar, muy despacio, para no hacer ruido.

PAQUITA

Dejó de llover, creo que por eso desperté. Eran las cuatro de la mañana, quizás más tarde. Pedro dormía profundamente. La noche era fría y la humedad de la noche se sentía incluso dentro de la casa. En las habitaciones de Juan y de su hermana no se escuchaba ruido. Pensé en incorporarme, en levantarme de una vez, pero permanecí en la cama, tratando de no moverme, de no despertar a Pedro. Su respiración pausada era un alivio para mí. Era una seguridad, un apoyo. Muchos vinieron a casa durante el día porque pensaban que Pedro había muerto en el ataque a los cuarteles. La Nena Fernández y mi hermana Margarita recibían a la gente y una de ellas me dijo que me acostara en la cama, para que me vieran afectada y no se quedaran mucho tiempo. No podía decirles que Pedro estaba vivo, que Juan Fernández y él tuvieron que huir de Madera tres días antes del ataque, porque no había llegado otro grupo con las armas. Juan y Pedro tenían que esconderse en un closet cuando alguno de los visitantes quería subir a saludarme a la habitación. Pero yo me sentía abatida, con el rostro desencajado, aún sin llorar. Así me ocurrió con Vera, al abrazarme. "Mi esposo me dijo que te asegurara que puedes contar con nosotros, en lo que sea, como sea. Siempre te hemos querido, siempre los hemos querido." El maestro Ernesto Lugo me abrazó:

"Recuerde lo que dice Vera. Cuenta con nosotros". La Nena les dijo que debía subirme a acostar, pues me sentía mal. Era cierto. Los hechos eran atroces. En los periódicos que mi hermana Margarita compró o que nos llevaban los amigos veía las fotos horribles de Óscar Sandoval y de Rafael Martínez Valdivia, muertos, Rafael con un tiro de gracia. Ellos habían sido mis compañeros en la escuela secundaria. No podía fingir. Desde que Pedro y Juan llegaron todo fue tensión; el día de ayer me extenuó. Ahora la noche es un bálsamo. La respiración de Pedro es una señal de calma, un asidero de quietud, una sensación repentina, quizás fugaz, de que en esta oscuridad, en esta noche puedo sentirme segura.

CARMEN

Mi esposo me despertó, moviendo suavemente mi hombro. Me había quedado dormida en la silla, junto a la ventana. "¿Aquí ha pasado usted la noche?", me preguntó. "¿Se siente mal?" Veo que ha amanecido. La llovizna es más fina, cae con menos fuerza. Pareciera que la propia neblina la detiene y no la deja caer. Trato de recuperar mis pensamientos, no perderlos, porque la angustia regresa y lastima. "No", le digo, "hace un momento que me senté aquí. Voy a preparar café, para que desayunemos pronto". Mi esposo comenzó a lavarse. Yo oía sus movimientos. No se apresuraba. Parecía cualquier otro día. Encendí el radio y sólo se escuchó un zumbido. Las transmisiones empiezan a las seis de la mañana y faltaban quince minutos. Mi esposo salió a ordeñar las vacas en el corral y a calmar al perro, que ya estaba inquieto. Puse más leña en la estufa y dejé que hirviera el agua del café. Entró mi esposo con el cubo de leche recién ordeñada. Revisó la leña que tenemos debajo de la estufa y me dijo que traería una poca más. Luego volvió a salir con el perro. Habla con él como si fuera una persona. O como si fuera un caballo, así dice él. En el radio comenzó a oírse la música cuando yo estaba poniendo la mesa. El perro ladraba con mucha fuerza. Regresó mi marido y nos sentamos a desayunar. Terminó de oírse la música en el radio y comenzaron los mensajes de

la región: enfermos, nacimientos, muertes, compra de caballos, de granos, de alambres, de cables, de herramientas, de todo. Pero no decían nada de ayer, del ataque al cuartel. Mi esposo bebió otra taza de café y se sirvió un poco más de guisado de carne con frijoles y queso. Le puse tortillas de harina, recién hechas. Cuando vi que estaba terminando, le serví un vaso de leche, que acostumbra beber al terminar el desayuno. La bebió despacio, mirándome, sabiendo que le iba a preguntar algo. "Si está vivo, ¿por qué no vino con nosotros?", le pregunté; "pensé que llegaría con nosotros en algún momento de la noche. Por eso me senté junto a la ventana a esperarlo". Permaneció en silencio largo rato, mientras bebía la leche. Luego me dijo: "Si está vivo, y anda con otros compañeros, éste sería el lugar menos seguro". Respondí que si nuestro hijo tuviera que escapar, el punto más seguro sería hacerlo desde aquí. "Siento que está cerca", le dije. "Pues ojalá pudiera usted sentir que ya está lejos, porque eso significaría más seguridad." Nos quedamos callados, oyendo la música del radio. Había dejado de llover. Afuera, por las dos ventanas de la cocina, crecía la claridad de la mañana. "Voy a Madera", me dijo. "Me informaré de todo lo que sea posible. Mientras tanto, le pido que se esfuerce en no afligirse. No quiero salir con más preocupaciones de las que ya tenemos." "No es por mi decisión que me aflijo", le contesté. "No quiero molestarla", me respondió, "pero debe también confiar en su hijo, en su capacidad. Él conoce muy bien la sierra y los soldados no. Él sabe manejar muy bien sus armas, porque yo se lo enseñé a conciencia, y no todos los soldados han aprendido como él". Acarició mis manos. Yo sentí sus dedos fuertes, rasposos como la corteza de un árbol, pero tibio, muy cercano, muy conocido. No le dije que sus palabras me confortaron. Lo abracé para despedirlo.

MONSERRAT, LA MADRE

"Las primeras veinticuatro horas", pensé al despertar. Comenzaba a amanecer. Ya no llovía, pero la luz aún era gris, no se liberaba totalmente de la oscuridad; era una luz pequeña, vacilante. Me incorporé. Mis hijas Monserrat y Rosa seguían dormidas en su cama. Mis otros hijos también dormían en la suya. Mi pequeño Trini se inquietaría de un momento a otro, aunque aún parecía dormido. "Han pasado ya las primeras veinticuatro horas", volví a pensar. "A partir de hoy, cada hora traerá más dificultades. Hasta que aparezca Salvador." Me levanté de la cama tratando de no despertar a mis hijos. Cuando me vestí, calenté un poco de café. Lo bebí pensando en muchas cosas a la vez. No tenía dinero, eso era grave. Para algunos días, quizás. Mi suegro no estaba; tendría que venir cuando se enterara; podría ayudarme con algo del rancho. Yo podría vender cosas. Trini despertó, pero sin gemir; de pronto vi sus ojos abiertos mirando la ventana donde la mañana aclaraba. Me acerqué a él y lo acaricié. Me senté en la cama de mis hijos pequeños, para despertarlos. Monserrat estaba ya dejando la cama y Rosa me miraba sentada, entre las cobijas. "Bueno, mis hijos, es otro día", les dije. "De aquí en adelante, no sé cuáles serán tranquilos y cuáles no. Debemos prepararnos para todo." Monserrat les ayudaba a lavarse y a vestirse mientras yo le cambiaba los pañales a

Trini. El ejército nos amenazaría. No quería decirlo en voz alta; lo mantenía como un mal pensamiento. "No sé cuántas cosas cambien con nosotros, mis hijos", les dije. "Por lo pronto, yo no saldré de la casa. Yo estaré siempre aquí por si viene su papá o me envía una señal. Si el ejército viniera por mí, prefiero que me saque de la casa, a que me desaparezca en una calle y ustedes no lo sepan." Arropé bien a Trini y abrí la ventana. La mañana estaba fresca y había mucha luz. En la pista de aterrizaje una avioneta blanca estaba estacionada. El aire olía a madera, a bosque; un aire limpio, vivo. Sentía muy cerca de mí a Salvador. Lo sentía como la mañana, en todos sitios, libre, como el aire limpio, como olor de bosque.

PAQUITA

Abrí los ojos cuando ya había amanecido. No me di cuenta en qué momento volví a quedarme dormida. Pedro ya se había levantado. Escuché los ruidos y voces de Pedro y de mi hermana Margarita en la cocina. Poco después escuché también la voz de Juan Fernández y de su hermana. Eran mi familia en ese momento. Mi familia segura, aunque peligráramos. Era una profunda sensación de cercanía, de pertenecer a un pacto que no habíamos formulado pero que nos unía, que nos hacía fuertes. Me resultaba extraño que mi suegro no hubiera venido. Antes de ahora, él había sido la única referencia de la familia de Pedro. La semana pasada había venido todos los días. Yo le entregué la carta en la que Pedro les explicó que se unía al movimiento armado. Mi suegro vino varias veces al día. Quería saber dónde estaba. "Dime por favor qué está pasando. Algo debes saber. Dime dónde está Pedro, Paquetita, dime dónde lo puedo encontrar." Yo le contestaba que Pedro se había ido a la ciudad de México, que allá estaba, pero que no sabía dónde encontrarlo ni si lo estaban persiguiendo. Pedro ya se había ido a la sierra con Juan Fernández y dos compañeros que no eran de aquí, Jesús Valdivia y Juan Águila. Óscar González les pidió que aceptaran la compañía de otros dos, que no conocíamos. Eran seis. Se fueron a Madera. Abordaron el autobús la mañana del 16, como si fueran

desconocidos. Juan Fernández y Pedro tomaron primero sus asientos. Luego abordaron Jesús Valdivia y Juan Águila. Al final, por separado, los otros dos que no conocíamos. Llegaron a Madera en la tarde. Tenían que vigilar los movimientos del cuartel, calcular el número de soldados que había en la población o que se hallaban en los alrededores, localizar la radiodifusora y las sucursales de bancos. Pedro y Juan pensaban que debían recabar esa información como parte de diversas acciones preparatorias, no para un ataque inmediato. El día 17, cada par de compañeros recorrieron por su lado los sitios necesarios. Calcularon que por la mañana se formaban en los cuarteles entre 113 y 116 soldados, y que a dos calles de la Presidencia Municipal se apostaban durante la noche quince o veinte soldados más. Al oscurecer, fuera del poblado, en el Presón de Golondrinas, debían tomar contacto con otros grupos. Pedro piensa ahora que esos grupos son los que transportaban las armas para el ataque. No establecieron contacto con ningún grupo las noches del 17 ni del 18. Pero en la mañana del 19, Jesús Valdivia y Juan Águila comenzaron a ser acosados por soldados y policías. Esa noche, cuando salieron a los llanos, decidieron no regresar al hotel del poblado y permanecieron hasta el día siguiente en el Presón de Golondrinas. Al amanecer del día 21 decidieron abandonar la zona y tomaron el tren de las seis de la mañana, en la parada del Presón. Esa madrugada cayó la primera helada y en los rieles había escarcha. Cuando llegaron a Chihuahua, Pedro y Juan llevaron a otra casa de seguridad a Jesús Valdivia y a Juan Águila, porque no eran de aquí, y los otros dos, que no conocíamos, se fueron por su lado. Pedro y Juan se dirigieron acá, pero alcanzaron a ver que un carro de policía estaba estacionado cerca de la casa, vigilando. Dieron la vuelta a la casa y por la barda de atrás brincaron al patio. Oí el golpe sordo en el patio. Pensé que eran los policías. Pero me sorprendió ver a Pedro y a Juan, muy agitados.

ALMA, LA MADRE

Mi madre fue la primera en levantarse. Se dirigió a la cocina, a preparar el desayuno para todos. Estaba afligida y se daba cuenta que yo no estaba bien, que yo no tenía un control total de mi misma. Por eso evitaba discutir conmigo, reconvenirme. Yo no quería hacerlo, porque a menudo ella tenía razón. En muchas ocasiones me ayudó económicamente. Nunca me negó su ayuda, nunca la escatimó. Pero hablábamos de mis dudas, de mis indecisiones. Yo no quería darles rencores a mis hijos. Habían pasado apenas veinticuatro horas de la muerte de Pablo. Veinticuatro horas de infierno, de estar a las puertas del infierno, y no quería permanecer ahí. Pensaba yo, con dolor, pero también con rencor: "Bueno, ¿y ahora qué? Ya me quedé sin marido, ¿y lo demás qué?" Me hacía muchas interrogaciones a mí misma. "¿Qué ganamos con esto? ¿Qué se resolvió?" Yo muchas veces le preguntaba qué hacía, si estaba seguro de lo que hacía. Claro que estaba seguro. Pero yo no quería rencores. No quiero discutir conmigo misma qué fue lo más importante para él, y si estuvo bien hecho o no. Habían transcurrido ya veinticuatro horas. Apenas veinticuatro horas, me repetía constantemente. Era difícil de creer. Lo sentía como un largo viaje. Como si no fuera tiempo, como si hubiera tenido que recorrer un territorio inmenso. Y estaba cansada. Oí la voz de mi tía

María. Me incorporé entonces, para ayudar en la cocina, para enfrentarme al día, para estar viva, para apoyar a mi hija y a mi sobrina.

IRENE

Comprendí todo al distinguirlos a lo lejos. Mi marido acababa de irse no hacía más de una hora, cuando despuntaba la mañana con toda su fuerza. ¡Qué casualidad que regresara tan pronto y con alguien malherido! Al acercarse los caballos, vi que se trataba de un muchacho; estaba vencido. Al lado de ellos venían montados también dos vaqueros jóvenes. Comprendí que el muchacho había perdido mucha sangre, que no era cosa de juego. Frente a la puerta de la casa, pero sin detenerse, me dijo mi esposo: "Lo voy a dejar en la cabaña vieja. Ahí estará seguro y se repondrá". Yo me fui caminando junto a ellos. No iba a dejar a mi marido solo con su locura. "Ve a traer a Arnulfo Sotelo", le ordené al vaquero más joven. "Dile que lo necesita Gabino. Y que yo también." Lo bajaron con dificultad del caballo; pensé que se desmayaría, pero no, aún tenía resistencia. Gabino, mi esposo, se propuso acostarlo en un catre de lona. Yo no estuve segura de eso. Creí preferible colocarlo en una manta sobre el forraje, con más amplitud y libertad, y me hicieron caso. Entonces le dije que había mandado buscar a Arnulfo. Mi esposo movió la cabeza, en señal de acuerdo. El herido venía con el pantalón ensangrentado; la tela de mezclilla estaba endurecida por la sangre coagulada; ya acostado, comenzó a caer en un gran sopor, aunque se resistía a dormir. "Éste es

de los que atacaron a los soldados en Ciudad Madera, ¿verdad?" "Así es, Irene", me contestó. "¿Y lo traes aquí, a esta ranchería, donde no tenemos protección? ¿Y lo traes con sus armas, a la vista de todos?" "Aquí nadie viene, Irene. Aquí nadie corre peligro, ni él ni nosotros. Puede estar con sus armas. Se sentirá más seguro así. A ninguna familia del rancho le asustará ver dos armas de más." El muchacho dormía, pero se le veía inquieto, tenso. "Dime la verdad, ¿lo conocías?" Gabino lo negó, moviendo la cabeza. "¿Por qué le ayudamos, Gabino? ¿Por qué quieres ayudarle?" "Porque así debe ser. Ninguno de ellos merece estar solo." Gabino permanecía mirando al muchacho; primero sentado, luego de pie, dando algunos pasos. Yo me dirigí a la puerta. "Mientras llega Arnulfo a revisar y a lavar a este muchacho, voy por dos mujeres para que limpiemos este lugar", le dije a Gabino. Salí de la cabaña, sin prisa. Pero con la sensación de que Gabino había empezado algo interminable. Vivimos tan lejos de todo, y sin embargo, cuando se necesita, no podemos escondernos.

ESTELA, LA ESPOSA

"¿Qué ha sucedido con tus fotografías, las vendiste?", le pregunté a mi esposo. "Digamos que las he estado protegiendo, en lo que puedo". Ya había él arriesgado mucho desde la mañana del asalto a los cuarteles y todavía no se terminaba nuestra pesadilla. El ejército se había comunicado con Jolly y con el periódico para obtener todas las fotografías y opinar cuáles se publicaban y cuáles no. El periódico le pidió a Jolly que imprimiera otra colección de fotos como resguardo. Lo mismo ocurría con los fotógrafos de los otros periódicos. Durante la noche imprimió la nueva colección de fotos. En verdad imprimió más de una, pensando en sí mismo, porque los agentes federales de la Procuraduría General de la República también necesitaban una colección y otros, como los familiares, también querían. "Es que ya no hay cadáveres, ya no se puede contar con ningún cuerpo, sólo con fotos", y con ellas había que identificar asaltantes y continuar las investigaciones. "¿Quieres algo más?", le pregunté. "¿Quieres descansar un momento?" "Sí, quiero dormir una hora, y regresar de nuevo al periódico."

ALMA, LA HIJA

Terminamos de desayunar y dejamos en su casa a mi abuela Juanita. Mi mamá no quería hablar mucho. Eran las nueve de la mañana. Nos dirigimos primero a las oficinas de la Procuraduría General de la República; ahí nos esperaban los familiares de mi papá que habían venido de Saucillo. Nos recibió el agente del ministerio público federal Salvador del Toro Rosales. Nos comentó que él había llegado apenas la noche anterior, ya tarde, y que un compañero suyo había volado en una avioneta, hacía un par de horas, a Madera, para informarse de los sucesos. Ellos procederían a levantar las causas legales y a confirmar los hechos de armas y los decesos. En esa mañana dependían en todos sentidos de las autoridades militares y no tenían acceso a los cadáveres que, además, estaban en su mayoría sin identificar, pues sólo dos llevaban credenciales de identificación personal: Rafael Martínez Valdivia, con una credencial de estudiante de la Escuela de Derecho, y mi papá, que en sus documentos traía una fotografía con mi mamá y sus cinco hijos. Pedíamos que nos entregaran el cadáver. "No está en mis manos. Eso depende del gobernador y de las autoridades militares", nos dijo el agente federal. Hacia el mediodía se incorporó con nosotros mi tío Raúl, que había llegado de Ojinaga. Nos dirigimos a los Laureles, a la casa del gobernador. En la oficina de entrada nos

detuvieron mucho tiempo. Nos pidieron identificaciones y que explicáramos el motivo de la entrevista que deseábamos con el gobernador. "Queremos el cadáver del doctor Pablo Gómez", decía mi tío Raúl. Más de una hora después nos informaron que el gobernador no se encontraba ahí, sino en sus oficinas del Palacio de Gobierno. "Lo vi salir hace unos minutos, en un auto negro. Lo abordó allá", dijo mi tío, señalando hacia el fondo del jardín, afuera ya de la casa, mientras nos dirigíamos hacia la calle. En las oficinas del Palacio de Gobierno volvieron a pedirnos identificaciones y nos hicieron esperar más de una hora. Mi tío insistía en que se autorizara la entrega del cadáver. El sindicato de maestros ya lo había solicitado y volarían hacia Madera mi tío Simón y Pedro Muñoz Grado para traer el cadáver. Angustiada, sobre todo cansada porque nadie quería autorizar la entrega de los cuerpos, sentí un enorme vacío y también una ira con los funcionarios que se negaban a atendernos y a explicarnos con claridad qué se proponían. Me quedé un momento en las escaleras del Palacio de Gobierno, junto a un vitral muy grande. Ahí me encontró Lupe Jacott y nos abrazamos y comenzamos a llorar, a llorar de rabia. "¿Cómo fueron a equivocarse tanto para que les pasara eso?", le decía. No concebíamos cómo habían salido tan mal las cosas. Ya antes habían tenido ellos acciones exitosas contra policías rurales, contra campamentos de soldados, contra caciques, contra muchas adversidades. ¿Por qué en la primera gran y ambiciosa acción les pasó eso? No era un reclamo contra ellos ni contra el destino. Era rabia de dolor, de impotencia.

MONSERRAT, LA HIJA

Cuando terminamos de ordenar la casa, mi madre nos llamó a mi hermana Rosa y a mí. "Prepárense, mis hijas", nos dijo. "Tienen que ir ahora a casa de su tía Albertina, a acompañarla. Yo no podré salir. Debo quedarme en casa, por lo que ocurra." Mi madre quería que estuviéramos en el velorio de mi tío Salomón, porque tenían que enterrarlo después del mediodía. Dejamos a mi mamá en la casa, con nuestros hermanos más pequeños. La mañana estaba muy clara, despejada, con mucho sol. Desde muy temprano ya había oído el vuelo de las avionetas. En la pista de aterrizaje aún estaban tres estacionadas. Las calles se encontraban muy lodosas, pues había llovido toda la noche. Frente a la casa de mi tía había mucha gente. El portón del corral se hallaba mal cerrado. Nos metimos por el corral, para cerrar bien el portón, y luego nos encaminamos a la cocina, que también estaba llena de visitas. Mi tía Albertina nos vio cuando entramos en el cuarto donde tenían tendido a mi tío Salomón. Nos llamó por señas y nos acercamos. Nos acarició la cabeza y nos abrazó. Preguntó cómo estábamos nosotras, primero, y luego preguntó por mi mamá. Le dijimos que ella no saldría de la casa, por lo que pudiera ocurrir, que eso nos había explicado. "Monserrat es así", dijo, "está bien". Nos indicó el lugar donde estaba mi prima Eva, en la otra

recámara, y nos fuimos a buscarla. Yo me detuve junto a mi tío Salomón. Olía distinto, a muchas flores y a la cera quemada de las velas. Vi su cuerpo, su cara. Ahora se parecía mucho a mi papá. Lo vi quieto, como si estuviera más tranquilo. Como si ya no hubiera sorpresas y pudiera reposar.

IRENE

"Dime, Arnulfo, ¿qué tiene el muchacho?", volví a preguntarle. Arnulfo me miró primero a los ojos y luego paseó su mirada por el muchacho. Se volvió hacia la puerta de la cabaña, que estaba abierta, y levantó las manos, como si no tuviera sentido lo que preguntaba. "No sé si lo que tiene es buena o mala suerte", contestó sin prisa, como es él, como si estuviera hablando de otra cosa en la que no participáramos ninguno de nosotros. "Por lo que se ve", intervino Gabino, "creo que tuvo buena suerte". "Dime, Arnulfo, explícate con claridad", le exigí. Traté de aguardar sus comentarios, pero me resultaba imposible. "Yo no estoy para más secretos de los que ya tenemos ahora, con este enemigo de los soldados." El muchacho dormía con una camisa limpia y sin pantalones. Arnulfo lo había lavado cuidadosamente con jabón y había limpiado la pierna con agua oxigenada, algodones y mercurio con alcohol; tenía una larga y amplia franja colorada a lo largo de la pierna, desde la cintura. Arnulfo se acarició la cabeza calva con una de sus enormes manos y luego la movió de un lado a otro. "Creo que ocurrió algo inesperado", comenzó a explicarme. "Una bala de alto calibre pegó en la cintura y pudo haberle fracturado el hueso; no hubiera podido caminar y se hubiera desangrado. Su buena suerte comenzó aquí: el proyectil no penetró en el cuerpo, pegó sobre un cargador de pistola

fajado en el cinturón." Arnulfo tomó entre sus manos enormes el cargador oscuro que tenía el columpio lleno de balas y una deformación en la parte superior. "El tiro resbaló hacia abajo y quemó la pierna por las esquirlas que fue dejando. Limpié la herida lo mejor que pude y quité las esquirlas que me fue posible. No puedo hacer más, por lo menos hasta que despierte." Arnulfo volvió a mostrarnos la pierna del muchacho, las heridas. "¿A dónde se dirige?", pregunté a Arnulfo y a Gabino. Se quedaron callados. Volví a insistir y Gabino respondió que era difícil saberlo. "¿Alguien va a atravesar la sierra por estos caseríos sin saber a dónde va?", repetí. Gabino levantó la mano, como si tratara de explicar algo. "Tiene que ir a alguna ciudad importante, a Ignacio Zaragoza, a Casas Grandes, a Gómez Farías. Nadie pasa por estas rancherías accidentalmente." Arnulfo lo aceptó. Yo sabía que si los soldados lo estaban persiguiendo, distribuirían patrullas en las poblaciones grandes a donde él pudiera llegar. "¿Cómo lo van a proteger?", les pregunté. Los policías rurales de Rito Caldera habían llegado cerca de aquí. No acostumbraban visitarnos en este lugar, pero andaban cerca. "Tienen que vigilar los movimientos de Caldera mientras el muchacho esté con nosotros", les pedí.

HERCULANA

Llegamos en Delicias a la casa del doctor Pablo Gómez y no encontramos a la profesora Alma; se había ido a la ciudad de Chihuahua un día antes. Luego fuimos a la casa de la hermana de la profesora y encontramos a los niños más chicos, a Pablito, a Beatriz, a Perla y a Lalo. Tiburcio me dijo que debimos haber ido primero en Saucillo a la casa de los parientes del doctor Pablo, para saber si estaba aquí la profesora Alma o no. Pero Tiburcio no quería entender. No es lo mismo buscar a los familiares del doctor Pablo que buscar a la profesora Alma nada más, que era lo correcto. "Ya regresará de Chihuahua, tendrá que volver a su casa", le dije. "Y no le dejaremos de buscar ni de ver." Yo sentía que así estaba cerca de mi hijo Matías. No era miedo, por supuesto. Pero lo que duele, duele. Sabía que mi hijo estaba en esto, y que andaba en esta lucha porque acompañaba al doctor Pablo. Yo sabía desde que el doctor Pablo nos visitaba, que ellos platicaban con los compañeros de las Parras, del puerto; venía un señor que se llamaba Tino, otro señor que se llamaba Félix, y los compañeros de las Parras, los Martínez. Se juntaban ahí muchos. Ellos no me decían cuáles eran las gentes, pero yo oía en lo que andaban. Así se invadió el predio ése de don Ernesto Gómez, ahí fue donde se empezó a unir la gente. Los metieron a la cárcel con mi hijo Matías y se

Y me dijo un policía que se llamaba Cuco: "No sabemos si a Chihuahua o a Camargo". "¿Pero cómo no va a saber?", le dije. "Tiene que saber porque usted es uno de los trabajadores de aquí, de las autoridades, y usted tiene que saber. Pero no es necesario, yo me voy a informar con alguien que sepa dónde están." Entonces un vecino de allí, gente de Saucillo, se llama Arturo Terrazas, me dijo: "Señora", y yo aprecio mucho a esa persona, porque siendo un dueño de tierras, un hombre rico, ese señor me dijo: "No batalle, Herculana, se los llevaron a Camargo". Entonces regresé a la casa a hacerles más tortillas de harina, porque yo dije no, pues allá no tenía yo conocidos, ¿verdad? Entonces les hice muchas tortillas de harina, bastante comida, y me fui a Camargo. Yo mi comida de todo el día era un pan y una soda. Eso era lo que yo comía, que me iba sin desayunar de mi casa, y cuando llegaba a Camargo y les daba de comer a los presos, yo salía y me tomaba una soda con un pan, y era todo, en todo el santo día, y no me daba hambre, yo con eso tenía. Porque yo no podía gastar. Nosotros trabajábamos, a nosotros la gente no nos ayudaba. Mis hijas trabajaban todas, trabajaba yo en la labor, si no trabajaba yo porque en esos días no podía, estaban mis hijas, y mis hijas no dejaban de trabajar y mis hijos también, y mi señor también. Entonces con eso yo ayudaba a esa gente, con el puro sacrificio de mis hijos y de mis hijas, por eso yo nunca he chaqueteado, yo siempre... No es que no he chaqueteado. Bueno, yo siempre he estado con los Gómez, yo nunca los he abandonado, porque el doctor nos tenía mucha confianza. Él allí se quedaba, él hacía las juntas en las Parras, en el puerto, y venía toda la gente, y a toda la gente yo les daba cena, a toda. Y un día, en paz goce el doctor, me dijo: "Señora, no sea tonta. No nos imponga mal. Si allá no nos ofrecen una tortilla, usted no tiene por qué poner en la mesa a todos". Le decía yo al doctor: "Pero es que yo no les voy a decir a ustedes vénganse a cenar, porque es muy feo cortar a los compañeros,

porque son compañeros de ustedes que los andan siguiendo, ¿verdad?" Y yo les daba cena a todos, y el doctor me regañaba y le dije un día que se enojó: "Bueno, doctor, usted también está igual que yo. Porque usted es un doctor. ¿Y por qué a toda la gente que consulta no le cobra consulta? Yo creo que hasta las medicinas les regala. Usted es un doctor y al que lo venga a visitar por una consulta usted debe de cobrarle, y si les quiere tener una consideración, cóbreles la mitad, pero no, 'así estamos bien, usted lo necesita'" les dice. Y se rió el doctor, dijo: "Señora, haga lo que usted quiera". Sí, porque también estaba otro señor, que en paz goce también, ya se murió, era mi compadre, era zapatero. Y ese compadre se fue a Casas Grandes, y él también se fue porque las deudas lo corrieron. Me dice el compadre: "Comadre, me voy a ir". Le digo yo: "¿A dónde, compadre?" Dice: "Pues a ver a dónde, porque ya ve esa gente que llegó, dicen que me van a embargar porque les debo tanto dinero, comadre, que me traen el material, pero no saco el dinero". Y ya le pregunto: "Compadre, ¿usted y el doctor son hermanos?" Y me dice: "No, comadre, no somos hermanos". Le digo: "¿Entonces por qué tienen las mismas ideas? El doctor no cobra consulta, usted no les cobra la compostura de los zapatos. ¿Por qué? ¿Porque son compañeros? Los compañeros están trabajando y es un aprovechamiento; se aprovechan de ustedes para que no les cobren el trabajo, pero no ayudan, compadre. ¿Qué es lo que le está pasando a usted? Usted se va a ir y ellos se van a quedar riendo. ¿Y a quién va a dejar usted para que les sigan arreglando los zapatos? Porque no creo que ellos ya no vayan a usar zapatos". Que mi compadre les ponía suelas, los remendaba, nomás por tenerlos de su parte, pero eso no tenía que ser así. Porque una lucha necesita, ¿verdad?, yo digo que necesita... Porque yo cuando me movía, sin dinero no me movía. Me movía porque mis hijas trabajaban, y lo que mis hijas trabajaban, lo que todos trabajábamos, era para la lucha, para que me moviera yo.

Entonces mi compadre se fue, sí, le fue bien, puso una zapatería. Fuimos a Casas Grandes y tenía una zapatería, que ya era fábrica, ya no remendaba chanclas. Ya era una fábrica. Pero desgraciadamente tenía azúcar o no sé cuántas enfermedades tenía, y él se fue. Y dicen que ya se acabó la zapatería, que los muchachos vendieron, y la señora pues todavía vive, se llama Rosa. Pero abusaron mucho los compañeros de esa gente. Y no, pues todavía, cobijas regalamos a los presos. Yo allá les dejé todo. Y yo le gritaba a mi hijo afuera de la cárcel, cuando lo llevaron a Camargo: ¡Primero muerto, que dejar de ser hombre!" Pero fue muy inmediato, él tuvo mucho ánimo. No sé qué pasaba, desde chiquito le gustaron las armas. Estaba chiquito y le gustaban mucho las pistolas y decía que cuando él creciera iba a comprar una pistola y un rifle. El rifle se lo iba a cargar acá y la pistola se la iba a cargar de este otro lado. Y le decía yo: "¿Y qué vas a hacer con eso?" Entonces un día, no sé cómo estuvo, no me acuerdo, y le dije yo: "No, hijo, usted ya está adentro, y es preferible seguir, y mientras yo viva, yo le voy a ayudar con lo poquito que pueda". Y así lo hacía, y tres hermanos también estaban allá presos, que eran Toño, Manuel y Ramón. Nos dieron mucho la mano. Cuando hirieron a mi hijo ellos lo trajeron a esta casa. Esas cosas se agradecen, ¿verdad? Y fue Ramón allá y me dijo: "Oiga, vengo a decirle que aquí está su hijo". "¿Dónde está?", le dije. "Allá está en la casa, pero está herido. No se asuste, está bien." "No", le dije, "no me asusto, yo sé que en esas anda, y si está herido, pues es ganancia, ¿verdad?, porque no está muerto". Y dijo: "¿Quiere que nos váyanos? Pues sí, nos vamos". Ya sabían muchos que estaba aquí Juan. Porque no se llamaba Juan, pero así le decían a mi hijo Matías. Y nos venimos, pues aquí estuvimos. Y yo le doy cielo a esas gentes que nos ayudaron tanto, mucho nos ayudaron, incluso la señora, que ya estaba muy grande. Ellos le daban mucho ánimo a Matías. Y sí nos ayudaban. Nunca con dinero, pero sí me

ayudaban con la gente que venía, allí la apoyaban, ¿verdad? Y eso era más que dinero, porque era apoyo lo que daban, porque los compañeros no podían llegar a cualquier hora ni a cualquier casa. Entonces, pues hay que tomar en cuenta lo que ellos fueron. Por eso no hay que olvidar. Lo que es correcto es correcto.

ALMA, LA MADRE

Hacía muchos años que mi tía María decidió dividir la casa. De un lado vivía ella y del otro mi mamá, con una recámara, una cocina y su baño. Mi tía María se puso a ver las fotografías de Pablo y sus compañeros en los periódicos. Yo preferí no verlas. Luego empecé a recibir a muchas maestras en la casa. A maestras y maestros, amistades de Pablo. Con cada grupo llegaba una prima suya, también maestra, Alicia Gómez. Yo creo que ella se encargó de avisar a todas nuestras amistades, porque con cada grupo llegaba ella. Con Alicia me fui al mediodía a las oficinas del gobernador, que no nos recibió. Estuvimos ahí mucho tiempo, en el Palacio de Gobierno, y luego me regresé con Alicia a la casa de mi mamá. Seguí recibiendo visitas. Mucha gente venía a verme, a hablar conmigo, a ofrecerme ayuda. Alguien me preguntó si no tenía yo papeles comprometedores en la casa. Yo me acordaba que había muchos papeles, pero sin saber qué eran. Pensé que en Delicias me acompañarían Rosa y su novio José Antonio a enterrar unos papeles, y otros se los llevaríamos a una amiga, para que los guardara. Yo hablaba y contestaba sin darme cuenta bien de lo que me decían, como si estuviera sucediendo una cosa que no me pertenecía, que no me incumbía. Veía a mi mamá como a lo lejos también. Creo que en algún momento me dormí, antes de que llegaran

a comer mi hija y mi sobrina. No recordé si me dormí cuando había todavía visitas en la casa o cuando estaba sola. No quería discutir con mi mamá, pero quería hablar. Y no pude, no me desahogaba con ella.

CARMEN

Fui a casa de mi hija en la mañana. Le ayudé en algunas de sus tareas con las aves de corral y en la cocina. Manteníamos sintonizado el aparato de radio. No había mucha información del cuartel de Madera ni habían agregado nada sobre los caídos. Un doctor Uranga enviaba mensajes por el radio para su hijo Pedro, uno de los sobrevivientes, y para un amigo suyo, que también había salido con vida del ataque al cuartel. Los mensajes decían que el gobernador los había perdonado y que se entregaran a los soldados, que les respetarían la vida. Yo sabía que los soldados a nadie perdonan, ni el gobernador. Eran mentiras. Mi hijo nunca creería esas mentiras, no sé si otros estarían dispuestos a creerlo. Pero me resultaba doloroso entender por qué sólo a ellos los habían perdonado. O por qué decían que a ellos les perdonarían la vida. No entendíamos mi hija y yo que pudieran decir que perdonaban a dos de los compañeros de mi hijo. ¿Por qué a ellos sí y a los otros no? ¿Eran diferentes esos muchachos? ¿No eran como nosotros, campesinos? Quizás eran amigos del gobernador desde hacía tiempo y por eso los perdonaban. A ellos dos se les respetaría la vida. O sea, que a los demás no. Era muy claro. Yo reflexionaba. Por eso tenía razón mi hijo, los enemigos son los ladrones de tierras, los policías y soldados que defienden a los caciques, no hay manera de andar a

perdones con esa gente. También otra cosa era clara: mi hijo no estaba entre los caídos, no había muerto, y tenía que haber pasado por aquí. Mi hija lo negaba; creía que mientras más se alejara, él estaría más seguro. Piensa como mi esposo. Pero yo lo conozco mejor. Tuvo que haber pasado por aquí. Tiene muchos sitios a dónde irse, incluso a Sonora, con familia nuestra. Pero yo sabía que estaba aquí, yo lo sentía en el corazón como algo seguro, que me alejaba la preocupación. Poco antes del mediodía oímos el ruido. Todavía estaba yo en la casa de mi hija. Fue un zumbido muy fuerte, como si algo se quemara. "Es una avioneta", aclaró mi hija. Salimos a ver cómo volaba sobre los montes y los pinares. Dio un rodeo y al regresar de los pinares comenzó a arrojar papeles. Mi hija se fue corriendo por toda la calle que sube hacia el monte. Yo la vi inclinarse y recoger algunos de esos papeles. Se puso a leerlos. Luego regresó caminando despacio, sacudiéndose la ropa. Yo la esperé hasta que llegó a la cerca de la casa. "Es el mismo mensaje para los muchachos que perdonaron", explicó, y me extendió uno de ellos. Lo leí. Ver en mis manos ese mensaje era distinto. Sentí un vacío. Era como un obstáculo o una piedra. Como un aviso de lo que podrían hacer con los demás.

PAQUITA

Antes que Pedro y Juan se fueran a Madera, una noche les ayudaron muchachos de la universidad a hacer pintas en algunas bardas de la ciudad. Pedro pidió a un sobrino un automóvil viejo de color verde muy llamativo. Resultó fácil a la policía identificar el vehículo y encontrar al sobrino. Desde ese día vigilan la casa. Vino gente que no conocíamos a preguntar por Pedro, seguramente para que saliera y pudieran arrestarlo. En el mismo sitio sigue el carro de la policía. Lo miro asomada a la ventana de la recámara. Tiene ya una semana allí. Ayer, cuando comenzaron a informar por radio del asalto al cuartel, vino Lupe Jacott a la casa a decirme que habían muerto el doctor Pablo Gómez y también Pedro. Después de Lupe comenzó a venir mucha gente. Lupe sólo estuvo un momento, pero yo estaba confundida, pues nada sabía. No tenía información. La noche del 15, cuando toda la gente partió, salieron grupos de cuatro en cuatro. Todos estuvieron aquí en la casa, pero la información se les dio hasta que estaban fuera; había una organización muy particular, posibilidades de fuga de información, no sé, o de que capturaran a alguien y lo obligaran a hablar. Cuando llega Lupe yo me quedo sorprendida. Yo no tenía conocimiento de dónde se preparaba la acción. Pedro me platicó que no habían podido contactarse con nadie porque había mucha vigilancia. La Nena y yo

hablamos tenido que quitar muchas cosas cuando se fueron. Hubo que recoger documentos, sacar cosas con discreción, y lo hicimos muy rápido, desde la mañana que pusieron la vigilancia en la calle. Por fortuna se habían ido todos dos días antes, en la noche. En nuestra casa fue la reunión. Porque antes tuvimos aquí la imprenta, aparte, en el cuarto de lavar, y los grupos fueron llegando por etapas. Algunos pasaron parte del día y los demás llegaron por la noche. Para los últimos que llegaron hicimos mucha lenteja, pero ya no había ni con qué guisarla, sólo con agua. En los platos extendidos poníamos las lentejas. Llegaron amigos que hacía mucho que no veía, porque Rafael Martínez y Óscar Sandoval fueron mis compañeros en la secundaría. Vi a la novia de Óscar Sandoval, yo la conocía y la trataba. Los últimos que llegaron fueron Arturo Gámiz y el doctor Pablo Gómez. Todo eso se organizó aquí. Después, la gente se fue yendo, pero comenzaron a salir también por partes, no juntos. Fueron saliendo de cuatro en cuatro. Ellos se fueron y ya en la madrugada comenzamos nosotras a quemar cosas, a limpiar, a que no quedara nada, y tratando de hacer el menor ruido. Después, los otros días, la gente llegaba a preguntar por Pedro, policías de la judicial, o amigos que llevaban a los judiciales con la idea de que él estaba aquí. El papá de Pedro también preguntaba por él, varias veces al día, con insistencia. Ahora parece que fue hace mucho, que las cosas sucedieron hace tiempo. Los quince o veinte minutos que estuvo Lupe Jacott ayer me dejaron confundida. Cuando llegaron el profesor Ernesto Lugo y Vera: "Tú apenas tienes diecinueve años", me dijo Vera, "eres muy joven, cuenta con nosotros". Muchos me trataban así, preocupados. El estupor se me quitó por la tarde, cuando vino de Ciudad Juárez Tomás, el amigo de Pedro. "Que nos ayude con Valdivia y Juan Águila", me había dicho Pedro. "Dale la dirección donde se encuentran y que los ponga en un lugar seguro, en autobús o en tren, pero que los rescate." Y sí, lo entendió. Con serenidad escuchó y

aceptó. "No te preocupes, lo haré como me dices." Pedro sube por la escalera, me retiro de la ventana; entra en la recámara y me explica que las cosas se están precipitando. "Necesitamos salir hoy. Debemos planear nuestra salida hoy mismo. Baja con nosotros. Tenemos que ponernos de acuerdo."

MONSERRAT, LA HIJA

Cerraron la caja de mi tío Salomón. Yo lo vi cuando la iban cerrando; parecía más pálido. Cuatro hombres la cargaron y comenzaron a sacarla de la habitación. Mi tía Albertina pidió a los hombres que salieran por el portón del corral, para que la gente se alineara en la calle con más facilidad. Detrás de mi tía íbamos mi prima Eva, mi hermana Rosa y yo. Seguía llegando gente, se agregaban señoras, campesinos, caminando en medio de la calle. No se levantaba el polvo porque la tierra estaba húmeda. Cuando dimos la vuelta en la primera esquina, me volví a mirar. Dos avionetas aparecieron en el cielo, volaban en círculos por los pinares de Las Lajas y rumbo a la cuesta de Cebadilla. "Una avioneta está tirando papeles", me dijo mi hermana Rosa. Le dije que no era cierto, que no podía ser, que las avionetas no tiran papeles. "Sí tiran papeles", me respondió. "Éstas lo están haciendo." Ya no distinguí una de las avionetas, porque había pasado más allá de la cuesta de Cebadilla. En la siguiente esquina nos detuvimos para que otros seis señores cargaran en sus hombros la caja de mi tío Salomón y los primeros descansaran; no se alejaron, se pusieron detrás de nosotras y todos volvimos a caminar. La gente se asomaba a las puertas de las casas y se santiguaba; los hombres, en las calles, se quitaban los sombreros mientras pasábamos. Vi soldados

en varias esquinas, pero nada nos decían. Avanzamos con la gente y pronto distinguimos a lo lejos el cuartel, antes de tomar el camino hacia el cementerio; los grupos de soldados nos miraban a lo lejos, sin moverse, parecía que no hacían ruido, que no eran reales. En los llanos, lejos del cuartel, comencé a oír los pasos de todos nosotros. Sonaban mucho, como si la tierra hablara. Cuando llegamos a las rejas del cementerio me di cuenta de que también había soldados. No los vi antes, mientras veníamos caminando, pero al entrar al cementerio me di cuenta de que estaban ahí, de que había muchos, y también camiones. Junto a las oficinas del cuidador, en un cuarto, estaban en el suelo los cadáveres de los compañeros de mi tío Salomón. Mi tía Albertina bajó la mirada cuando pasamos junto a ellos; no quería volverse a mirar y se llevó una mano a la frente, como si le doliera algo. Yo sabía que uno de los cuerpos era de mi primo José Antonio, el hijo de mi tía Albertina. Se lo dije a mi prima Eva, pero ella movió la cabeza de un lado a otro. "No es cierto", me dijo. Me di cuenta de que hacía mucho calor, de que yo estaba sudando, pero no tenía sed. Llegamos a la fosa para sepultar a mi tío Salomón. Dos hombres estaban aún cavando la tierra y amontonándola a los lados. Olía a tierra mojada; sentí un olor muy penetrante a tierra. Yo no me sentía en paz, me había vuelto a angustiar y no lo soportaba. No le avisé a mi tía Albertina; la rodeaban varias señoras y señores para apartarla del grupo de soldados que se habían acercado a nosotros, a corta distancia, pero sin hablar. Nada más le avisé a mi prima Eva que necesitaba mirar los cuerpos que estaban a la entrada del cementerio, que yo sabía que no estaba mi papá, pero yo quería confirmarlo para siempre. Mi prima me acompañó y antes de la oficina de la entrada se detuvo a esperarme. Vi los cuerpos con atención, desde la puerta. No estaba mi padre, eso me importaba mucho. No estaba, no estaba. Pero reconocí a mi primo José Antonio. Era él, su cuerpo, su cara, sus manos grandes y largas;

distinguí una parte de sus dientes blancos, como si fuera de pronto a sonreír. No reconocí a nadie más. Ya no pude seguirlos viendo, porque entraron señores y soldados al cuarto y uno de ellos me preguntó qué hacía allí. Le señalé con el brazo el lugar donde íbamos a enterrar a mi tío Salomón. "Retírate, vete de aquí", me ordenó. "Reconocí a mi primo José Antonio", le dije a Eva. "Es él, es tu hermano, ahí está." Mi prima negó con la cabeza. "No es cierto", me respondió cuando íbamos caminando.

ESPERANZA

Esta vez no quise adelantarme. Quería frenar mis pensamientos, o no oírlos, mejor dicho. Desde que llegamos, vi el carro de mi esposo estacionado en la casa. Comencé a imaginar lo que había sucedido, pero no quería adelantarme. Le había pedido a mi hija que me acompañara a la ciudad, no quería ir a un sitio en particular, sino ver la ciudad. Me sorprendió encontrarla igual, ver las calles como siempre, a la gente como todos los días, sin cambio. Sin embargo, algo era diferente. Algo había cambiado o algo faltaba. Como si el mundo supiera, en alguna parte extraña o remota, que Pedro no estaba. Por ello sentí que una parte del día estaba alerta, diferente, una parte que sabía que yo me daba cuenta de eso. Nada le comentaba a mi hija. Le pedí que pasáramos por la casa de Pedro y de Paquita. "¿Quieres ver a Paquita, visitarla?", me preguntó. "No, sólo quiero pasar enfrente de la casa." A media calle estaba el vehículo de la policía; seguía allí, vigilando la casa, enfrente, junto al internado Anáhuac. Ahí estaba el auto con dos agentes de policía. "Siguen esperando a Pedro", pensé. Los hombres me miraron cuando pasamos junto a ellos. Al doblar en la esquina sentí que Paco ya estaba en la casa y le pedí a mi hija que regresáramos. Yo iba dejando que mis pensamientos fluyeran, sin interferir, sin opinar, sin aferrarme a nada. En la casa, Paco abrió la

puerta, pues nos estaba esperando. Pasaban de las dos de la tarde. Miré a mi esposo a los ojos. Sonrió. "No hay noticias aún", me dijo. No quise adelantarme. Paco aseguró que los avisos para Pedro y su amigo habían estado pasando por radio desde la mañana, en la sierra. También se habían arrojado volantes desde una avioneta por los alrededores de Madera. Tanto por el radio como en los volantes se les informaba que contaban con un indulto del gobernador y que se presentaran sin riesgo y de inmediato ante las autoridades militares, que les darían garantías. Yo no quería adelantarme, pero sabía que no iban a presentarse, que no tendríamos noticias por ese lado. "¿Crees que lo harán?", le pregunté. "Quiero pensarlo", me contestó. "Yo también lo quiero", le dije. "Por lo pronto, vamos a comer algo. Porque en la tarde y en la noche nos visitarán parientes, quieren acompañarnos." Paco se sentó en la mesa del desayunador. "Comamos aquí", me dijo.

IRENE

Revisé la ropa del muchacho. Estaba rota y desgarrada, los zapatos inservibles, el pantalón ensangrentado y endurecido. Me parecía inexplicable que hubiera logrado llegar con nosotros. No me imaginaba cuál podría ser su edad. Veintidós o veintitrés años, pensaba Gabino. "¿Quién pelea contra los soldados a los veintitrés años?", le pregunté. "Si se consideran tiempos y razones, muchos", me contestó. No traía en la ropa ninguna identificación. Arnulfo pensaba que el muchacho no venía huyendo precisamente, sino que deseaba llegar a un lugar. Gabino lo interpretaba de otra manera. Decía que en vez de dirigirse a un preciso lugar, buscaba un contacto, un lugar donde estableciera un contacto con compañeros. Arnulfo tenía cierta prevención por el hecho de que Rito Caldera anduviera cerca de aquí, y también yo. Pero Gabino pensaba que Caldera no podría acercarse a nuestra ranchería, que no vendría con nosotros, que no habría riesgo. Así piensa porque así es él, desde que nos casamos siempre ha creído que los peligros son para los demás, no para nosotros. Me apena el muchacho, pero más me preocupa que pudiera morir entre nosotros. No es fácil guardar un secreto así, entre tan pocas familias. Arnulfo me ha pedido que no insista en mi temor, pues sanará muy pronto. Pero cada día tiene su afán y apenas me fío de los que ya transcurrieron. Insisto que vigilen a

Caldera, que no lo dejen a su gusto. Por lo pronto, la ropa del muchacho no puede lavarse ni arreglarse. Debo quemarla, es preferible. Le irá mejor la ropa que escogió Gabino, porque las heladas están empezando. Y este muchacho, si sana, tendrá que huir de noche, no a pleno sol. Tendrá que volver a huir, para llegar con su gente o al lugar que él quiere. Vuelvo a sentarme en la mecedora. Llevo aquí casi una hora, reflexionando afuera de la casa. Distingo a Gabino a lo lejos, cerca de los álamos. Viene con un vaquero. Los cuervos y las tórtolas vuelan ruidosos entre los encinos y los álamos, pareciera que los asustan. Veo que se oscurecen las nubes por el lado de los cerros. Hay mucho sol a esta hora, aunque pasa de las tres de la tarde. Pero en pocas horas volverá a llover. O estará cayendo la lluvia al mismo tiempo que la noche.

ALBERTINA

"¿Quién es usted?", le pregunté al hombre, que se sorprendió. Seguía la agitación en el cementerio, los soldados estaban desconcertados. "Ustedes están entregando cadáveres", le había dicho a un teniente. "Yo quiero a mi hijo, quiero que me lo entreguen." Ya estaba enterrado mi hermano Salomón, pero en el cementerio habían preparado tres fosas para soldados caídos y ninguna para los demás. O mejor, vi que estaban cavando una sola. Me preocupé. El teniente me dijo que esperara, que iba a aclarar las cosas. Entonces me acerqué al hombre y le pregunté quién era, pues había recibido ya dos cadáveres. "Vengo de la ciudad de Chihuahua", me contestó. "Soy Pedro Muñoz Grado y tengo autorización para llevarme los cuerpos del doctor Pablo Gómez y de un estudiante de la Escuela Normal, Óscar Sandoval." En los llanos, frente al campamento, estaba su avioneta y en ella se disponían a subir el primer cuerpo, que metieron en una bolsa negra. Me dijo que el sindicato de maestros había costeado el viaje de la avioneta para llevarse a los dos caídos. El papá del estudiante había pedido autorización para recoger el cuerpo en la Zona Militar desde el mediodía de ayer. "Espero llevarme otro más, el del profesor Arturo Gámiz", me confió. Era el cadáver quemado, que tenía recorrido el cuero cabelludo y deformado el rostro. En ese momento lo reconocí,

me di cuenta de que era el profesor Gámiz. Los otros cuerpos no los podían identificar aún, no traían papeles y no los conocía nadie. Pero de mi hijo yo no tenía dudas. Regresé con los soldados, uno de ellos me repitió que esperara, que me darían a mi hijo de un momento a otro, pero que esperara. Me retiré. Vi a Muñoz Grado y al otro señor preparar el cuerpo del estudiante. Lo guardaron en otra bolsa negra y lo llevaron al llano, al pie de la avioneta. El piloto se bajó a ayudar. Ya me había acercado a mirar el cadáver del estudiante normalista, Sandoval, según dijo. Era muy joven, no parecía tener más de diecinueve años, y de la misma edad eran los otros muchachos caídos. Uno o dos años apenas menores que mis hijos José Antonio y Lupito. De un camión con equipo de transmisiones bajó el teniente con un ayudante y llamó a otros dos soldados, les dio instrucciones y se dirigió con ellos a la avioneta que estaba en los llanos. A lo lejos lo vi hablar con el piloto y con Muñoz Grado. A los pocos minutos bajaron de la avioneta el primer cuerpo, todavía guardado en la bolsa negra. Se acercaron otros soldados y levantaron la segunda bolsa y transportaron los dos cadáveres de vuelta a las oficinas del cementerio. Yo sentí que no alcanzaba a respirar como necesitaba, que el corazón se me salía por la boca. Detrás del capitán venían Muñoz Grado y su compañero. "No vamos a entregar ningún cadáver, señora", me dijo el teniente, "puede retirarse". Me acerqué a Muñoz Grado. "¿Qué ocurrió?" Estaba desencajado, no atinaba a serenarse. "¿Por qué regresaron los cuerpos que tenían listos para llevarse?", insistí. Muñoz Grado movía la cabeza de un lado a otro, con energía. El radiotransmisor de la avioneta había captado la voz del gobernador, ordenando a la guarnición que ningún cuerpo saliera de aquí, de Madera. "Entierren a todos allá, en fosa común"; me repitió palabra a palabra las órdenes del gobernador: "querían tierra, pues dénles tierra hasta que se harten".

ALMA, LA HIJA

Por la tarde estábamos comiendo en casa de mi abuelita Juanita cuando nos avisaron que habían dado la orden de sepultarlos a todos. Regresamos de inmediato a las oficinas del gobierno del estado para insistir en que nos entregaran el cadáver, pero nos dijeron en la Secretaría de Salubridad que en esas condiciones estábamos obligados a esperar cinco años, que ya los habían sepultado a todos juntos y eran hechos consumados, no podían tratarse como casos separados. Lloraba porque me dolía mi papá, pero no me extrañó que él hubiera tomado las armas. Lo que me dolía era repetirme: ¿por qué esta gran primera vez y fracasan? Mi prima Rosa y yo, en algún momento, era lo que decíamos, llorando. Se nos hacía muy grande el sacrificio. No habían tenido oportunidad de desarrollar más su ejército. Fue la primera vez que se propusieron actuar juntos y casi todos mueren. Me preguntaba una y otra vez a mi misma, "¿por qué esa primera acción tan importante salió mal?" Teníamos también otras preocupaciones. Mi primo Paco Ornelas; sabíamos que se había ido con mi papá, pero ignorábamos si lo habían detenido o matado. Y nos acordábamos de Lupito Escóbel: ¿pues en dónde está? ¿Dónde está Matías? No sabíamos si la mamá de Matías, doña Herculana, había ido a la casa de mi mamá, no lo sabíamos. Nos afectó mucho confirmar

que los habían sepultado en la fosa común, sin cajón ni mortaja. Nos sentimos muy agraviadas, nos dolía mucho que hubieran hecho eso. El grito del dolor en medio del llanto era por qué les hicieron eso, por qué los trataron como a perros. Había mucha indignación. Mi tío Raúl y mi papá habían sido dirigentes campesinos en Delicias. A Herminia, hija de mi tío Raúl, y a mí, nos ordenaban llevar mensajes para que alguien no saliera de su casa o para que supieran que habían detenido a tal persona; nos imaginábamos en tareas muy clandestinas y hacíamos unos rodeos terribles para llegar a donde nos habían indicado. En alguna ocasión mi papá me mandó a casa de un maestro de la Normal a pedirle un libro de química y cuando se lo di le pregunté: "Usted va a hacer bombas, ¿verdad?" En julio de ese mismo año yo estaba de vacaciones con mi abuelita Juanita en la ciudad de Chihuahua y llegó el profesor Diego Anaya. Me pidió que lo acompañara a su casa. Mi papá estaba ahí escondido, porque la represión había aumentado. En esa casa mi papá me dio dinero y me mandó a Saucillo, donde él tenía su consultorio. Tenía yo que tomar su maletín con instrumental, medicinas y otras cosas, y llevarlo a Delicias, donde vivíamos mi mamá y mis hermanos. También debía llevar un dinero a un zapatero llamado Daniel. Para mí fue una señal muy clara. Acababa de triunfar la Revolución cubana. Arturo Gámiz ya había hecho algunas acciones armadas en la sierra. Incluso sacamos a Arturo escondido de la ciudad de Chihuahua. Íbamos mi papá, mi mamá, todos mis hermanos, y Arturo en medio de nosotros. Mi papá se lo llevó a Delicias y posteriormente a otro lugar, no sé a dónde. No era extraño para nosotros que hubiera tomado las armas. Si mi papá se va de la casa y abandona a mi mamá y a todos nosotros, ¿a dónde podía irse? No a causa de otra familia ni por negligencia o enfermedad, no, por supuesto. Tenía que haber sido por la lucha social. No quedaba de otra. Los hijos nunca fuimos ajenos a las actividades de mi papá. Él se

iba a las reuniones campesinas y echaba a todos sus niños en el carro y nos llevaba con él. Mientras mi papá estaba en las reuniones, mis hermanos menores se quedaban con doña Herculana, se bañaban en los arroyitos, en los canales de riego, cenaban con doña Herculana. Digo, qué valor tuvo para irse y dejar todo. Era lo que yo me decía, cómo tuvo valor para irse, qué fuerza de voluntad para irse y dejarnos.

MONSERRAT, LA MADRE

Comí con mis niños más pequeños, porque Rosa y Monserrat no habían regresado, seguían con su tía Albertina. Yo presentí algo, y nos quedamos quietos. Aún había mucha luz del día, eran como las cuatro de la tarde, había mucho sol. Oí primero los pasos. Se acercaron con mucha decisión, con orgullo. Tocaron la puerta con fuerza. Eran tres o cuatro soldados. Uno de ellos hablaba en voz alta, con arrogancia, como si la casa fuera una cosa sin importancia. Tocaron dos o tres veces más, siempre con fuerza, y una de ellas llamaron por Salvador, no por mí. Me preocupaba que Trini despertara, pero no, siguió dormido. Yo abrazaba a mis otros dos hijos, les decía a señas que no hablaran ni hicieran ruido. Estábamos bajo la mesa, sin movernos. Por fortuna había dejado puesto el mantel, y eso ayudaba a cubrirnos. Luego cambiaron de actitud los soldados. Se quedaron un largo rato callados, aparentemente sin moverse. Después comenzaron los ruidos. Hacían un ruido pequeño, como de ratones, pero sin chillar, como si mordieran papeles o rascaran la madera. Veía sus sombras acercarse a la ventana y pegar la cara a los vidrios. Dos de ellos brincaron al patio y estuvieron revisándolo, pero no había nada. Entraron al retrete, no sé qué hicieron. De pronto cuchicheaban, como si no quisieran molestar ni despertar a un enfermo. Yo no había dejado nada en el patio, ninguna

ropa tendida, ninguna cubeta, trasto de cocina, trapo sucio. Se asomaron por el vidrio de la puerta del patio los dos soldados; yo sentía sus siluetas, las dos sombras. Movieron despacito la manija de la puerta, pero la tenía asegurada con llave y además con aldaba. Estuvieron más de dos minutos mirando hacia el interior de la casa. Otro de ellos permaneció en la calle, no se movió de ahí; también hacía un ruidito de ratón cuando apoyaba su arma larga en la puerta. Los dos soldados que estaban en el patio brincaron otra vez la barda y se fueron; los oí que se juntaron con el que había estado esperando en la calle. El otro que estuvo en la ventana se retiró también y se juntó con los demás. En el fondo agradecí que no hubieran hecho más ruido, pues me preocupaba que comenzara a llorar mi pequeño Trini. Se fueron. Pero no como habían llegado, con arrogancia, pisando fuerte, sino caminando con naturalidad, como si fueran amigos. Yo sabía que era un aviso, ya me lo había advertido Salvador. Era un aviso, debía prepararme. Tendríamos que prepararnos para cuando volvieran. Mis dos pequeños hijos estaban temblando. Aunque en ese momento no se dieron cuenta, comenzaron a comprender el miedo.

CARMEN

Al atardecer llegó a la casa mi esposo. No quiso comer de inmediato, prefirió conversar. No era por nuestro hijo, pero venía abatido. Tenía tristeza por la muerte del profesor Arturo Gámiz y del doctor Pablo Gómez, de Salomón Gaytán y de José Antonio Escóbel. Mencionó a dos muchachos más; uno, estudiante de la Normal, Óscar Sandoval, y otro que quería ser abogado, Rafael Martínez Valdivia. A estos dos no los conocíamos, a los demás sí, sobre todo a los Gaytán y al profesor Arturo Gámiz. "Hay dos cadáveres más de muchachos muy jóvenes, que se desconoce quiénes son. Porque no saben cuántos atacaron, ni quiénes." Me aseguró que Salvador Gaytán no estaba entre los muertos. Le pregunté si había hablado con Albertina y me contestó que sí, que muy temprano ayer había logrado rescatar ella el cuerpo de Salomón, que lo veló en su casa y lo enterraron al mediodía. Pero no pudo rescatar el cuerpo de su hijo; los soldados se negaron a entregarlo. En la tarima de un camión trocero pasearon los cadáveres por las calles del pueblo. De los que nosotros conocíamos, se retiraron vivos Salvador y Antonio Gaytán, Lupito Escóbel y nuestro hijo Ramón. Imposible saber cuántos compañeros más habían logrado fugarse. Mi esposo vio los cadáveres en el cementerio, en el suelo de un cuarto. Había muchos soldados nerviosos, con armas largas. Dos cuerpos

estaban ya guardados en bolsas negras y al pie de una avioneta estacionada en los llanos. Retiraron los cuerpos de la avioneta y los regresaron al camposanto y le repitieron a Albertina que no podría recuperar a su hijo. El gobernador ordenó que ninguno de esos cadáveres saliera de Madera y que se les enterrara a todos en una sola fosa. La gente del pueblo quería pagar las cajas para los cadáveres, para que los enterraran bien, cada uno en su cajón. Mi esposo ofreció también apoyar en ese gasto, pero no quisieron los soldados. Sin mortajas, sin cajas, así nada más los arrojaron en una fosa común y los rociaron con cal. Mi marido agregó que en esos momentos estaban enterrando con honores a tres soldados caídos y que obligaron a los deudos de los Gaytán a presenciar los honores de ese entierro. Encendí junto a nosotros, cerca de la puerta, una de las bombillas de petróleo. Empezaba a oscurecer. Sentíamos el viento frío, la cercanía de la llovizna que pronto volvería a caer. El perro estaba afuera, junto a la puerta, echado, moviendo de pronto sus grandes orejas de un lado a otro e irguiendo el cuello, atento a los pinares. El café hervía en la estufa. Mi esposo pidió que le sirviera una taza y yo también me serví otra. Luego eché más leña a la estufa y puse la olla del cocido. Corté unos pedazos de queso y los llevé de una vez a la mesa, para anticipar la cena. "Sigo pensando", le dije. "O no, mejor no miento. Sigo sintiendo que Ramón está aquí, o cerca de aquí, que pasó cerca de aquí." Mi esposo lo aceptó con un movimiento de cabeza. "Si mi presentimiento es verdadero, y considero que lo es, Polo Durán debe saberlo." Fue la primera vez que vi sonreír a mi esposo. "Con tanto que me ha insistido usted con su presentimiento, antes de venir aquí pasé a buscar a Polo Durán." Lo miré a los ojos en calma, esperando sus palabras. "No estaba Polo", explicó, pero la esposa me advirtió: "a lo mejor algo sabrá decirle". Volvió a sonreír. Sentí que eso era una confirmación, eso era, no tuve duda. "Nuestro hijo está aquí. O cerca de aquí", repetí. "Yo

preferiría que estuviera lejos, se lo aseguro", contestó. No era el café que estábamos bebiendo en ese momento, era otra especie de calor que me llenaba el pecho, la respiración. En el fondo quería dar gracias a Dios, a la noche que caía, a la llovizna, a mi esposo, a mi casa, al aire que respiraba, al fuego de la estufa, al hervor de la olla. Me acerqué a mi esposo y lo besé en las mejillas; sentía felicidad y agradecimiento por el calor de su cuerpo, por el calor de sus mejillas rasposas, sin rasurar, como si fueran también la corteza tibia de un árbol mío, de un árbol que me protegía. "Serviré la cena", le dije, "todo está listo". "Mañana temprano iré con Polo Durán", comentó, "tiene razón su mujer, ya sabrá qué decirme".

LUPE

Todos los profesores tenían ideas liberales, pero unos las manifestaban y otros no. El profesor Gonzalo, el maestro Tavares, el profesor Ramírez, todos participaron, todos nos dieron una formación social, cómo ir a la sierra, cómo participar, cómo aprender para que pudiéramos dar algo. Yo digo que todos influyeron. Pero, claro, por su participación en la Unión General de Obreros y Campesinos de México y en el Partido Popular Socialista, el profesor Pablo fue definitivo. De manera natural nos llevaba a las comunidades en comisiones de ayuda, de alimentos, de salud. A varias compañeras nos enseñó a poner inyecciones; íbamos con él a vacunar, a ayudar a enfermos. Yo tuve a mi cargo inyectar a una señora que estaba en los huesos, sin músculos; había adelgazado por una larga enfermedad y le inyectábamos vitaminas. Vivimos muchas escenas de pobreza, de hambre, de desnutrición, de enfermedades. En las marchas de campesinos, en invasiones de tierras, a veces se nos enfermaban los niños de paperas, varicela, muchas cosas. En el 62, en el Comité de la escuela acordamos que se nos suspendiera el pan de dulce y el postre y que el dinero ahorrado se entregara a ciertos grupos de campesinos que venían en una caminata. Pero nos lo negaron. Por eso abrimos la bodega y sacamos la comida y la donamos. Yo abrí la bodega y saqué

las cosas, huevos, pan, panqué, de todo. Ésa fue mi primera participación en términos estudiantiles. Cuando tuvimos la reunión en la casa de Paquita conocí a Pedro y a Juan. A Óscar Sandoval sí lo conocía. Lolita Gámiz y su hermano Emilio también estuvieron en esa casa. A mí me dijo el profesor que yo no iba a participar, que me fuera a alguna parte. Yo me fui para Anáhuac y estaba con unos tíos cuando oí la noticia. Me acostumbré a pensar en el profesor Pablo Gómez en todo momento difícil. Siempre tenía él una solución y la paciencia de ir resolviendo las cosas. Eso era importante, nunca me permitió que me sintiera frustrada, nunca, no. Yo trabajaba en las comisiones porque era parte de mi vida, porque simple y sencillamente era mi vida. Fue como mi época dorada o algo así. Porque fue donde yo me realicé como ser humano, como muchas cosas. Por eso es tan importante para mí Pablo Gómez. Por eso lo sigue siendo; aunque esté muerto por eso lo sigue siendo.

ESTELA, LA HERMANA

No tuve tiempo de leer el periódico el jueves 23, sino al día siguiente, ya en la tarde, antes de la cita que tenía con mis alumnos. Abrí el periódico y vi su fotografía. Reconocí la chamarra que mi hermano tuvo guardada durante el verano en el mismo ropero donde yo tenía mi ropa; él la recogió en agosto, que fue la última vez que estuvo en la casa. Veía con estupor la fotografía del periódico. Era él, me repetí. Pero, ¿por qué en el cuartel de Madera? Todos lo hacíamos en Ariseachic, en su trabajo que amaba. En la sierra lo respetaban como el profesor que ayudaba a todos, que construyó la escuela, que era generoso con su saber, aunque fuera muy joven, aunque apenas tuviera veinte años; pero vivía honestamente con los demás, era ya un hombre maduro, un profesor cabal. En Delicias vivíamos mi hermana Ema, ya casada, y mi hermana Hermila. Nuestros padres vivían en Durango, en San Bernardo. Llamé por teléfono al sindicato de maestros, a la Sección Octava, en la ciudad de Chihuahua. "Profesora Estela", me dijo el secretario de Actas y Acuerdos, "necesita venir a revisar fotografías. Avisaré a la Zona Militar, para que la esperen". Sentí que se abría el piso y que me iba a caer, que estaba a punto de desmayarme. Ya no vi a mis alumnos esa tarde. A pesar de que tomé el autobús de pasajeros casi inmediatamente, llegué a la ciudad de Chihuahua por la noche. Sin

probar bocado me fui directo a la Sección Octava de maestros y un profesor me acompañó a las oficinas de la Zona Militar, en el último piso del Palacio Federal. No había nadie; las puertas estaban abiertas, pero no había nadie con quien hablar. Todo estaba oscuro y lleno de soldados alrededor. Sentía el olor acre de las botas, de su ropa gruesa y oscura; su olor a sudor, a cigarrillos fumados; un olor ofensivo, no amistoso. Uno de los cabos de turno se acercó a avisarme que vendría un oficial. Llegó después un teniente y me llevó a ver numerosas fotografías. "¿Está segura?", insistió el militar. Yo asentí, con los ojos llenos de lágrimas, pero sin gemir, sin gritar, sin darle el gusto de verme quebrantada. "Dígame el nombre de su hermano." "Miguel Quiñones. Profesor Miguel Quiñones. Profesor de Santa Rosa de Ariseachic, en la sierra." Me pidió que viera más fotografías. Reconocí al doctor Pablo Gómez y a Óscar Sandoval. Me preguntó si reconocía en otras fotografías al profesor Arturo Gámiz. Era un cadáver con la cara quemada y el cuero cabelludo desprendido. No se parecía a él; quizás en el bigote. "Sé quién es el profesor Arturo Gámiz, y lo admiro, pero no lo reconozco en estas fotografías." "Con la identificación de su hermano hemos avanzado mucho. Sólo nos falta ahora confirmar la identificación final de dos cadáveres." Salí de las oficinas y en el pasillo volví a sentir el olor que despiden los soldados. Estaba lloviendo. Era ya muy tarde, pasaban de las diez y media de la noche. Decidí quedarme en Chihuahua. El profesor me acompañó a una fondita donde pudiera cenar algo. Al día siguiente debía regresar muy temprano a Delicias y avisar a mi familia. Cené mecánicamente. Todo tenía un sabor a papel, a humedad, a oscuridad.

IRENE

Ha dejado de llover momentáneamente y eso me da una sensación de silencio. El rumor de la noche parece el mismo. Algunos perros ladran, sin mucha decisión, como si obedecieran a sus propios ecos. Más potentes son los aullidos de los coyotes. Aúllan desesperados como si se les quebrara la voz o la respiración. No veo luz encendida en ninguna de las casas de la ranchería. Gabino duerme ya. Enfriará aún más la noche, sobre todo en la madrugada, con las heladas que comienzan. El muchacho despertó después de las seis de la tarde. Arnulfo volvió a hacerle otra curación. Aseguró que no tenía fiebre. Comió carne, tortillas de harina, leche. Después pidió una taza de café. Conversó con varios vaqueros. Yo no intervine en la conversación. Yo los escuchaba. Parecían una pequeña familia. El muchacho respondió a las preguntas y explicó por qué peleaban él y sus compañeros. Por defenderse, por defendernos a nosotros también, para frenar la voracidad de los que son dueños de tierras y dinero. ¿Defendernos a nosotros, que nadie sabe dónde estamos? Quedaba en claro su arrojo y generosidad, pero no entendí cómo su lucha podía defendernos también a nosotros. Había profesores entre sus compañeros, aunque él no lo era. Los profesores seguramente saben por qué hacer una lucha así. Me preocupó la mirada de Gabino: brillaba en sus ojos el interés, la

disposición a ayudar; se estaba imaginando qué haría él. Yo también escuché con interés. Sobre todo me sorprendía que ese muchacho herido, vulnerable ahora, pensara en nosotros. El muchacho adelantó que tendría que irse de aquí lo más pronto posible, quizás mañana mismo, por nuestra seguridad. Nosotros tan lejos de todo, tan apartados de las cosas, de las ciudades. Me sorprendía que alguien desconocido y tan joven afirmara que se preocupaba por nosotros. Arnulfo contestó lentamente, como él acostumbra: "Por ahora le conviene dormir, amigo. Mañana revisaré sus heridas y ya decidirá qué hacer". Gabino le pidió a uno de los vaqueros que se quedara en la cabaña con el muchacho, por si acaso fuera necesario ayudar en algo durante la noche. Intervino don Nacho, uno de los vaqueros más viejos, que había sido amigo de mi suegro. "Yo me ofrezco para acompañar al muchacho esta noche. Soy viejo y con más ventajas: mi sueño es ligero y tengo menos necesidad de dormir." "Nacho tiene razón, debe quedarse él", apoyó Arnulfo. Y así se hizo, don Nacho se quedó. Todos salimos de la cabaña y los dejamos solos. Gabino y yo caminamos un poco por los álamos, sin hablar. Ahora los perros siguen ladrando a los aullidos de coyotes. Pasan seguramente de las once de la noche. Oigo los resoplidos ocasionales de caballos y el olor a ganado crece de pronto, como un vaho que vigila y recorre la tierra. Otra vez la lluvia intenta retornar; se escucha, suavemente, la caída de nuevas gotas. Pareciera que la noche me observa. Que ambas sabemos que estamos juntas.

PAQUITA

Pedro y Juan acordaron abandonar la ciudad de Chihuahua. Analizaron varias opciones y decidieron hacerlo esa misma noche. "Mi familia nos ayudará a salir de la ciudad y luego del estado. Nos iremos manejando a México", dijo Juan Fernández. Un tío suyo vendría por ellos. No estaban seguros de pernoctar en Camargo y al día siguiente salir a México. De cualquier manera, no seguirían por la carretera panamericana, que pasa por Jiménez, a fin de evitar los retenes militares. Tomarían la carretera a Salaices, Parral y la Zarca. Guardamos silencio mucho rato. La hermana de Juan y mi hermana Margarita preparaban algo para comer. Necesitaban disfrazarse, salir como si fueran dos de nosotras o amigas nuestras. Les parecía de mucho riesgo permanecer aquí. Así lo decidieron. Yo recordaba que de los grupos que se reunieron en la casa el día 15, los últimos en llegar habían sido Pablo Gómez y Arturo Gámiz. Una semana antes llegaron dos compañeros, uno de los cuales era Juan Águila, y los alojamos en la parte trasera. Estuvieron casi una semana esperando a los demás. Llegaron con varios bultos, no sabíamos si con armas o dinamita. Lupe Jacott venía a prepararles comida. La noche de la reunión, el 15, Lupe Jacott y Saúl Ornelas esperaron al grupo que tenía el auto secuestrado en Torreón: Óscar Sandoval, Pablo Gómez y Arturo Gámiz; creo que

también Salomón Gaytán. Los esperaron cerca del Parque Lerdo y los trajeron a casa. Otros dos compañeros, uno de ellos Víctor, se llevaron al chofer del taxi, que venía dormido, porque Pablo lo había anestesiado, y lo depositaron en otra casa. Pedro y Juan no entraron al cuarto donde planeaban las cosas Pablo Gómez, Arturo Gámiz, Salomón Gaytán y Óscar Sandoval. Las instrucciones de lo que debían vigilar en Ciudad Madera las recibieron de Óscar González. Pero Óscar nunca les dijo: "En dos días vamos a atacar el cuartel, o en tres, o en cuatro". "Ahora bien, hay una dificultad mayor, que también es un riesgo", dijo Pedro cuando acabamos de comer. "Antes de irnos del estado, queremos ver a nuestros padres." "Seguramente creen que estamos muertos, o por lo menos mal heridos y, por tanto, en riesgo de muerte", explicó Juan. Horas antes, la hermana de Juan había hablado por teléfono con su mamá. La señora lloraba, desconsolada. "Está muerto, está muerto Juan", repetía. "¿A qué hora verás a tus padres?", pregunté a Pedro. "A las diez de la noche. Tú debes llegar sola, a esa hora, a la casa de mis padres. Nosotros saldremos de aquí poco antes o después, según se presenten las cosas." Algo que habíamos comentado, y que confirmé con Lupe Jacott cuando vino a verme ayer, es que Óscar González había desaparecido. Se trataba, pensaban Pedro y Juan, de algo que quizás estaba acordado desde esa noche del 15. Pedro pensaba que Óscar se hallaba en la ciudad de México, porque debía estar allá en caso de que el ataque al cuartel hubiera sido exitoso. Pero sentía la derrota de los compañeros en Madera como una pesadilla; quería despertar, me decía, librarse de esa angustia, de esa pesadez, de una duda que se le acrecentaba cada segundo. Se preguntaba si con la desaparición de Pablo Gómez y de Arturo Gámiz el movimiento se había acabado. Sentía que sin moverse de aquí las cosas se complicaban aún más. ¿Puede recomenzarse todavía?, se preguntaba. ¿Hay tiempo? El encuentro con Óscar González lo veía

esencial para recomenzar. Era necesario viajar cuanto antes. Cuando llegué a la casa de mis suegros, abrió mi cuñada. Se sorprendió de verme en la puerta, a esa hora. Pasaban de las diez de la noche. Estaban todavía algunos parientes en la casa, reunidos en la sala. Saludé a todos, pero mi suegro se levantó y vino a abrazarme. "¿Cómo estás, Paquetita, pasa algo?, dime." "No quiero estar en mi casa", contesté. "Quería verlos un momento; luego iré a casa de mis papás." Me preguntó si deseaba comer o beber algo. Le dije que sólo quería estar ahí un momento. Me llevó a la biblioteca y cerró la puerta. "Dime, Paquetita, dime, ¿qué pasa?" Me explicó que el ejército pensó que uno de los cadáveres de los atacantes al cuartel de Madera era el de Pedro, que él había estado ayer en Madera y no lo encontró entre los muertos. Ahora lo buscaba en la sierra por medio de mensajes de radio y de volantes arrojados desde una avioneta. "¿Dónde puede estar, Paquetita, dime?" Le expliqué de nuevo que yo ignoraba los planes de atacar el cuartel de Ciudad Madera, que varios amigos me lo informaron el día de ayer y me quedé sorprendida, desconcertada. Los parientes comenzaron a retirarse y salimos de la biblioteca. Pronto sólo quedaban con mis suegros mi cuñada y el hermano mayor de Pedro y su esposa. Cuando se presentó la sirvienta, pálida y nerviosa, llamando en voz baja a mi suegro, entendí lo que ocurría: Pedro estaba en la casa. Mi suegro salió de la sala siguiendo a la sirvienta. Pasaron por la cocina y oímos que salían al jardín. Doña Esperanza se aproximó a mí por primera vez en la noche, con calma, con una especie de afecto sincero. "¿Sucede algo, Paquita, pasó algo?" Le dije que no debía angustiarse, no había motivo. "Gracias", me respondió. Dudó en regresar a la sala. Fue a la cocina y se quedó en la puerta del jardín, esperando al doctor. No me acerqué a ella. Estuvimos en la cocina mucho tiempo, sin hablar; ella de espaldas a mí, atenta al jardín; yo, a unos pasos de ella. Le oí de pronto una exclamación ronca y contenida.

Luego oí su sollozo, como si fuera una adolescente sorprendida, confundida. La emoción la agitaba. "Es mi hijo", exclamó en voz baja y entrecortada, como si temiera que el mundo escuchara su secreto.

ALBERTINA

Estoy aquí, sola en la casa. Ayer estuve también así, velando a medianoche a mi hermano Salomón. Ahora sigo igual. Ayer sentía que podía hablar con mi hermano; aquí estaban su cuerpo, las velas encendidas, el calor de la gente que nos había visitado. Aquí estaba su cajón de madera oscura, su rostro pálido y afilado que parecía tranquilizarse conforme avanzaba la noche, conforme le hablaba. Pero ahora estoy sola. He apagado la luz, no hay velas, no hay féretros, no he querido que me acompañe nadie en estos momentos. No tengo voz para preguntar a Salomón qué hizo, para llamar a mi hijo, para pedir perdón. Pienso en mi hermano y en mi hijo y no estoy segura de que mi alma sea el mejor sitio para que me oigan. O quizás mi dolor es otra forma de hablarles, de explicarles. No me permitieron, hijo, que estuvieras a solas en tu mortaja y en tu ataúd. Que a solas terminaras de llevarte tu vida a donde quizás te encuentres ya, en la oscuridad, en la luz, no sé. Pero no en la tierra y en la cal, no en el lodo con que te cubrieron en el cementerio con tus compañeros; no en la tierra que es buena y que los recibió lastimados como semillas ofendidas. Me duele pensar que ahí estás, porque tú querías ser más libre, más generoso. Así era tu risa, franca, lanzada al aire como la luz, como el amor. El odio te quiso lastimar y no pudo; sólo me lastima a mí. El odio del

gobierno contra el que luchaste. Que no quiere oír, no quiere ceder. Que no respeta. Que amordazó al cura que no quiso bendecirte a ti ni a tus compañeros, sólo a los soldados. Se negó a rezar para ti y para tus amigos. Pero tú no necesitabas de sus oraciones. Dios sabe que sin las oraciones de ese cura acobardado has quedado más limpio y puro. Dios te ve con sus ojos y te siente con sus manos. Eres parte de su luz, de su limpieza, aunque el mundo quiso llenarte de lodo y de miedo Pero a mi sí me lastima el lodo y el miedo. Me lastima el odio. No soy fuerte como tú, soy débil. Perdóname, hijo, no pude cambiar el mundo, rescatar tu cuerpo y aliviar tu partida. Me faltó tu fuerza con la que te propusiste que el mundo cambiara, que fuera mejor. No pude vencer al mundo que te quitó la vida, que te apartó de mi.

llegaba casi a las diez de la noche. Cuando nuestra hija Alma tuvo dos años, decidimos que yo trabajara. Pablo tenía muchos conocidos en la Secretaría de Educación y fácilmente me contrataron. Lo hice entre el nacimiento de Beatriz y de Pablito, tres años. Pablo terminó sus estudios de medicina y el servicio social lo hizo en Chihuahua, en Flores Magón. Nomás se acomodó y mandó por nosotros. En Flores Magón se vinculó con la Normal Rural y participó con los ejidatarios y en luchas magisteriales. Le dije: "Si vas a recetar y aquí no hay lo que tú necesitas, pues vamos poniendo una botica nosotros". La pusimos y yo la atendía. Yo me dediqué a lidiar con mis hijos y con la botica. Pero resultó que los campesinos no traían dinero. "No importa, no importa", contestaba Pablo y les regalaba la medicina. Si a ellos les daba la gana pagar, pagaban; si no, no pagaban. Un día me cansó y le dije: "Mira, con muchos sacrificios hiciste tu carrera de médico; si vas a regalar tu trabajo, regálalo, pero las medicinas no. Que traigo diez pesos, pues tenga, eso le corresponde, y búsquele para completar la receta". Ya no lo permití, ya no. A veces no hallábamos ni qué hacer para pagar las medicinas. "Que de la remesa anterior me deben tanto." Y pues a buscarle, sacaba él de donde podía, del trabajo de maestro, porque trabajaba en la Normal. Por eso dije: "Ya no, esto ya no es posible", y así logramos hacer un ahorro. Esto fue antes de una golpiza terrible que sufrió allí en Flores Magón. Primero dijeron que había sido por una mujer, después que no, que lo habían planeado los caciques. Yo tenía que administrar la botica y él andaba en la farándula y en las luchas campesinas y en la escuela y en toditas partes. Y yo toreando a la gente, a los que venían a cobrar. Bueno, "¿pues qué voy a hacer yo, qué?", me decía a mí misma. En muchas ocasiones pensé que así como trabajé en México cuando él estaba estudiando medicina, podía hacerlo yo en Chihuahua. Porque yo no pensaba seguir en Flores Magón. Me podía ir a Chihuahua y trabajar, pues nada más tenía tres

hijos. Pero, ¿qué me detenía? El amor, insisto. ¿Qué otra cosa podía haber sido? No tenía miedo de enfrentar lo que viniera, pero no me imaginé que iba a llegar a lo que llegó, no, no. De Flores Magón nos fuimos al Valle de Buenaventura, porque allá había un doctor que era muy buen cirujano y Pablo dijo que podía aprender con él. Y sí, aprendió mucho. El único inconveniente del doctor era que le gustaba mucho tomar pastillas; a veces estaba operando y se quedaba dormido y Pablo tenía que terminar las operaciones. Pues nos rentaron una botica y en ese lugar nada más yo vendía medicina. Tuvimos una época muy buena; hice muchos ahorros y nos la pasábamos muy bien. Ahí sufrió otro atentado, lo atacaron con un cuchillo. Pero él ya traía el gusanito de la política, eso nunca lo dejó. Pablo daba clases en la Normal por la mañana y se regresaba y trabajaba como médico todo el día. Luego cambiaron la Normal Rural del Valle de Buenaventura a Saucillo y él decidió irse a Saucillo. Yo me quedé una temporada aún en el Valle, ya con los cinco hijos. Luego, ahí vamos a Saucillo, a la casa de mi suegra unos dos meses. Luego nos fuimos a la Escuela Normal Rural, ahí vivimos. Él daba sus clases en la escuela y tenía su consultorio en Saucillo. En esa época fue cuando se metió de lleno en las luchas agrarias. Estábamos en Saucillo cuando llegó Gustavo Díaz Ordaz como candidato a la presidencia de la República; llegó a Delicias y a Saucillo. A Pablo y a su hermano Raúl los metieron en la cárcel para que no hicieran manifestaciones de protesta. Luego los sacaron para llevarlos a presencia de Díaz Ordaz. A partir de ahí ya fueron puros problemas, porque ya estaba involucrado con Arturo Gámiz. Porque en esa Normal entra en escena Arturo Gámiz. Ya conocíamos a Álvaro Ríos desde que vivíamos en Flores Magón; llegaba a la casa y se quedaba a dormir; se quedaba con nosotros varios días y luego se iba. También Judith Reyes andaba en eso, desde que estábamos en Flores Magón. Yo de todas maneras siempre pensaba en Pablo, en qué

va hacer, en qué anda. Cantidad de cosas a mí no me platicaba. Yo tenía miedo, dudas, pero no tomé una decisión. Yo era maestra y podía conseguir trabajo. No me preocupaba la cosa económica. Era más bien algo sentimental, separarlo de sus hijos, cosas de ésas me detenían. Porque él siempre les demostraba mucho cariño, mucho. Pero Pablo me decía: "Primero están mis ideales, luego mi profesión, luego mis hijos y después de eso estás tú". Entonces yo me sentía postergada, quería decidirme y ya, pero no me atreví a separar a mis hijos de él. Se adentró en esas actividades porque no lo obstaculicé en ningún momento. Mis luchas eran internas, conmigo misma. Porque ni a mi mamá, a mis hermanas, a nadie le dije nada.

ESPERANZA

No conocí la muerte, pero sí sentí su dolor. Sentí su intransigencia, su inmensa fuerza, su contundente manera de que algo nuestro acabe. Pedro no había muerto, me lo dijo el corazón. No había muerto, no. Pero mi corazón había ya probado la inmensidad de la muerte. Mi hijo y mi esposo caminaban por el jardín de la casa. Cuando llegaron a la cocina vi que Paco lloraba. Lloré yo también, sin gemir, como si sólo así pudiera respirar. Abracé a Pedro largamente. Era mi hijo, era él. Lo abrazaba como si la vida comenzara, como si la vida me llevara de nuevo al principio. Paco pidió que pasáramos a casa porque hacía frío. Me senté junto a mi hijo. Lo acariciaba mientras él hablaba, ponía mis manos en sus mejillas, en sus hombros, como si fuera una luz que me ayudara a ver con claridad. Pedro hablaba de un grupo de seis muchachos que se fueron a Madera. Allí debían conectarse con otro grupo más numeroso, que no llegó a tiempo. Después de tres noches optaron por regresar a la ciudad de Chihuahua, así que no estuvieron en el ataque al cuartel, que ocurrió dos días más tarde. Ahora necesitaba mi hijo salir del estado, protegerse en otro lugar. Pedro y su amigo viajarían a la ciudad de México esa misma noche. Un tío de su amigo los acompañaría en un auto ya dispuesto. Paco opinaba sobre la ruta. Pedro escuchó. Yo lo aprobaba, me parecía urgente que estuviera

a salvo, que se resguardaran en México. Se despidió y volví a sentir que me arrancaban la respiración. Había estado con nosotros más de una hora, no sé cuánto tiempo. Ahí estaba aún mi hijo, al alcance de mi abrazo, de mis caricias. Vinieron por él. Salió al jardín y mi esposo lo acompañó caminando; luego brincó la barda. Oímos que el motor de un automóvil arrancaba. Ahora mi corazón y mi mente sabían lo mismo, podía descansar. Podía afligirme y rezar sólo por su protección en la carretera, en la interminable noche. De pronto, vi de nuevo a Paquita. Le pregunté si se quedaría la noche con nosotros. Era tarde, cerca de las dos de la mañana. Paco dijo que la llevaría personalmente a casa de sus papás, que eso había acordado con Pedro. Que yo debía retirarme, el día había sido extenuante.

CARMEN

"¿Por qué no duerme?", pregunté a mi esposo. "Ya dormí", contestó, "pero hace rato que no puedo retomar el sueño". Yo sentí que él no podía dormir y durante mucho tiempo permanecí quieta para ayudarlo a seguir descansando. "Trae muchos pensamientos en la cabeza", le dije. "Es que los pensamientos se desordenan sin que yo pueda evitarlo." "Sí puede evitarlo: desocúpese de ellos, nada más." Mi esposo se rió. "Como si fueran obedientes", contestó. "Yo sé que nuestro hijo está por estos lugares y que está bien", le dije. "Yo sé que está bien, pero ojalá se encuentre lejos", respondió, "cualquier cosa puede pasar si anda por aquí". El perro seguramente nos oía hablar, porque caminaba ya al pie de la ventana y emitía algunos gruñidos, sin ladrar. "Voy a poner más leña en la estufa, para que se caliente la casa", comentó. "Espérese", le dije, "yo lo haré". Atravesé la habitación y en la cocina levanté la pequeña plancha de la estufa. Algunos rescoldos estaban vivos al fondo, aunque cubiertos de una capa fina de ceniza blanca. Oí que mi esposo se levantaba también de la cama; tosía y buscaba algo en la recámara. Ya que ardió la leña, coloqué de nuevo la plancha de la estufa, para que el metal se calentara. Tomé la cafetera y preparé el café. Mi esposo abrió la puerta de la casa para llamar al perro. Estaba muy oscuro afuera, pues no pasaban de las cuatro de la mañana. Los

ladridos empezaron y también los gritos de mi esposo, dándole instrucciones al perro. Así se estuvieron saludando los dos un buen rato. Se alejaron por el corral y dejé de oír la voz de mi esposo; escuchaba al perro un poco retirado, ladrando a no sé qué. Cuando hervía el café, regresó mi esposo. Metió al perro en la cocina. Me vio el animal con sus ojos brillantes, nobles, pero como si hubiera hecho algo indebido. Me incliné hacia él, mirándolo fijamente: "¿Qué hiciste?", le pregunté. El perro movió la cola con energía y soltó unos gruñidos de gusto. "Échate aquí", le ordenó mi esposo, "que todavía no es hora de comer". "Que ni lo piense", le dije. El perro se echó junto a la mesa, moviendo la cola y abriendo su hocico en grandes bostezos. Le pregunté a mi esposo si prefería café o un vaso de leche. Quiso café y me confesó que al despertarse recordaba cuando nuestro hijo cumplió doce años. "Ya pasaron otros doce años de eso", me dijo, "la mitad de su vida". Sí, ahora nuestro hijo tenía veinticuatro años. Mi esposo parecía más joven, más ligero. Pasó su fuerte mano por la cabeza; parecía desordenarse los cabellos, más que arreglárselos. "Yo decidí que a esa edad aprendiera a manejar armas", explicó. "Un día se le iba a ofrecer, ¿verdad?" "¿Ése era el pensamiento que no lo obedecía?", le pregunté. Mi esposo asintió. Es que teníamos rifle, teníamos pistolas, decía él. Tenía que enseñarle los secretos de las armas. Nuestro hijo entendió muy bien, porque aprendía con paciencia. Tomaba las armas sin precipitarse. "Hay que tirar del gatillo sólo con la yema del dedo, para que no se mueva el arma al momento de disparar. Uno mismo altera los tiros. Debe confirmarse qué cantidad de grano se debe tomar en la mira para dar en el blanco; a veces que lo roce, a veces más abajo. Con cada arma debe uno saber cuánto grano debe tomarse para acertar." Sólo una cosa no podía explicarse. "Cuando uno tira a distancia, particularmente con rifle, y da en el blanco en un ser vivo, se siente. Le juro que siento cuando doy en el blanco. Es un misterio."

Lleva la mitad de su vida manejando armas nuestro hijo. Como si llevara la vida en sus manos, como si mi esposo confiara en eso. No son todavía las cinco de la mañana. El perro parece dormitar. La cocina ya está caliente. El calor de la casa invita a cerrar los ojos, a descansar. Mi esposo permanecía callado. Había terminado su taza de café. Y no era el olor del café, pero sentía otro olor en la casa. Un olor discreto, que no se imponía a las cosas, a las hierbas de cocina, a la harina. Era su olor, el olor de su cercanía.

ESTELA, LA HERMANA

Vi a una persona. Presentí algo y la seguí. Estaba muy lejos y no pude acercarme con rapidez. La persona se alejaba. No había nadie. Era un lugar montañoso, con un río grande. Yo empecé a correr y la persona se volvió a mirarme. Era un hombre, que me saludó con una mano en alto. Lo llamé y seguí corriendo. El hombre volvió a caminar. Ahora estábamos en una pradera. Yo corría donde había muchos encinos y álamos. Sabía que él tenía algo para mí, pero no se detenía, él avanzaba. Iba pensando que los lugares por donde pasaba eran desconocidos; quizás un cerro, a lo lejos, me recordó un lugar que vi de niña. No sentí miedo, pero me asombraba que no hubiera gente. Tanta soledad me obligaba a permanecer alerta. El hombre bajó por una pendiente muy arbolada. No se daba cuenta de que yo le pedía que se detuviera, que me esperara. Al tropezarme con la raíz salida de un árbol, caí en un camino que me acercó a él. "Es mi hermano", pensé, "es Miguel". Pero algo me dijo que era imposible. Grité y se volvió. Vi su chamara. Me miró sin hacer nada. Luego me esperó. Desperté en ese instante. Tomé mi reloj. Faltaban veinte minutos para las seis de la mañana. La habitación estaba a oscuras. Me levanté y me asomé a la ventana. El corazón me latía con mucha fuerza; miré el patio del hotel, las luces encendidas en un pasillo. Tomé un baño, sin prisa, tratando

de ordenar mis ideas; el agua caliente era un alivio. Terminé de bañarme y bajé a la oficina del hotel. Era muy temprano para la ciudad y muy tarde para mí. Hablé por teléfono con mis hermanas y les informé lo ocurrido. No abrían todavía el comedor del hotel, pero una mujer joven me preparó desayuno. Antes de retirarme, llamé por teléfono a mi padre, que siempre estaba muy enterado, leía el periódico, oía noticias. Ya sabía del enfrentamiento, pero no se imaginó que su hijo anduviera ahí. Se lo dije de una vez, directamente. Me dolió hacerlo así. Le pedí que esperara a que nosotras llegáramos a casa y se lo dijéramos a mi madre. Yo estaba destrozada por dentro. Salí del hotel. La mañana era gris, fría. En la estación había poca gente y compré el pasaje a Delicias inmediatamente. En el autobús me sentí mareada, con ganas de seguir corriendo en mi sueño hasta alcanzar a mi hermano.

MONSERRAT, LA MADRE

"Como usted quiera", me contestó el soldado. Era un sargento. "No puedo dejar a ninguno de mis hijos", repetí, "tendré que ir con todos". "Como usted quiera. La orden es que usted se presente con mi teniente, y tengo que llevarla. Antes haremos una inspección en su casa." "¿Cómo que una inspección?" "Sabemos que usted tiene armas en esta casa." "¿Cómo pueden decir eso?" "Nosotros lo sabemos." Ordenó a los soldados que revisaran los rincones, que sacaran la ropa, que encontraran las armas. Abrieron el ropero y tiraron la ropa al suelo, abrieron cajones, cajas, movieron muebles, levantaron los colchones de las camas. Después de haber desordenado las cosas el sargento me preguntó dónde había escondido las armas. Le contesté que nunca había habido armas en mi casa. "Eso se lo explicará a mi teniente." Salimos a la calle. La mañana era gris y fría. Cargaba a mi pequeño Trini en brazos. Mis hijas Monserrat y Rosa llevaban de la mano a mis hijos más pequeños. No habíamos desayunado. Quizás eran las siete de la mañana. Había cuatro avionetas estacionadas en la pista. En las calles encontramos poca gente. Era sábado, habían transcurrido apenas dos días del asalto. El sargento me apresuraba, pero mis hijos pequeños caminaban despacio. Pasamos cerca de la casa de Albertina; estaba cerrada. Llegamos a las inmediaciones de los

cuarteles sin que me hubiera encontrado con algún conocido. Esperaba que alguien pudiera haberme visto; una mujer con sus hijos pequeños, escoltada por soldados, era fácil de recordar. Me llevaron ante el teniente; quería saber dónde estaba Salvador. "Usted sabe dónde se encuentra", me dijo. Yo no lo sabía. Salvador nunca iba a decirme dónde se escondía. No iba a arriesgarse tanto. Querían capturarlo a costa de secuestrarnos a mí y a mis hijos o a costa de interrogatorios. "Si quieren capturarlo, búsquenlo en la sierra, él no va a entregarse a ustedes; no se esconde en mis faldas." "Sabemos que está en contacto con usted, señora, y lo capturaremos." Mientras me interrogaban comencé a oír mucho ruido de aviones. Mis hijos pequeños se asustaron, porque no sabían qué ocurría. Sonaban los motores de los aviones arriba de los cuarteles. Me aislaron con mis hijos un largo rato. Luego nos dejaron salir. Cuando llegamos a la casa vi que las avionetas seguían estacionadas en la pista; esos aparatos no habían provocado el ruido en el cielo. "Bueno, mis hijos", les dije, "entremos en la casa y arreglemos las cosas, levantemos lo que tiraron los soldados. Les prepararé desayuno, porque ya es tarde". Sí, ya pasaban de las ocho y media de la mañana.

IRENE

Llegó don Nacho muy temprano. Lo invitamos a desayunar, pero sólo quería café. A medio desayuno me preguntó si tenía una gordita de harina. Le calenté una tortilla dulce de harina, que comió con gusto. Nos dijo que Arnulfo llegó a la cabaña vieja poco después de las seis de la mañana y que despertó al muchacho para revisar la herida. La lavó nuevamente con agua y jabón y después con medicina. La herida cicatrizaba bien, pero aún supuraba. Gabino preguntó cómo pasó la noche el muchacho; nos dijo que se había despertado a las cuatro de la mañana, molesto por el dolor, pero que no tenía temperatura. Le dio de beber un poco de agua y estuvieron conversando un buen rato. El muchacho parecía obsesionado con irse este día. "Es más una obsesión que decisión", dijo don Nacho. "Pienso que no sabe aún dónde se encuentra. Si nos dijera a dónde va, sería más fácil para él y para nosotros." Gabino comentó que entendía al muchacho; no podía confiar totalmente a causa de nuestro propio riesgo. Luego me miró. "Tienes razón, debemos confirmar dónde se encuentra Rito Caldera y su gente. Esa información será útil para todos." "Así es", me apresuré, "como tú dices, para todos". Don Nacho terminó su café y la gordita de harina. Se le veía contento, rejuvenecido. "¿Me acompañas ahora al potrero?", le preguntó Gabino. "Seguro", contestó. Yo me sentía

contenta y presenciaba que lo mismo le ocurría a Gabino. El muchacho había llegado a mover varias cosas en el rancho y en el corazón de todos; estábamos atentos a algo distinto, que no imaginábamos. No me fiaba del riesgo, como Gabino. Pero ubicar a Rito Caldera nos ayudaría. Le dije a Gabino que en un momento llevaría desayuno para el muchacho y para Arnulfo, que ya no tuviera pendiente con eso. Don Nacho se atusaba el bigote. "Voy a ensillar el caballo de una vez", le dijo a Gabino, "te espero en la casa".

CARMEN

Pasaban de las ocho de la mañana. El cielo había escampado y la mañana era limpia, con cielo despejado. Mi esposo estaba en el corral, arreglando el terreno y apilando leña. El perro comenzó a ladrar. Luego oí el ruido poderoso. Salí de la casa. Era un ruido creciente de motores. Me acerqué a mi esposo y lo tomé de la mano; estaba tenso. Eran camiones del ejército. Entraron en Tres Ojitos y recorrieron las calles. Tres camiones se estacionaron con los motores encendidos al pie de los pinares; descendieron muchos soldados y comenzaron a rodear los promontorios, sin introducirse mucho en el bosque, en grupos compactos. Otros camiones siguieron de frente, hacia los alrededores. "Están buscando a Ramón", le dije a mi esposo, que movió de un lado a otro la cabeza. "No van a ningún lugar en particular", contestó, "andan tirando soldados por las lomas". Las patrullas de soldados subían por los pinares y luego bajaban, no se internaban en lo profundo; parecían desorientados. Yo pensaba que buscaban a nuestro hijo. Los motores de los camiones nos aturdían. No era usual un ruido así en Tres Ojitos. En las casas cercanas la gente estaba afuera, en los corrales; los perros ladraban agitados, los caballos relinchaban nerviosos. El ruido aumentó ensordecedoramente. Pensé que eran camiones atascados en alguna brecha, que no podían avanzar y trataban de rodear los

obstáculos. Luego el ruido potente se abrió paso en el bosque. Eran aviones; con un ruido ensordecedor sobrevolaban los pinares, las sierras, se alejaban por el rumbo de Madera, de Nahuerachi; retornaban otra vez ensordeciendo el cielo. Yo no dejaba de mirar las patrullas de soldados, que parecían penetrar con más confianza entre los pinares. Tantos soldados con aviones y camiones no eran para buscar a un hombre, insistió mi esposo, sino a un ejército. "No saben a quiénes buscan ni a cuántos", dijo. "Polo Durán debe saber si nuestro hijo está cerca de aquí", le dije. "Sí, algo sabrá decirme. En cuanto los soldados se acostumbren un poco más a nosotros, iré a buscarlo."

ESTELA, LA ESPOSA

Desperté de pronto, como si una voz me llamara. La casa estaba silenciosa y ya había amanecido. Quizás escuché la voz en el sueño. Pasaban de las siete de la mañana. Me incorporé sin hacer ruido. Algo inusual me parecía que estaba ocurriendo. Me cubrí con la bata. Mi esposo dormía profundamente. Salí de la habitación y cerré con cuidado la puerta. Mis hijos no estaban en casa; se habían ido con mi hermana Isabel a Camargo, desde la tarde de ayer. Hacía mucho tiempo que no me enfrentaba a una mañana así, tan sosegada. Quizás eso me asombró. Era sábado, habían transcurrido apenas dos días del asalto a los cuarteles. Habían sido dos días de agitación, sin sosiego. Dos días que transcurrieron con una lentitud inmensa y oprimente. Jolly no durmió en esos días; yo tampoco. Jolly mal comía. Aunque no me lo propuse, vino una y otra vez a mi mente el sufrimiento que pudieron haber tenido las madres de esos muchachos. La lluvia, el frío, la distancia, la soledad, todo cayendo sobre su dolor. Puse a calentar el café. La hornilla de la estufa produce un pequeño rumor. Cuando me sirvo una segunda taza oigo que Jolly hace ruido en la habitación. Es el primer día que Jolly duerme bien. Baja tranquilo por la escalera; viene despeinado. No tiene prisa. Le sirvo una taza de café y le acerco una jarra con leche. Se dirige a la puerta. "Si vas por el periódico", le

advierto, "está en la mesa del comedor". Toma el periódico y regresa a la cocina. "Amanecí con apetito, mujer", me dice. "¿Qué quieres?" "De todo." Faltan pocos minutos para las ocho de la mañana. Jolly empieza a hojear el periódico. Me muestra una fotografía. Lo miro sorprendida. "No es una foto mía, te estoy mostrando los aviones." Me explicó que ayer por la tarde aterrizaron en el aeropuerto cuatro jets de la fuerza aérea que son aviones muy potentes. "Tipo caza T-33", dijo. También aterrizó un avión cisterna, útil para transportar combustible, y llegó un batallón de paracaidistas. En las oficinas del periódico el piloto Leo López comentó que esos aviones de caza no podían aterrizar en la sierra, sólo sobrevolar el territorio, y que no eran útiles para localizar guerrilleros. También comentó que los paracaidistas no podían lanzarse en la sierra, en los bosques, sólo en los llanos. Que era un desplazamiento inútil de aeronaves, porque sólo podían volar de día y no en las noches, pues temían que los guerrilleros efectuaran ataques nocturnos y en las noches suspendían los patrullajes. Un acto teatral e inútil. Las declaraciones del gobernador eran engañosas: "Son movimientos rutinarios, señores. Todo esto es normal en las actuaciones de la Secretaría de la Defensa", leía en voz alta mi esposo.

ALMA, LA HIJA

Llegó un camión con las estudiantes de la Normal de Saucillo. Estaban en la oficina de la Sección Octava de maestros. Una comisión se presentó en casa de mi abuela Juanita. Se habían agregado compañeros estudiantes de las normales del estado y de la nocturna, dispuestos a marchar por las calles o a manifestarse ante el Palacio del Gobierno o frente a la casa del gobernador. Les informamos lo que supimos desde ayer. Al papá de Óscar Sandoval le autorizó la Zona Militar recoger el cuerpo del hijo; a mi tío Simón y a Pedro Muñoz Grado les autorizó recoger el cuerpo de mi papá el presidente municipal de Madera. Muñoz Grado trató de obtener también autorización para transportar el cuerpo de Arturo Gámiz. Todo parecía correcto, en orden, pero allá, en Madera; después de mediodía todo cambió. Los cuerpos de Óscar Sandoval y de mi papá ya estaban embalsamados y guardados en bolsas de plástico para su traslado a la ciudad de Chihuahua. Sacaron el cuerpo de mi padre de la avioneta y lo depositaron de nuevo con los otros cuerpos en las oficinas del cementerio. Mi tío Simón lloraba ayer por la noche, cuando nos lo dijo. El gobernador ordenó que ningún cuerpo saliera de Madera, ordenó que los enterraran en fosa común, los humilló. Gente del pueblo quería pagar las cajas para que los enterraran correctamente. Pero el

gobernador fue intransigente, los enterraron sin mortaja, sin cajón; sólo les echaron tierra y cal. Obligaron a mi tío Simón y a los familiares de los Gaytán y de los Escóbel a presenciar en el cementerio las honras del ejército a los soldados muertos y una misa de cuerpo presente. El sacerdote no quiso bendecir la fosa común. Por mi padre estaba bien, porque había sentido el odio de los curas en muchos sitios. Pero pienso que para los otros, para los muchachos, no estuvo bien. Mi papá y sus compañeros eran considerados comunistas y los atacaba la Iglesia. Mi hermano Pablo y yo sufrimos las agresiones, pues ya íbamos a la primaria. Nos perseguían, nos apedreaban, nos gritaban comunistas como un insulto. Cuando mi papá apoyó la Revolución cubana fue peor. Una manera de limar asperezas con mis amiguitos fue ir a la iglesia, para que vieran que no éramos comunistas. Hice la primera comunión, como autodefensa. Un día la muchacha que nos ayudaba en la casa y yo nos fuimos a misa muy temprano, como a las seis de la mañana. Y el cura en su sermón explicó que cuando en una reja de manzanas había una manzana podrida pues ésta pudría a las demás, y que para evitar eso había que desechar a esa manzana, tirarla, acabar con ella para que no pudriera a las demás. Y lo que pasaba con las manzanas también ocurría en la sociedad: cuando había una persona que engañaba, había que rechazarla, y que ése era el caso del doctor Pablo Gómez. Yo llegué a mi casa a desayunar y no dije nada, para no preocupar a mi papá. Pero a media mañana entró hecho una furia y me dijo: "Es la última vez que vas a la iglesia". Alguien le platicó lo que había dicho el cura en el sermón. Desde luego, entiendo que fue para protegerme. ¿Qué necesidad tenía yo de que atacaran a mi papá en mi presencia? Ya no regresé a la iglesia, jamás. Íbamos a la escuela y nos apedreaban a Pablo y a mí. En ocasiones nos tuvieron que mandar en taxi a la escuela y recogernos también así, porque nos agredían, nos gritaban comunistas y comeniños. Pero los compañeros que llegaron a

casa de mi abuelita no estaban de acuerdo con quedarse cruzados de brazos. "Vamos a los periódicos", dijeron. "Vamos a protestar, que los periódicos anuncien estos atropellos." Mi prima Rosa apoyó la propuesta. "Vamos al periódico *Norte*", dijo. "Que nos acompañen, pero que nos reciban a una comisión de familiares." Todos secundaron la propuesta y acordaron que debíamos ir con mi mamá, mi prima Rosa y yo, y pedirle que viniera también a mi tío Raúl con su esposa y mi prima, porque mi tío Simón ayer mismo en la noche se había regresado a Saucillo.

CARMEN

"Tenía usted razón", me dijo, agitado. Apenas pasaban de las once de la mañana y ya había hablado con Polo Durán. Nuestro hijo estaba oculto cerca de aquí, por Nahuerachi, a donde llegó ayer, con Lupito Escóbel, poco después de medianoche. "Los militares no saben quiénes atacaron, están tratando de adivinar", me explicó. No habían llegado a Madera los que debieron participar en el asalto a los cuarteles. Una primera reunión había sido en Ariseachic; la otra debió haber sido en Madera, en el Presón de Golondrinas. No llegaron Salvador ni Antonio Gaytán, que transportaban armas de alto poder. Tampoco llegaron los muchachos que buscaron por radio y con los volantes arrojados desde las avionetas. Sólo trece atacaron los cuarteles. Lupito protegió la fuga de otro de los compañeros, que salió por un rumbo distinto, hacia el norte. Le pregunté si podríamos verlos. "De ninguna manera", me respondió, "los pondríamos en riesgo si alguien de Tres Ojitos o de Nahuerachi nos viera internándonos en los pinares o en la serranía". Debía bastarnos con saber que estaban bien. Pero no por mucho tiempo. Mi esposo explicó que deberían marcharse cuanto antes a Sonora, con nuestra familia, a Santa Rita. Ahí podían estar bien. Nuestro yerno tendría que acompañarlos. Le pidió a Polo que no les dijera que nosotros estábamos enterados. "No lo sabrán", le

dijo. "Tengo que ir a Madera, debo decírselo a Albertina." "¿No se está arriesgando usted?" "No saben que están buscando a Ramón ni a Lupito. No saben tras de quién tienen que ir. No saben quién soy. No tenga pendiente."

IRENE

Detuve a Arnulfo cuando salía de la cabaña vieja. "¿A dónde va ese muchacho?", le pregunté. Arnulfo movió la cabeza de un lado a otro. "No lo sé, Irene, te lo aseguro." Se ajustó el sombrero despacio, sin precipitaciones. "Pero se irá, está muy decidido". Arnulfo se parecía a Gabino, como si yo hablara de cosas que no venían al caso. Aunque yo veía las cosas con mucha claridad. Un aspecto era la condición en que lo postraba la herida. De eso dependía su capacidad para huir de aquí y sobrevivir. También dependía de eso el vigor físico al que tuviera que recurrir para escapar o protegerse en un ataque. Ambos aspectos me importaban porque su captura conduciría a cualquiera hasta nosotros. Los policías rurales de Rito Caldera estaban en muchos sitios: en Mesa del Huracán, en Las Varas, en Entronque, en Bavícora. ¿Va a Gómez Farías? Lo atraparían fácilmente. ¿A Zaragoza o Buenaventura? No sería capaz de llegar con estas heridas. Arnulfo asintió con un movimiento de cabeza. "No sé a dónde quiere ir ese muchacho", me respondió Arnulfo, "pero lo importante es que lo ayudemos a estar en condiciones de que llegue a donde se proponga. Por la tarde revisaremos su herida y hablaremos con él. De eso depende todo". "No sólo de eso", le atajé. "Depende de lo que decidamos también nosotros. No se puede ir por su propio pie ni por su propio capricho. Como él

dice, debemos pensar en esto por su propia seguridad y también por la nuestra."

ESTELA, LA HERMANA

En San Bernardo no había buen servicio de teléfonos, era pésimo. Pero había una oficina de telégrafos y ahí mi padre estuvo más o menos enterado. Por la mañana mi papá se fue a Durango, porque las relaciones de él siempre fueron allá. En Chihuahua no tenía muchas relaciones. Fue a ver si le ayudaban, por parte del gobierno de Durango, a que recuperara el cuerpo de mi hermano. Estuvo muy entusiasmado parte del día, pero no le quisieron aceptar que se exhumaran los cadáveres. A mi papá le dolió muchísimo. Mi mamá casi se volvió loca cuando le dijimos que había muerto. Tuvimos que inyectarla, sedarla con un narcótico para detenerla, porque se echó a correr por la calle, llamando a gritos a su hijo. No entendió la noticia del ataque a los cuarteles. Lo tremendo era la muerte. No nos imaginábamos que él anduviera en algo tan fuerte. Sabíamos que tenía esas ideas. Mi papá siempre lo apoyó. Mi mamá no. Para ella se le hacía mucho que anduviera en México, pero no se enteraba de lo que pasaba. Ella no sabía qué eran las organizaciones campesinas de la sierra ni de qué se trataban las organizaciones estudiantiles de la Federación de Estudiantes de Chihuahua. A ella le entusiasmaba que Miguel siempre estuviera pensando en la gente humilde. Porque nosotras le decíamos: "Vente a Delicias a trabajar". Había

oportunidades de cambio. Y él nunca aceptó, al contrario. "Yo me voy a lo más recóndito, porque ahí es donde me necesitan." Nunca nos imaginamos que hubiera estado tan comprometido y con una ideología tan profunda como para llegar hasta la muerte. El miedo a la muerte no lo frenó. Eso nos daba furia, y nos sentíamos orgullosas, claro. Pero lo triste de la situación fue que no pudimos ver a nuestro hermano y sentimos el vacío en la familia. El duelo hay que vivirlo, necesita uno tener el duelo. Nosotros lo vivimos, pero sin verlo. Veíamos a alguien: "Ay, se parece a Miguel", me decía yo, con la esperanza de encontrarlo. Quise velarlo, bendecirlo. Pero no lo tuvimos muerto. Mi mamá salía a la calle a buscarlo, a ver si venía. Y nosotros andábamos en la calle con ella, para cuidarla, porque no se cansaba. Pasaba una persona y ella volvía a gritar, con la esperanza de que fuera él. Porque mi hermano le platicaba a mi mamá: "Fui a México, a Chihuahua, a San Juanito, allá o acá". Pero a mucha profundidad no le platicó a qué iba. Mi papá también estaba enterado, claro que sí. Pero nadie se imaginó que fuera algo tan a fondo. Mi madre no quería abandonar la calle, quería seguir esperando a Miguel. Y nosotras llorábamos en silencio, para no afligirla más, para no socavarla más.

ALBERTINA

Fui por la tarde a casa de mi cuñada Monserrat. La encontré asustada y con la casa revuelta. Habían llegado los soldados por ella, la habían interrogado. Buscaban a mi hermano Salvador. Ignoraban quiénes participaron en el ataque a los cuarteles, pero querían a Salvador. No a mi hermano Antonio ni a mi hijo Lupito. A Salvador. Por eso presionaron a Monserrat y a sus hijos. Le ayudé a levantar la casa. Los niños también ayudaban, pero no podían avanzar gran cosa. Le informé que hoy esperaba que llegara del rancho de Cebadilla mi padre y mi esposo, que mañana la visitarían. También le dije que el padre de Ramón Mendoza me visitó; él me confirmó que Lupito y su hijo lograron huir de Madera. Se hallaban en Nahuerachi, protegidos por amigos. Esta misma noche se desplazarían a Sonora, a un rancho de familiares de los Mendoza. Lo que importaba es que no habían estado en el ataque a los cuarteles mis hermanos Antonio y Salvador. Ellos debieron haber transportado armas desde Arroyo Amplio hasta Ariseachic; armas de alto poder, para utilizarlas en el ataque. Eran armas que les quitaron a policías rurales y a soldados a principios de año, en una casa de los Ibarra, donde se acuarteló la policía rural de Rito Caldera, y en el Arroyo de las Moras. En el asalto a la casa de los Ibarra no estuvo Salvador, sino Salomón. Y en el asalto en el Arroyo de las Moras

estuvieron Salvador y Ramón Mendoza. No se presentaron a tiempo con esas armas en Ariseachic. Los que llegaron a Madera decidieron atacar sin ellas. Fue una tragedia. Lupito y Ramón no supieron dónde estaban Salvador y Antonio. "Salvador me va a buscar", me interrumpió Monserrat. "No puedo alejarme de aquí hasta que Salvador me lo diga."

LUPE

Se supone que después del asalto se comunicarían conmigo y yo me reuniría con Hildebrando Gaytán y con Óscar González, para buscar recursos económicos, que era para lo que servía uno, aparte de organizar. Decía el profesor Pablo Gómez que éramos muy capaces en la Normal para convencer. Eran las actividades que realizábamos en lo abierto, con determinada gente, contactos, que va ir con fulano, hoy vi a perengano. Yo reunía a la gente sola o acompañada. A veces me mandaban a Zacatecas. Eran actividades que yo hacía. Aunque sí me enseñaron a manejar las armas, a desarmar una pistola, a disparar; me contaban tiempo, todo lo que era defensa personal. Hoy que me buscaron los hermanos Rodríguez Ford, hablamos largamente. No hemos encontrado a Hildebrando ni a Óscar, debemos restablecer la comunicación con algunos compañeros y grupos campesinos, viajar a Saucillo, a la sierra, a Durango. Los compañeros de las escuelas rurales han tratado de manifestarse desde la mañana, para el reclamo de los cuerpos, pero la organización no está activa, no hay caminos de solución ahora. El ejército estaba esperando el ataque. Eso dijeron por radio. Nunca le tuve confianza al capitán Cárdenas Barajas. Creo que los compañeros se dieron cuenta un poco antes, por eso aceleraron los hechos. A veces no teníamos qué comer y el capitán nos llevaba a un

restorán, a un café de chinos, a tomar café con pan, nos daba comida. Pero lo que nos enseñaba no era útil para enfrentarnos a nadie ni para asaltar a alguien en la calle. No había balas, contábamos con poco parque. Nada más caminatas y caminatas. Nos llevaba a caminar kilómetros y a secar frijoles y a secar esto. No tratamos temas de ataque a cuarteles. Se supone que a eso era a lo que íbamos, a organizar un movimiento armado, a tener un grupo que prendiera la chispa, que encendiera todo. Eso era lo que necesitábamos, organizar un ataque para que se prendiera la lucha en todas partes y tener recursos. Partiendo de eso nos daba las clases de armas y quién sabe qué tantas cosas. Pero no el entrenamiento verdadero de un militar. Óscar González no se subió a la sierra con Pablo porque eran los intelectuales, los estaban protegiendo a él y a Hildebrando Gaytán. Los ideólogos eran Óscar, Hildebrando y Arturo. Los dos querían subir con los demás y el profe Gómez y Arturo dijeron que no, que se quedaba sin nada el movimiento. Supuestamente quienes deberían de haber tomado el control eran Óscar e Hildebrando.

comida para todos los que llegaban. Óscar conocía el movimiento campesino en la sierra y en muchas zonas del estado. Comprendía que de ese movimiento de masas no sólo se desprendió la guerrilla, sino que habían surgido las dos figuras importantes que no pertenecían a la región, Álvaro Ríos y Arturo Gámiz, que se tornaron más combativos cuando los pistoleros de Cuatro Amigos mataron al profesor Francisco Luján Adame. Óscar González entendió que no debía desarticularse la fuerza de las organizaciones campesinas. Consideró un error el distanciamiento entre Álvaro Ríos y Arturo Gámiz. No debían plantearse las diferentes decisiones como una ruptura entre el alzamiento armado y la inmensa fuerza del movimiento que seguía con Álvaro y que podría continuar con él no sabíamos cuántos años más. Óscar González no aceptaba una lucha solamente local, de enemigos y aliados con nombre y apellido. Proponía una articulación mayor de los movimientos rurales en más regiones del país. Lo extrañaba. Era la única persona, fuera de Pedro, con quien hubiera querido hablar estos días.

IRENE

Arnulfo comenzó a explicar, calmo y despacio, como es él. "Mire usted, Hugo. Me dijo que así podemos llamarlo, ¿verdad?" Arnulfo aclaró primero nuestros puntos de vista. "En esta cabaña nadie lo encontrará. Aquí está seguro, esto es lo más inmediato." El muchacho se apresuró a responder que después de dos o tres días, ningún lugar es seguro. Arnulfo prosiguió: "Además, si intenta atravesar de nuevo la sierra, la herida se arruinará. Por tanto, opino que primero debe sanar". El muchacho tardó en responder. Se defendió diciendo que su decisión no dependía de la salud ni de las mejores opiniones, sino de la protección. Permanecer en el mismo sitio nos ponía en riesgo a él y también a nosotros. Arnulfo no contestó. Observó con atención la herida del muchacho, acercó sus grandes manos a la herida, para repasar los bordes que debían cicatrizar. Sin dirigirse a nadie en particular, dijo en voz baja, como para sí mismo: "La herida va a arruinarse". Yo quise intervenir, pero Gabino me contuvo. Arnulfo me miró y prosiguió. "Doña Carmen quiere que le digamos lo siguiente: cerca de aquí, en un poblado por el que no debe usted pasar, vieron ayer muchachos nuestros a Rito Caldera, el jefe de los rurales." El muchacho dijo que lo conocía. Continuó Arnulfo: "Vino a esta región en busca de fugitivos del ataque al cuartel. Le preguntaron qué haría en caso de encontrarse con

alguno de ellos. Contestó que se haría el desentendido, porque cuando lo desarmaron ustedes lo habían tratado muy bien". El muchacho sonrió, sin hacer ningún comentario. Arnulfo prosiguió explicando que, sin tener nosotros idea de hacia dónde quería dirigirse, imaginábamos que desde aquí podría encaminarse hacia dos o tres poblaciones grandes. En cualquier caso, debería emprender mañana su viaje a primera hora, en montura y en compañía de dos o tres muchachos nuestros que lo acompañaran una buena parte de la jornada, lo suficiente para alejarse de los destacamentos de Rito Caldera. El muchacho estuvo de acuerdo y subrayó: "Al rayar el alba, pues". "Al rayar el alba", aceptó Arnulfo. La tarde era luminosa. El ganado regresaba al rancho; los caballos, los perros, las aves, las vacas, producían un ruido de fiesta, como si celebraran algo. El muchacho sonreía, radiante. Yo me alegraba por la luminosidad de la tarde, por la vida que nos rodeaba con el ganado, las aves, la sonrisa misma del muchacho. Me puse de pie, para dirigirme a la casa y preparar la cena y algunos alimentos que pudieran llevarse mañana temprano. Cuando salí de la cabaña, pensé que la tarde parecía una fiesta de despedida.

CARMEN

Todo el día estuve pensando que al anochecer se irían nuestro hijo y Lupito Escóbel. Lo confirmaron Polo Durán y su hermano. También mi hija, pues nuestro yerno iría con ellos. Saldrían por la noche a Santa Rita, porque a esa hora suspenden los soldados el patrullaje. Antes del amanecer llegarían a lugar seguro en Santa Rita y de ahí, mañana, partirían a Sonora, al rancho de nuestro primo Guillermo Mendoza. Ahí tendrían tiempo suficiente para informarse de todos los movimientos, enviar contactos a Salvador y Antonio Gaytán, a Casas Grandes, a Ignacio Zaragoza. Cuando la tarde empezó a oscurecer mi pecho se aquietó. Me asomé a contemplar los pinares, a sentir la fina llovizna que estaba cayendo. Salí de la casa a despedirlos con el pensamiento, a protegerlos con mi corazón. Sentí que se iban, sí, lo sentí. Mi marido llegó tarde, cuando Polo Durán volvió de los promontorios donde se ocultaban Lupito y nuestro hijo. Polo llevó a nuestro yerno con ellos y los despidió. Mi esposo estaba contento y yo también; la presencia de mi esposo era una fuerza apacible. Cenamos sin prisa y oímos los programas de radio; tocaron una música hermosa en cada programa. La noche era cada vez más oscura, por eso sentí tranquilidad. Nos acostamos poco después de las nueve de la noche, pero desperté pronto, sin sueño. A la una de la mañana me senté aquí, junto a la

ventana, a mirar tanta noche oscura. No para despedirlos de nuevo, porque eso ya lo había hecho cuando cayó la noche. Era por acompañarlos en su caminata, para infundirles vigor. Quizás recé algún momento, no sé bien, agradeciendo tanta oscuridad, tanto silencio. Mucho tiempo después mi esposo despertó, salió de la habitación y se acercó a mí. Pone sus fuertes manos en mis hombros y con delicadeza me pregunta si estoy bien, si me preocupo. Acaricio una de sus grandes manos: la siento cálida. "Quédese así un momento", le pido, "no retire sus manos". En la oscuridad, lo veo sonreír. Me pregunta si aún pienso que sus manos son tan rasposas como la corteza de los árboles. Sin dejar su sonrisa, me dice: "Pero usted también es un árbol muy valioso para mí. Sus ramas protegen, sus hojas curan, su sombra es provechosa. Le agradezco su fuerza para seguir aquí, conmigo, con sus raíces firmes, sin abandonar a ninguno de los que somos suyos".

ESTELA, LA ESPOSA

Fuimos a misa temprano, antes de desayunar. La mañana estaba nublada y fresca; parecía un domingo apacible. Al salir de la iglesia el sol comenzó a abrirse paso, con fuerza. Desayunamos y Jolly estuvo largo rato revisando fotografías. Después buscó los periódicos y estuvo leyendo en silencio. Me mostró unas partes del periódico. Ayer, en una sesión extraordinaria, el Congreso del estado había solicitado formalmente al presidente de la República el apoyo de las fuerzas federales. "Pero el ejército está aquí desde el primer momento, y los aviones de guerra desde hace dos días. ¿Qué nuevo apoyo piden?", le pregunté. Jolly explicó, sin darle importancia, que con este acuerdo de los diputados del estado se legalizaba toda acción militar que el gobierno federal emprendiera en Chihuahua. Además, lo que importaba del reportaje era el recuento que hacían los diputados de las acciones anteriores de los guerrilleros. "Con fecha 29 de febrero de 1964 destruyeron un puente; el 5 de marzo del mismo año asesinaron al señor Florentino Ibarra; el 12 de abril siguiente incendiaron una casa y la estación de radio al servicio de la misma; el 15 de julio del mismo año atacaron por sorpresa a un grupo de agentes de la policía del estado, en Dolores, quitándoles las armas, privándolos de su libertad por varios días y lesionando a dos de ellos. En el presente año

atacaron a un pelotón de soldados del 52 batallón de infantería en la sierra de Madera y el 23 de los corrientes, en forma sorpresiva y temeraria, atacaron la guarnición de la plaza de Ciudad Madera." "Pero todo ocurrió en la sierra", le dije, "en pueblitos perdidos en la sierra. ¿Qué peligro puede representar eso?" Jolly se rió. "Para nosotros, ninguno", contestó, "pero en la sierra hay mucho dinero y gente poderosa. Ahí hay muchos intereses que han afectado los guerrilleros. Eso le preocupa al gobierno. Temen que los alzados sean muchos y que el movimiento pueda crecer. Temen por los bosques, las tierras, el dinero. Los poderosos están inquietos. El poder también sabe tener miedo".

LUPE

Releí varias veces los párrafos del periódico. Los diputados del Congreso del estado habían pedido formalmente la intervención de las fuerzas federales y habían hecho un recuento de las acciones de la guerrilla. Insistían en que no se había logrado someter a los alzados a los cauces de la legalidad y se repetía este párrafo: "un grupo de individuos encabezados por Arturo Gámiz, el doctor Pablo Gómez Ramírez, Álvaro Ríos, Salvador, Antonio y Salomón Gaytán, operan en el municipio de Madera, ejecutando hechos delictuosos que trastornan el orden público y siembran la intranquilidad en todo el estado". Saúl Ornelas aseguraba que no habían participado en el asalto a los cuarteles Antonio ni Salvador Gaytán. Ambos sabíamos, además, que Álvaro Ríos estaba desvinculado de las acciones armadas y que no estaba al tanto de los planes de atacar los cuarteles de Madera. Los demás habían participado en el asalto y estaban muertos. Me parecía claro el acoso a los hermanos Gaytán, pero no a Álvaro Ríos, porque eso significaba reprimir al movimiento campesino que no estaba armado, que era sólo pacífico, legal. Los diputados del Congreso del estado insistían en un recuento de las acciones guerrilleras anteriores. Mencionaban la ejecución de Florentino Ibarra, pero callaban que él había asesinado a mansalva a un compañero de Álvaro Ríos y de

Salomón Gaytán, a un indígena pima, Carlos Ríos. Registraban el incendio de la casa de los Ibarra, pero callaban que se trataba del cuartel de los policías rurales de Rito Caldera, gente déspota, cruel; Salomón quería que ejecutaran a Caldera en esa ocasión, pero Arturo Gámiz se opuso. La prensa hablaba de otro enfrentamiento de Salvador Gaytán y Ramón Mendoza con un pelotón de soldados en la sierra, sin aclarar que fue en el Arroyo de las Moras y que los soldados habían huido y abandonado sus armas, botas, cartucheras e incluso un perol donde cocinaban peces sacados del arroyo. Habían realizado cinco acciones bien planeadas y efectivas desde el 29 de febrero del año pasado hasta el 27 de mayo de este año. ¿Por qué el asalto a los cuarteles falló? ¿Por qué en esa acción murieron la mayoría de ellos? El ejército los esperaba. El capitán Cárdenas Barajas los había traicionado, lo sentía yo en el alma, en lo más profundo.

ALMA, LA MADRE

Mi hija se regresó hoy a Saucillo. La llevamos temprano, con sus compañeras de escuela, al autobús que se encontraba frente a las oficinas del sindicato de maestros. Había vivido tres días de torbellino. Yo trataba de sujetarme de alguna pared para no sentir que caía al vacío. Me era difícil respirar, reflexionar. Tenía que trabajar de nuevo. El director federal de Educación me aseguró que en pocos días resolvería mi trabajo en Chihuahua. Debía regresar ahora con mis hijos. No darles mis rencores. "Bueno, ¿y ahora qué?", pensaba mientras avanzábamos en la carretera. "Ya me quedé sin marido, ¿y lo demás qué?" Me hice muchas interrogaciones a mí misma, pero rencorosa. "¿Qué ganamos con esto?, ¿qué se resolvió?" Me repetía: "¿Y qué ganamos?" Guardaba un sentimiento de que no fuimos lo principal para él, que tuvo otros ideales. Como él decía: "Primero son mis ideales, mi profesión, mis hijos y al último tú". Me iba con mi sobrina Rosa y su novio José Antonio. Yo quería salir del aturdimiento, del dolor de haberlo perdido a él. Muchas limitaciones teníamos desde hacía meses, porque sólo andaba en sus asuntos políticos y él ya no trabajaba. Y otra vez la misma historia, mi mamá nos ayudó. Yo lo apoyaba pero por momentos me negué. "Si eso es lo que él quiere, que lo haga." Era la lucha conmigo misma. Antes, cuando él todavía

trabajaba en la Normal de Saucillo, tomó otra determinación. Dijo: "Vámonos a México, vámonos". Y nos fuimos con lo que yo había ahorrado. Quería que obtuviéramos el pasaporte para Cuba, pero mi acta de nacimiento era de Estados Unidos y se frenó todo, no pude conseguir el pasaporte. Parece que el Partido Popular Socialista no estaba de acuerdo, pero él me dijo: "Yo los voy a llevar a Cuba y luego regreso". Su plan era dejarnos en La Habana y él regresarse; quería más bien salvaguardarnos, proteger a la familia. Me di cuenta cuál era su intención cuando en México íbamos a la casa de Jacinto López. Ellos discutían mucho aparte. Yo me imagino que eso era la discusión. Íbamos muy seguido a la casa de Jacinto. Cargaba con nosotros, y otra vez sentí que lo estábamos estorbando. En México llegamos a un cuarto enfrente de la Alameda. Estaba una iglesia aquí y otra acá, y una fuentecita en medio. Ahí vivían un luchador y otro compañero de Ciudad Madera, David Estrada. Estábamos en un cuarto pequeño y la mitad tenía una pared de tela, con una puertita aquí; de este lado dormíamos nosotros y de este lado dormía un señor. Yo muchas noches me quedé sola, muchas noches. Me permitían cocinar, así que yo les hacía cualquier cosa a mis hijos y se lo comían ahí en el cuartito. A Pablo y a Beatriz los puse en la escuela; caminaba yo con ellos hasta la escuela, porque Alma se había quedado en Chihuahua, en la Normal, ya no estaba con nosotros. Fueron muy duros esos tiempos y yo anhelaba regresarnos a nuestra casa. Lo anhelaba, lo anhelaba. Nunca me di cuenta qué estaban organizando. Yo trataba de preguntarle algo, ¿por qué esto?, ¿por qué aquello? "¿Quieres que te cuente mentiras?", repetía. Así que yo dejaba de preguntar.

HERCULANA

"¿Por qué regresamos en domingo?", me decía Tiburcio, "todavía no llega". Yo pensaba que la profesora Alma se había ido desde el jueves. Era tiempo de que regresara. Claro que debía llegar. Yo quise venir con un costal de melones, para ella y para los niños. Tiburcio insistió en que sólo trajéramos manzanas. Aun así, yo traje además cuatro melones. La profesora Alma no había llegado a su casa, pero fuimos a esperarla con su hermana, pues ahí había dejado a los niños. Llegó mucho después de las tres de la tarde. Gracias a Dios que Tiburcio no dijo nada, se quedó callado todo el tiempo. La profesora Alma se rió de la fruta que le habíamos traído, le dio gusto. "Usted no tiene trabajo", le dije a la profesora, "no podrá arreglar esto de un día para otro". Le advertí que le llevaríamos frutas, tortillas de harina, pescados que atrapáramos en el canal. Yo le volví a decir que mi hijo Matías seguía muy de cerca al doctor Pablo, le era muy cercano, le tenía fidelidad. Por eso había estado en la sierra con el doctor. Nosotros la cuidaríamos a ella y a los niños, porque nada había cambiado. Que era una tragedia lo que nos tocaba vivir, cierto, pero seguíamos siendo los mismos, sin titubeos. Sobre todo sin miedo. Porque cuando la gente está toreada tiene miedo, dice "algo pasa". Pero yo no estaba toreada en eso, no tenía miedo. Yo me venía de Saucillo hasta la escuela, era la

mensajera para el doctor. Allá en la escuela había mucha conciencia. Un señor Joaquín, que era el del mueble, un camioncito, lo llevaba lleno de estudiantes al rancho, y allá cenaban, allí hacíamos tortillas, matábamos pollos, pues había muchas gallinas, y nos metíamos al canal y sacaban pescados. Eso le recordaba a la profesora Alma. Y también le dije que yo no sé cómo estuvo, pero que nos jugaron una trampa. Yo digo que esa trampa fue que faltó la gente. Y ellos se confiaron, ¿verdad? Se confiaron con que la gente estaba repartida, porque según yo pienso, ellos no me dijeron, pero yo digo que las invasiones de tierras iban a ser para distraer al ejército, que unos iban a una parte y otros a otra, pero como no pasó eso todos quedamos encabronados. Por eso le dije a Tiburcio desde el primer momento que a quien nunca iba a olvidar era a los Gómez, porque yo apreciaba mucho al doctor. Y también mi hijo lo apreciaba, o lo aprecia. Y Tiburcio también lo respetaba y lo quería, pero él no hablaba. Con mi hijo y con el doctor Pablo yo pasé muchas cosas. Principalmente con mi hijo, pues. Antes, yo saqué a mi hijo de aquí, cuando iba a Torreón, después de la cárcel, cuando las invasiones de tierras que organizó el doctor Pablo. Siempre estuve dispuesta, porque nunca tuve miedo. Iban Mario, Toño, el que nos llevaba en el carro, Pancho, y Matías. Había un retén de policías en la Estación de la Cruz, antes de Camargo. Ahí nos detuvieron los agentes. Antes de llegar al retén les dije que me dieran la pistola. Yo llevaba un suéter azul, muy ancho de aquí del puño. Entonces me dieron la pistola y los cargadores; yo metí los cargadores aquí en las mangas y la pistola, con perdón sea dicho, en mis calzones, disimulando con la falda, también muy ancha. A ellos los bajaron, pero a mí no. Me dijeron: "Usted no se baje". Nomás los bajaron a ellos y los esculcaron, pero no les encontraron nada y entonces nos dieron la salida. Era de noche, en el retén de la Cruz. Y nos fuimos a Jiménez y ahí a diferentes oficinas de autobuses, a preguntar a un lugar y a otro

cuál autobús salía más rápido. No me acuerdo cuál salió primero y compramos los boletos, pusimos a los muchachos en el autobús y se fueron a Torreón. Allá tenía yo una hermana, se fueron con ella y duraron un tiempo. "No se le olvida nada", me decía la profesora Alma. "No se me olvidará usted", le contestaba, "es lo que me importa ahora".

ESTELA, LA HERMANA

El lunes muy temprano se fue mi padre a Ariseachic, a la escuela donde trabajaba mi hermano. En realidad quería irse el domingo. Lo convencimos de que esperara por lo menos un día más y se fue el lunes. A mi madre la seguíamos controlando con sedantes. Yo creo que cuando uno recibe al familiar que fallece, cuando tiene uno el duelo y se vive el proceso del dolor, con el tiempo se va asimilando más la pérdida. Pero sin verlo, con la noticia de que todo ocurrió en un lugar remoto, no acepta uno ese dolor. Mi padre llegó a Ariseachic. Gente del lugar había juntado las cosas de mi hermano; libros, ropa, cuadernos. Los guardaron en una maleta que tenía en su cuarto. La gente decidió enterrar la maleta por temor, pues había mucha persecución. Eso es lo que mi papá se trajo. La maleta venía llena de tierra, como se la entregó la gente. No la quiso sacudir ni lavar, como si así mi hermano estuviera cerca. De Ariseachic se fue a Madera. Estuvo en el camposanto; buscó el lugar donde enterraron a mi hermano y a sus compañeros. Nadie lo molestó en ningún momento mientras estuvo en la población. Mi madre recibió la maleta muy conmovida. La tuvo en sus brazos mucho tiempo, así como la trajo mi papá, con tierra en los bordes, en las esquinas. La guardó como si fuera algo muy delicado.

ALMA, LA HIJA

El domingo me regresé en el autobús con las estudiantes de la Normal y mi mamá se regresó a Delicias. Se decretó duelo en la Normal. Todos los viernes y sábados ensayábamos bailes, pero los suspendieron. No se encendían los radios, nadie cantaba. Ya no me hacían preguntas, sólo me ofrecían solidaridad, cercanía. Era común en la Normal que las estudiantes de los grados superiores adoptaran a las de los grados inferiores. Porque entrábamos de doce años y salíamos de dieciocho. Éramos una niñas y las grandes nos adoptaban, nos enseñaban a lavar la ropa, nos ayudaban a hacer tareas, nos consentían. Yo había sido adoptada por muchas muchachas mayores porque habían sido alumnas de mi papá y habían andado en las invasiones de tierras, en las luchas agrarias. Mi papá era su guía. Por eso me protegían y ponían atención en mí. Lo mismo los maestros de la Normal, pues algunos de ellos habían sido compañeros de mi papá desde que eran estudiantes y compartían sus ideas. Yo no sentí que me tuvieran lástima, sólo afecto. Sabía que estaban ahí. Sentía respeto, mucha protección, mucha solidaridad en la escuela, con los vecinos, con los compañeros de mi papá, con doña Herculana, que llegaba cargando sus costales de trigo o de melones, sandías, bueno. Aprendí que no había que llorar ni demostrar debilidad, que había que ser fuertes. Yo

no me acuerdo de recomendaciones familiares, pero lo sabíamos mis hermanos y yo. Ahora, esta noche, pienso que siquiera mi papá tuvo hijos. Los otros murieron tan jóvenes, sin oportunidad de tenerlos. Hace apenas una semana murieron. Que mi papá tuviera hijos deberá tener otro sentido, tendremos que estar al pendiente, conservar la memoria, ser con el tiempo motores, mover, hacer algo. Me parece un gran desperdicio la muerte de esos hombres tan inteligentes y que no hubieran tenido hijos.

PAQUITA

Primero vivimos en Las Granjas, cerca del maestro Ferrogay, y luego en la casa que era del papá de Pedro, en la Calle 23. Acordamos cómo hacer las cosas y de qué iba a vivir yo, porque ya no había dinero. Antes de que Pedro se fuera me dijo: "No vayas a dejar la casa, siempre consérvala, no te vayas a ir con tus papás, para que éste sea el punto de referencia, porque la gente sabe que aquí estuvimos y aquí nos buscarán". Y me quedé ahí. La Nena se fue a Jiménez y a veces me acompañaba mi hermana. Pero la verdad, era muy hostilizada. Se subían a la azotea, golpeaban las tinas que daban a un baño, eran noches de mucho miedo. Después el papá de Pedro me dijo: "¿Sabes, Paquetita?, yo no te quiero pedir la casa, es de ustedes, pero te la pido por una razón: no debes estar aquí, porque puede pasar algo y yo me sentiría responsable. Además, sé que hay problemas en la noche cuando te quedas aquí, han sido muy agresivos". Me pidió que me fuera, pero todavía me quedé un tiempo más. En esa ocasión me dijo que había visto a Pedro en la ciudad de México. El señor Juan Fernández, como había sido diputado, solicitó una entrevista con el secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez. En sus oficinas de la ciudad de México recibió al papá de Juan y a mi suegro. La conversación fue cordial; el secretario propuso que los muchachos se

entregaran voluntariamente y que serían bien tratados; esperaba de ellos una información que aclarara las posibles causas del alzamiento armado y sugirió, sobre todo, que declararan que nada tuvieron que ver con el movimiento. El señor Fernández y mi suegro se reunieron con Pedro y con Juan en un parque del centro de la ciudad de México, en la calle Sullivan, cerca de las oficinas de la Dirección Federal de Seguridad, según lo supieron después. Estuvieron mucho tiempo caminando en el parque. Les pidieron que se entregaran, que aceptaran el ofrecimiento del secretario, que negaran su participación en el alzamiento. En cierto momento mi suegro ya no intervino en la discusión y permaneció callado, oyendo a don Juan y a los muchachos. Después de varios intentos, la negativa de Pedro y de Juan fue total. Se despidieron de sus padres hasta nunca, porque no sabían qué iba a pasar, cuánto tiempo transcurriría para que se aquietaran las cosas. Yo pensé para mí misma que los muchachos se habían contactado con Óscar González en la ciudad de México para reorganizarse de nuevo. "Después de la carta que nos dejó, Paquetita, es la segunda vez que Pedro se despide de mí para siempre." Yo también me sentí triste. Ignoraba por cuánto tiempo sería esta despedida; aunque más larga, sin duda, que la de la sierra.

ÁGUEDA

"Clemente", le dije a mi esposo, "¿distingues aquel muchacho que nos mira desde los encinos de la hondonada? Intenta acercarse, pero lo dominan sus dudas". "Lo vi desde hace rato, y no tiene armas", me contestó, "déjalo que siga observando, ya se acercará". Era tarde, pero aún había luz limpia en el horizonte. En las pocas casitas de nuestro paraje algunas familias habían encendido sus lámparas de petróleo; comenzaban a verse las pequeñas ventanas iluminadas. El muchacho decidió acercarse. Venía sin armas, era cierto, pero quizás poco tiempo antes las traía. Al saludarnos me di cuenta de que era demasiado joven; no tendría más de diecisiete o dieciocho años. Clemente vio que fingía; era tan joven que no sabía hacerlo bien. Quiso presentarse como un campesino; por su ropa y por sus manos vimos que no era así. Clemente sujetó a los perros y les ordenó guardar silencio. Sólo el más joven, el perrito negro, lo acompañó unos pasos para recibir al muchacho. "¿Quién es usted, qué hace por estos lugares?", le preguntó mi marido. "Quiero llegar a la estación del tren. A Yepómera o a Temosachic." Yo escuchaba la conversación. El muchacho miraba de vez en vez hacia las otras casas del paraje; de todas ascendían las columnas de humo de las estufas de leña. En el horizonte el crepúsculo se hacía más rojo; la luz blanca se filtraba, se afinaba, era más frágil. El

muchacho dijo llamarse Paco; el apellido no lo conocíamos, no era de la región. Clemente le señaló la serranía cercana con el brazo extendido: "Detrás de esos cerros usted se topará con la vía del tren; si camina hacia la derecha, llegará a Yepómera; si lo hace a la izquierda, a Temosachic. Estamos a medio camino de los dos lugares". Me pareció que había sido suficiente la conversación, sobre todo porque los perros ya se habían acostumbrado al muchacho. De modo que intervine. "¿No ves que este joven viene muy cansado, Clemente? Hazle justicia a tu nombre e invítalo a que descanse." Entendí que no debíamos hacer más preguntas. Teníamos una idea muy poco clara de lo que había sucedido en Ciudad Madera; los soldados habían pasado por aquí dos días antes, en busca de fugitivos. Este muchacho podía ser uno de ellos; venía asustado, sin controlar su emoción. Traía la ropa húmeda. Clemente escogió la palabra "miedo" para invitarlo a la casa. "No tenga miedo, pase a nuestra humilde casa. Cenaremos frijoles, tortillas y café." Mientras comía, el muchacho acercó los pies a la estufa, para sentir calor. Creo que al poco tiempo su ropa estaba seca y también sus zapatos. Clemente platicaba de la diferencia entre los viejos y los jóvenes; el muchacho reía. Yo también, la verdad. Clemente a veces logra ser muy gracioso; es un viejo muy agudo y le gusta trabar conversación con los jóvenes. Horas después, ya muy avanzada la noche, Clemente le dijo: "Nuestra casa es pequeña, como usted puede ver. Pero este pequeño techo", y señaló nuestro techo de fuertes vigas, "le puede dar cobijo también a usted". El muchacho se negó a dormir en la casa, insistió en dormir afuera, para no molestarnos cuando se dirigiera a la serranía al despuntar el alba. Clemente no insistió más; yo tampoco. Le preparé junto a la leña un lugarcito mullido con dos gruesas cobijas. Nos agradeció repetidas veces la cena y nuestra disposición a ayudarlo. Pronto dormimos todos, pero yo desperté varias veces durante la noche. Antes del amanecer oí que el

muchacho se incorporaba. Los perros se agitaron y me parecía que jugaban con él. Por el ruido de los perros, me di cuenta de que comenzó a retirarse. No desperté a Clemente, dejé que siguiera durmiendo. Despedí al muchacho con el pensamiento. Había escapado, tan joven, de Ciudad Madera, de los soldados, del hambre. Estaba solo otra vez, mientras llegaba a las vías del tren. Estaba ocupado, como todos los seres, en sobrevivir.

MONSERRAT, LA HIJA

Desde el lunes en la mañana me llevé a mis hermanitos a unas oficinas del gobierno donde daban desayunos a niños pobres o a niños que llegaban a las escuelas sin comer. Pero hoy jueves, la directora me dijo: "Monserrat, no te puedo dar ya los desayunos, lo tengo prohibido; ya no puedo darte nada, llévate a tus hermanitos". También en las tiendas a donde íbamos a pedir prestado les prohibieron ayudarnos. Nada más un hombre muy valiente no se sometió a las órdenes del gobierno, Carlos Muñoz. Fue la única persona que nos ayudó; me llenaba mi bolsita de mandado con verdura, con lo poco que podía. Querían que mi padre se entregara, lo querían vivo o muerto. Pensaban que con presionar a la familia mi papá se iba a entregar. A ellos les interesaba mi papá. Nunca supe que un día se llevaran al cuartel a mi tía Albertina a declarar, no. Mi abuelita estaba en el rancho y mi abuelito estuvo unos días con mi tía y luego se regresó al rancho. A mi mamá no la dejaron en paz. Se la llevaban al cuartel, como secuestrada. A todos nos llevaban con mi mamá. O en ocasiones llegaba yo de la escuela y a mi mamá ya la tenían en el cuartel con mis hermanos. La interrogaron muchas veces. Llegaban los soldados, sacaban la ropa, todo lo tiraban al patio, era una cosa muy triste. Mi mamá fue muy valiente. "Búsquenlo en la sierra", les decía. No alcanzo

a entender por qué razón mi mamá era más perseguida que mi tía. A mi tía no la acosaron, aunque sus hijos habían participado en el asalto a los cuarteles.

NOHEMÍ

Hace dos días llegó Florencio. Mi esposo se desconcertó, aunque no quiera reconocerlo. Florencio vino desangrado y con una herida a lo largo de la pierna que estaba infectándose. Había caminado varios días, atravesando la sierra. Llegó aquí, a Ignacio Zaragoza, con su tío, don Faustino Torres. Llegó moribundo. La noche en que lo trajo don Faustino explicó a modo de disculpa: "No hay otro doctor que lo pueda atender; mi sobrino insiste en que usted conoció al doctor Pablo Gómez". Mi esposo asintió y revisó la herida del muchacho. Alguien lo había atendido hacía unos días, en una ranchería cercana a Las Ventas; luego abandonó ese lugar y se dirigió hacia acá. "¿Usted es el doctor Raúl Peña?", preguntó el muchacho. "Yo soy", contestó mi esposo. "Vengo de Ciudad Madera", continuó, "soy Florencio Lugo". "Sé lo que ocurrió en Madera, ahí murió Pablo Gómez." Mi esposo decidió que Florencio se quedara en nuestra casa. Lo instalamos en la habitación más alejada, después del consultorio, junto al patio. Las primeras curaciones que le hicieron habían sido correctas, pero el esfuerzo de caminar a Zaragoza había sido devastador. Don Faustino actuó con discreción; trajo a su sobrino al anochecer, cuando los niños jugaban ruidosamente frente a la casa. Ese mismo día, por la mañana, habían llegado los soldados al pueblo. Raúl y yo nos preocupamos de

que las patrullas militares los hubieran visto llegar, pero don Faustino buscó no ponernos en riesgo. Por eso me ofendió que el periodista a las tres o las cuatro de la mañana llamara a la puerta con insistencia, sin que le importaran los vecinos. Mortificó mucho a mi esposo. Quería escribir un reportaje sobre el asalto a los cuarteles de Ciudad Madera y vino a que Raúl lo ayudara. Era Víctor Rico Galán. Le preguntó a qué guerrillero tenía aquí escondido o con quién lo podía llevar. Raúl insistió en que lo único que sabía es lo que se dijo por radio desde el primer momento. "Nuestra primera y última información la tuvimos por radio", repitió Raúl. "Me estás engañando", contestó Rico Galán. "Aquí no llegó nadie. Todos murieron, así lo dijeron por radio. No estoy loco para meter en mi casa fugitivos ni heridos. Se entera el ejército o la policía y me matan a mí y a mi familia. No tengo información especial." "No me digas que contigo no llegó nadie, o que no proteges a nadie". No teníamos información para repartirla a tontas y a locas. "Es para la revista *Sucesos*", explicaba el periodista. "Toda la información va a parar a la policía", respondió Raúl, "y yo no tengo ninguna, afortunadamente". "Hasta aquí llegó la amistad", exclamó Rico Galán. "Como quieras", contestó mi esposo. "Eres un traidor." Raúl no volvió a pronunciar palabra. Rico Galán se levantó de la mesa, muy irritado, y salió de la casa. Serían las cinco de la mañana. Raúl estaba también furioso, apenas lograba contenerse. "¿Quién se cree este hombre?", le dije, "¿por qué piensa merecerlo todo, por encima de nuestra seguridad y de los que estuvieran protegidos por nosotros?"

BERTHA

Nos buscaron a mediodía el doctor Raúl Peña y su esposa Nohemí. Tenían confianza en algunas familias de nuestro pueblo. En la mía, por ejemplo, en los Vega; igualmente en los Flores, que eran mis primos, y en los Gaytán, otra familia emparentada con la de Ciudad Madera. El doctor Peña nos dijo que después de medianoche, en la madrugada de hoy, había llegado a su casa un periodista de la ciudad de México. Le pidió información sobre lo ocurrido en Madera, quería escribir un artículo para una revista muy importante. Estaba seguro de que el doctor Peña tenía información confidencial sobre los guerrilleros y que protegía en su casa o en algún lugar cercano a uno o más de ellos. El doctor lo negó y el periodista se enfadó mucho, al grado de romper la amistad que sostuvieron durante muchos años. Se retiró de la casa muy ofuscado, antes de las cinco de la mañana. El doctor Peña escondía en su casa a Florencio Lugo, desde hacía dos días; se hallaba muy grave, con una herida en la pierna izquierda producida por esquirlas de bala. Hubiera sido una locura, un suicidio, confesarlo al periodista, que no entendía razones, porque sólo quería su nota. El doctor nos dijo, preocupado: "Les pido que estén pendientes de la soldadesca que llegó al pueblo, que vigilen los alrededores de mi casa para protegernos en caso de que tengamos que sacar a Florencio y

trasladarlo a otro lugar. Yo también tendría que esconderme". Y así era, un par de días antes había llegado la soldadesca a nuestro pueblo en busca de guerrilleros, el mismo día que llegó Florencio a Zaragoza. Pero desde el día 23 de septiembre, hacía una semana, llegaron policías rurales a reportarse con Francisco Bencomo; la niña más pequeña de los Gaytán, Laurita, los vio llegar y fue corriendo a nuestras casas a avisarnos. Así que comprendimos los riesgos. El doctor Peña nos explicó que la curación de Florencio Lugo llevaría algún tiempo, que él pensaba tenerlo en su casa bajo observación dos o tres días más y que otro amigo de Casas Grandes, el doctor Leopoldo González, se encargaría de la recuperación total de Florencio, en mejores condiciones de seguridad. Y así fue, estuvimos vigilando la casa del doctor Peña mientras estuvo Florencio ahí escondido. Nos rotamos, vivíamos en vigilancia del movimiento de policías, soldados o gente. En el pueblo éramos pocos, era fácil reconocernos, distinguir si algún extraño se acercaba a nuestras casas. Me interesaba mucho apoyar al doctor, porque tuve la oportunidad de tomar un curso de enfermería cuando yo tenía doce años de edad. Tomé el curso con mucha pasión y aprendí a aplicar toda clase de inyecciones. En mi pueblo no había más que un médico y una enfermera para una población de cuatro mil habitantes. A los cursos de enfermería llegaban varios médicos a darnos clases y yo recorría mi población diariamente, día y noche, aplicando inyecciones. En aquel entonces se suministraba mucho la penicilina sódica. Era cada tres o cuatro horas; había que andar día y noche, y así estaba yo muy en contacto con la gente de mi pueblo. Sentía yo mucho la gran necesidad de la gente. Niños a los que iba a inyectar a veces ya no tenían remedio; sufrían una anemia muy grave, comían apenas, y esos sucesos dejaron mucha huella en mí. Por eso me preocupó la visita del periodista de la ciudad de México. Dicen que la alabanza en boca propia es vituperio, pero a mí se me inculcó desde

muy niña la discreción. Lo que se oye en una parte no se dice en otra. "Tengo un problema muy serio", nos dijo el doctor, "y quiero que estén enterados". Ya nos explicó que había negado todo al periodista. A la casa del doctor Peña llegaban gentes de otras partes del país, muy bien intencionadas, a darnos pláticas. Iban otros bribones, uno me cayó mal, nomás lo vi. Me invitó el doctor Peña, me dijo: "Bertha, les van a dar unas pláticas de marxismo". Un hombre de apellido Rousset. Yo fui, lo escuché poquito por atrás de una puerta y le dije: "No, doctor, no me gusta, no me gusta". "¿Por qué?", me preguntó. "Porque no, me parece falso. Aquí no quiero yo nada." Y me retiré. Yo creo que por eso llegó el periodista directamente con el doctor Peña, porque él organizaba las visitas de los comunistas y ya se conocían. Antes del amanecer se fue.

ESTELA, LA HERMANA

El día 2 de noviembre viajé a Ciudad Madera con la profesora Alma Caballero, con su hija Alma, que estaba ya en la Escuela Normal de Saucillo, y con su sobrina Rosa Ornelas y el novio de ella, el profesor José Antonio Olvera. Todavía estaba aquello muy agitado y en la gente se veía temor. Se acercaban con cierto miedo o nada más nos miraban y no se atrevían a aproximarse. Un taxista se animó a llevarnos al camposanto y nos dijo que la gente de allá había querido cooperarse para comprar cajas y sepultarlos cristianamente, pero los soldados no habían querido, ni siquiera los habían dejado traer sábanas para que no tuvieran la tierra directamente en los cuerpos, no lo permitieron. Yo no conocía a nadie de los compañeros que murieron con mi hermano, nada más al doctor Pablo Gómez. Ya sabía que el doctor estaba en movimientos sociales, pero me sorprendió que estuviera en la guerrilla. Y lo que nunca me imaginé fue que participara con él mi hermano. A finales de agosto, el domingo último que estuvo en Delicias, mi hermano rompió muchos papeles, hizo un altero y los quemó; en un velicito acomodó luego revistas y cosas de la escuela, material. Cuando viajamos a Madera el día 2 de noviembre, el camposanto estaba lleno de gente, de flores, de familias que limpiaban las sepulturas, de cubetas de agua que se vertían de una sepultura a otra para lavarlas y

adornarlas. Los soldados se pararon cerca de nosotros. Desde que llegamos, en la camioneta de pasajeros, una persona nos vigilaba. Los soldados detuvieron al maestro Olvera, se lo querían llevar y entonces corrimos a donde bajaba el pasaje para protestar, pero los soldados lo dejaron libre y regresó caminando sin prisa a nosotros para ayudarnos a cargar las coronas de flores que llevábamos.

MONSERRAT, LA HIJA

Más de dos semanas después, ya en el siguiente mes, dijo mi mamá: "Vamos a ir a un ranchito". Después del ataque a los cuarteles, era la primera vez que salíamos de la casa, que nos alejábamos de Madera. Mis hermanos iban contentos. Conocíamos el ranchito y nos gustaba. Era cerca de Madera, en El Ojito. Llegó un señor ya grande de edad, un viejito, con un burro y una carga de leña. El señor empezó a bajar su carga y salió mi mamá. Los niños andábamos corriendo cerca del burro. Entonces apareció mi papá, disfrazado. Uno como niño siempre trata de ver, de escuchar. Pero mi madre fue muy reservada; lo que sabía, ella lo sabía. No oí a mi mamá esa tarde ni después comentar nada con ningún familiar. Apareció mi papá, disfrazado. Yo me di cuenta y me llené de emoción, temblaba de emoción. Lo triste fue que no se acercó a nosotros para abrazarnos, para decirnos que era él. Cuatro o cinco días después mi madre dijo que nos iríamos a la ciudad de México. Y sí, nos fuimos el 15 de noviembre.

MONSERRAT, LA MADRE

Recibí un mensaje y me dirigí con mis hijos a El Ojito, una ranchería cercana a Madera. Ahí apareció disfrazado, acompañado de un viejito arriero. No quería que los niños se dieran cuenta de que era él, para no ponernos en riesgo. Era la última semana de octubre. Ya había empezado el frío en la sierra. Me pidió que en diez días viajara a la ciudad de México y que saliera de Chihuahua durante los días de muertos, aprovechando como protección el movimiento de gente en muchos poblados y en los camposantos. Me dijo a qué hotel debíamos llegar. Ahí nos esperaría un maestro de la sierra que conocíamos y que nos cubriría los gastos de hotel y nos protegería por instrucciones de Salvador. Me dio por escrito la dirección del hotel y se retiró con el viejito, sin que nuestros niños se dieran cuenta de que yo había estado con él. Empecé a vender algunas cosas como mi estufa de leña, prendas, muebles, cosas que fueran útiles. Pero fue muy poco tiempo para que saliéramos a la ciudad de México. Nos retrasamos más de diez días, porque él quería que saliéramos el día 1 o 2 de noviembre, y salimos de Chihuahua cerca del 15 de noviembre. Yo tenía como cárcel Ciudad Madera, así que salimos como a las diez o a las once de la noche. Nadie se dio cuenta, ni familia ni soldados. Primero fuimos a Casas Grandes, luego a Agua Prieta, de nuevo a Casas Grandes y de

ahí a Chihuahua. Ese rodeo nos retrasó un par de días más. De Chihuahua nos fuimos en tren a la ciudad de México. Llegamos al hotel que me había indicado Salvador y quizás nadie nos esperaba porque nos retrasamos muchos días. Traíamos unas cajas de cartón con nuestras cosas. Estuvimos fuera del hotel. Se llamaba Vigo. Un muchacho se acercó: "¿Qué les pasa? ¿A dónde van?" "Necesito poner un telegrama a Chihuahua, pero no sabemos dónde", le respondí. "Yo los llevo al correo", se ofreció el muchacho. Él pagó los pasajes, pagó el telegrama y nos trajo de nuevo al hotel Vigo, en la avenida Cuitláhuac. Sólo mis hijos más chiquitos pedían agua, querían comer. Eran como las ocho de la noche cuando una señora pasó caminando frente al hotel y me reconoció. Era la señora Elvira, esposa de Arsacio Venegas. Ella nos llevó a otro hotel, cerca de la colonia Guerrero, al hotel Tuxpan, y pagó el hospedaje. Teníamos día y medio sin comer. Lo poquito que llevábamos era nada más para el bebé, los demás no comíamos. Gracias a Dios apareció la señora Elvira y nos llevó a ese hotel; nos compró leche, pan, fue la que nos ayudó. En ese hotel duramos buen tiempo. Elvira venía diario, en las tardes. Todo el día la pasábamos sin comer y no pedían de comer mis hijitos porque sabían que no había, hasta que llegaba la señora que nos traía la leche y el pan. Duramos así quince días. Yo preferí no salir por la preocupación de que me fueran a reconocer. Le pedí a mi hija Monserrat que ella saliera, que vigilara. Estaba por cumplir ya doce años y era muy cuidadosa y valiente.

CARMEN

He tratado de imaginarme la ciudad de México, pero no puedo. Pienso que se trata de un sitio tan frío como los pinares; imposible de atravesar a pie, como la nieve. Pero mi esposo dice que no cae nieve en esa ciudad. ¿Por qué tanta gente quiere andar por sus calles? Mi hijo y Lupito Escóbel ahora están allá. Dejaron hace una semana el rancho de Guillermo Mendoza, el tío de mi esposo, que se halla por el rumbo de Santa Rita, hacia Sonora. Dejaron el rancho y se fueron a Mazatlán. Luego tomaron un autobús a Guadalajara, donde estuvieron dos días; ahí se compraron botas, era lo que más necesitaban. Después viajaron a la ciudad de México, en otro autobús. Mi esposo confía en que están a salvo. Yo no logro presentir en qué situación se encuentra mi hijo. No logro entender a tanta distancia. Como si yo misma me hubiera alejado y quedara incomunicada. Quieren seguir luchando, dijeron. ¿Por qué tan lejos de aquí? ¿Pueden luchar campesinos en la ciudad y decidir ahí lo que conviene? Mi esposo está seguro de eso. Afirma que regresarán todos y muchos se irán a más lugares; los nuestros vendrán aquí; los de cada tierra, a la suya propia. Durante las semanas que estuvieron mi hijo y Lupito en el rancho del tío Guillermo, se reunieron con Salvador y Juan Antonio Gaytán; así se enteraron de lo que necesitaban saber. Salvador y José Antonio vieron en Zaragoza a uno

de los heridos en los cuarteles; ya estaba sano. Fueron a la ciudad de México también y sabían dónde estaban los demás compañeros. Por ellos supieron mi hijo y Lupito que debían trasladarse a México. Me reconforta saber que mi hijo está bien. No me aflijo porque desee seguir luchando. Es su decisión y me admira su fuerza. Quizás estoy acostumbrada a tener las cosas cerca y no acepto que hay cosas que no están al alcance de la mano. A veces me asomo a la ventana y miro los pinares tratando de comprender, como si alcanzara a distinguir cosas más lejanas. Me gusta ver a mi esposo que corte leña para traer a la casa, que lleve pastura a las vacas, agua y alimento al caballo, que discuta o juegue con el perro. Porque ahora oscurece aquí más temprano. Hace dos semanas cayó la primera nevada. Hoy, los pinares, las casas, los establos, se ven blancos, con una capa mullida de nieve. Tanta blancura produce silencio. Sólo el humo de las estufas de leña y las chimeneas de las casas parecen un vaho de cosas vivas. En estos días mi esposo ha estado mucho tiempo en la casa; repara herramientas, afila cuchillas, renueva arreos. Mantengo con leña la estufa y el calor penetra en cada rincón de la casa. En unos momentos llegará mi hija con mi yerno y con nuestros nietos. He preparado gorditas de harina de trigo. Tengo duraznos en conserva, dulce de leche quemada, cajeta de membrillo, nata, leche caliente. Me gusta el invierno, contemplar las tormentas de nieve, sentir que el frío se expande en los pinares, porque la familia se une más, porque desde los bordes afilados del frío todos regresan al calor de la casa, al calor de la estufa de leña, al hervor de la comida, a este calor que nace del invierno, que es una bendición. El único que no llega ahora desde el frío es mi hijo. Sigue afuera, en un lugar que no sé imaginar. "Nuestro hijo está donde debe estar", dice mi esposo, sin ocultar su orgullo, y espera en la puerta a mi hija y a nuestros nietos. Yo, en cambio, miro a través de la ventana la blancura de la nieve. Algo me intenta decir tanta

blancura, tanta luz. Algo dice de la vida de mi hijo y quizás de todos. Como si me persuadiera a aceptar que también mi hijo está con nosotros, que no se ha despedido, que contamos con él.

MONSERRAT, LA HIJA

Cuando la señora Elvira nos instaló en el hotel Tuxpan, yo era la única que salía a la calle. Mi mamá tenía que permanecer oculta. Yo era más grande y no me daba miedo recorrer las calles de la ciudad. Le decía a mi mamá que pronto cumpliría doce años de edad, que la ciudad me parecía segura y la entendía poco a poco. Por eso era la única que salía con mis hermanitos. Pero el más pequeñito, Trini, venía con su manita quemada. Se había quemado cuando todavía estábamos en Chihuahua; se echó el aceite hirviendo en su manita. No teníamos dinero para medicina. Y mi hermanito con su mano fea, bien quemada. Un día salí con Trini y el muchacho que vivía en el cuarto de al lado vio la mano. "¿Qué le pasó? ¿Con qué lo están curando?" "No tenemos dinero", le dije al muchacho. "¿Y tu familia?" "Es que venimos de otra parte." "Espérame aquí", me dijo. El muchacho entró en su cuarto y regresó con un medicamento para curar a mi hermano. Diario él mismo lo curaba. Le ponía la mano toda morada. Al poco tiempo se le fue secando esa herida. Pero era un niño tan valiente que no lloraba. Porque con esa herida cualquier persona llora. Era muy valiente mi hermano.

ALMA, LA MADRE

El director federal de Educación, Jesús Chávez Orozco, me ayudó a conseguir una plaza de maestra de inmediato. El domingo que nos regresamos a Delicias, ya llevaba conmigo la orden de presentación. Desde el 1° de octubre comencé a trabajar. Cuando firmé los papeles dije que nací en Estados Unidos y apuntaron la ciudad de Los Ángeles, California. Pasó octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero y aún no me llegaba el pago. En febrero me habló el profesor Chávez Orozco; él me defendió de todos y dijo: "No le quitan el trabajo a Alma". En múltiples ocasiones el gobernador pidió que me quitaran el trabajo. El director se iba a México y allá averiguaba y regresaba. En abril me habló y me dijo: "¿Sabes por qué no te pagan? Porque te apuntaron como nacida en Estados Unidos. Vete a Saucillo, llévate a tu mamá. Yo ya hablé con el presidente municipal y te van a registrar". Y así lo hice. Me registré como nacida en Saucillo, me dieron el acta, se la entregué a él y al poco tiempo me llegó mi pago. Me tocó trabajar con algunas compañeras de la Normal, así que yo me sentía muy fuerte, muy apoyada. Yo quería sobreponerme al dolor. Nunca pensé que él realizaría sus sueños. Fui negativa, pero mi sentimiento lo guardaba para mí, muy pocas veces se lo reclamé. Esto lo tuve muy presente cuando le dije a los niños que su papá ya no estaba con nosotros. Tal

vez si me hubiera puesto a llorar, a gritar, ellos se habrían impactado más. Yo se los dije tranquilamente, sin aspavientos, y también ellos lo tomaron con calma. Se habían acostumbrado a no verlo a veces durante quince días. No permití que me vieran llorar, ni lo permitiré en el futuro. No pude sacar mis rencores con él, porque prefirió eso a la seguridad de su familia. Yo siempre enfrenté sola mis problemas. Pero no les daré rencores a mis hijos. Eso de la muerte lo comprenderán ellos mucho después. Me imagino que yo también mucho después lo comprenderé, porque he preferido guardar mi dolor a que lo vean mis hijos o mi madre. No quise que supieran que me derrumbaba.

HERCULANA

Durante más de dos años pensamos que nuestro hijo había huido con su gente. Yo no decía nada, nomás pensaba. Casi a los tres años él nos habló de la ciudad de México, que si nos queríamos ir a unas tierras que nos había conseguido para sembrar. Unas gentes le habían dado un pedazo de siembra, pero arriba de una sierra. A él no lo vimos, nunca lo vimos cuando estuvimos allá. Después ya supimos que a Óscar González también lo habían matado, con otro grupo suyo de guerrilleros, pero de Matías no sabíamos. Él nos habló, nos dijo la dirección, a cuál casa íbamos a llegar. La casa se la había prestado un señor que había hecho una muerte. La casa estaba sola y él estuvo allí, el señor le ofreció y le dio un pedazo de tierra sembrada. Cuando llegamos estaba así el maíz, muy bonito, y se levantó cosecha. Los compañeros de Matías ahí eran los Buenrostro; todos los hermanos nos querían bien, porque éramos los papás de Matías. Estábamos en Jalisco, en un ejido que está a orillas de la Laguna de Chapala. Entonces fueron gentes a informar que Matías estaba muy grave en la ciudad de México. Estuvieron platicando entre ellos y los Buenrostro me lo comunicaron. Yo les dije que me iba a ir y no me dejaban. Dijeron que no me podía ir sola. Y tenía una niña grandecita, y les dije que yo me iba. Entonces Toribio dijo: "Tú no te puedes ir sola". Le dije: "Sí, sí

cuando vine, vine sola, yo no vine acompañada, y después de tantos años de no verlo, por mi hijo me voy sola". "Pos que no." "Pos que sí." Y me fui. Entonces ellos iban a mandar unos oficios a México. Dijeron que mi hijo estaba muy grave con el doctor Rafael Estrada. Me dieron la dirección y me fui. Yo no conocía a nadie, pero toda mi vida supe que Dios sabe ayudar. Me llevé a la niña, nomás a la niña llevaba. Tomamos el camión en la noche y otro día me fui a Isabel la Católica. Son unas oficinas, ahí trabajaba un amigo de los Buenrostro, que se llamaba Cuauhtémoc y nunca lo encontré. De donde me bajé del camión, me fui en un carro a esas oficinas. Estaba enfrente una cafetería, ahí nos tomamos un café la niña y yo mirando hacia las oficinas. Me metí, subí y me dijeron que no estaba el doctor. Busqué al amigo de los Buenrostro para entregarle los oficios que me habían dado; me indicaron que en el número tres era su oficina. Subí, me dijeron que todavía no llegaba. Ya nos bajamos, volví a subir y me dijeron: "Ya mero llega". Volví a subir y me dijeron: "Ya se fue". Nunca lo vi y no le entregué los papeles. Entonces, al bajar la tercera vez estaba uno de los cuates Ornelas, uno de los sobrinos del doctor Pablo; sería Paco yo creo, en la puerta. Me preguntó: "¿Pues qué anda haciendo aquí?" "Ando buscando al doctor Estrada". Él me sonrió: "Mire, vamos a llevarla a Bellas Artes, enfrente está una plaza, y pasando la calle hay unas casas de alto, ahí vive Estrada". Pero no era el doctor, era David Estrada, de Ciudad Madera. Ese cuate Ornelas ahí nos dejó: "Suba por ahí, se mete por allá, sube los escalones y en tal puerta ahí vive Estrada". Entonces subí, pero no estaba ese señor ni la señora. Estaba una viejecita, no sé si sería mamá de alguno de ellos. Le dije que buscaba al señor Estrada. La señora me sugirió que los esperara. Nosotros ya teníamos muchísima hambre. Llevaba con qué salir a almorzar, pero quería estar ahí para cuando él llegara. Pues que van llegando como a la una él y la señora. Les informé que buscaba al

doctor Rafael Estrada y me contestaron: "Mire, yo no soy Rafael, yo soy David. Conocemos al doctor, pero él no vive aquí". Ya les enseñé la dirección, pero no me aclararon que era una colonia, no una calle. Entonces la señora preguntó: "¿Y quién viene con el doctor?" "Yo, porque me lo recomendaron." Entonces la señora aceptó: "Es muy bueno, porque a mí me operó". Bueno, pues no estaba el doctor y me salí muy desconsolada. Pues ahora sí, cómo preguntarle a la gente, porque me decían que no sabían esa calle. No quería preguntar a hombres solos, pues yo iba sola. Pero otro señor me alcanza y me dice: "¿A quién busca?" Le digo: "Yo traigo esta dirección". Entonces dice: "No es calle, señora, es una colonia. Mire, tome la autovía". Y la autovía pasaba ahí, pero me pareció tan raro que no sabía qué pensar. Me dijo: "Tome la autovía fulana y ninguna otra, no tarda en pasar; regrésese y ahí en la esquina se está". Iba yo como a media manzana y de ahí me regresé y el señor caminó la siguiente mitad y le dio vuelta a la otra. Para cuando yo llegué, el señor también ya había llegado y me dijo: "¿Qué sucede, señora, todavía no pasa?" Le digo: "No, señor". Me dijo: "Señora, no le pregunte a nadie, usted tome la autovía y no le vaya a preguntar a nadie. Se va hasta donde la autovía dé vuelta, se baja usted y ahí pregunta". Tomé la autovía y mucho después, cuando se dio vuelta la vía para regresar de nuevo, nos bajamos. Estaban unos señores ahí como batiendo mezcla y les pregunté. Me indicaron que siguiera caminando, pero no hallé el número, porque se atravesó la vía. Un zapatero que estaba arreglando zapatos me dijo que para allá no había numeración, nomás hasta ahí. Entonces otra persona me dijo: "Váyase, regrésese y agarre toda esa muralla". Una calle bien larga, y el sol que se mete y no se mete, y yo con la niña y con tacones, y la niña más corriendo que caminando. Pues ya se estaba metiendo el sol y yo miraba la barda muy lejos. Me dijo el señor: "Usted váyase por toda esta muralla, hasta que llegue a la calle, porque es una barda

larga, y ahí pregunta". Y sí, ahí le pregunté a un señor que estaba cerca de unos niños que andaban jugando en la calle. Cuando yo le pregunté al señor, corrieron los niños y me dijeron: "¿Señora, a quién busca?" Les digo: "Busco al doctor Estrada". "Nosotros la llevamos", dijeron los niños. Eran como cinco: "Vamos a llevarla, nosotros sabemos dónde vive". Apenas dando vuelta a la calle para subir, porque era como una lomita, dicen: "Allá viene el doctor". "¿Están seguros?" "Sí, es el doctor, es su carro." El carro se acercó: nunca lo había visto. Iba con una señora y con un muchacho atrás. Le pregunto si era el doctor Rafael Estrada y me dice: "¡Súbase!" Pero no me dijo si era él. Yo me subí y en el carro me comenta: "Ah, qué caray, que lástima que la persona que usted busca no está". Y me enojé. Le dio risa al doctor: "Mírala nomás, parece el mismo, con iguales trancadas". "¿A quién cree que vengo buscando, por qué dice que nos parecemos?" "Usted viene buscando a su hijo, ¿no?" "Busco a Matías, usted tiene que saber dónde está, porque me mandaron con usted." "El muchacho de atrás le va a decir, porque anoche él lo fue a dejar a tal parte. Se va a quedar, ¿verdad?" "No, señor, no me puedo quedar." Yo les eché mentiras, porque yo llegué con la idea de que estaba grave Matías y no les dije que lo quería ver. "Pues se tiene que esperar", me contestó. "No", le dije, "me voy, porque mi señor está muy malo". Como ya era tarde, cada rato se paraba el doctor como a hablar por teléfono, pero como estaba cerrado, se iba a otra parte, y así se anduvo muchas veces, luego ya me preguntó: "¿En cuál camión se vino?" Me llevó quien sabe a cuántas estaciones, hasta que vi camiones parecidos. "Pues aquí es." Y que llego y no es ahí. Tomé luego un carro y llegué al lugar correcto. Pero no vi a Matías, porque Estrada quién sabe dónde lo tendría. Dije que no me podía quedar y Estrada aceptó. Los otros me informaron que Matías estaba grave, pero el doctor aseguró que estaba bien, que si quería me quedara para mandarle hablar. Preferí irme porque se lo

acababan de llevar, sabía que estaba bien. Yo lo buscaba porque pensé que estaba grave, en un hospital o algo así. Pero con lo que él me dijo supe que Matías no estaba mal. Yo tenía necesidad de verlo, claro que sí, pero no conocía a la gente y yo disconfiaba. Me regresé esa misma noche. Él me insistió: "Quédese, le hablamos por teléfono y mañana está aquí Matías". Y eso me bastó, saber que estaba bien. Mi hijo seguía en la lucha. Y quien está en la lucha mide el tiempo de otra manera. Mide también la muerte y la vida de otra forma. Sus primeros compañeros cayeron con el doctor Pablo. Luego con Óscar González murieron más. No sé quién seguirá ahora entre nosotros o en otros lugares. Yo vivo como cualquiera: no entiendo las cosas con otra medida, y el tiempo se me alarga y se me acorta. Pero bien sé que mi hijo no se ha despedido. Aunque la ciudad de México sea inmensa, aunque el país sea interminable, Matías va, viene y vuelve donde tiene que andar. Y parece como si yo lo siguiera al paso, sin incomodarlo. Él sabrá por qué no se aparece y yo lo apoyo. Así me pasé la noche de regreso en el autobús de pasajeros, reflexionando y durmiendo. Pero yo sabía que con eso me bastaba, con saber que estaba bien.

MONSERRAT, LA HIJA

Nosotros no sabíamos cómo eran los temblores. Una vez se empezó a mover el cuarto, los focos, todo. Me dice mi mamá: "Hija, me siento muy mareada, veo que todo se mueve". Yo le dije que se acostara. "Te has de sentir mareada porque no hemos comido." "Sí, hija, es verdad." Pensábamos que estábamos mareadas por no comer, pero era un temblor. Mi mamá no se comía todo, para que nos alcanzara. Mi madre y yo nos alimentábamos con muy poco. Hasta que nos llevaron a vivir en un cuartito rentado. Ahí vivía un viejecito. Y ahí vimos otra vez a mi papá. Llegó con un compañero. Me hizo feliz verlo después de tanto tiempo. Fue una alegría. Fue cuando estuvimos más comunicados con él. Desde que empezó en la lucha ya no lo volvimos a disfrutar como familia. Estaba con nosotros unos cuantos días; luego se iba, y tardaba meses para volver; llegaba dos, tres días, y volvía a desaparecer. Duramos un tiempecito ahí, luego nos fuimos a rentar a otro lado, cuando ya había yo cumplido trece años. Empecé a ayudar con la renta, porque hubo ocasiones en que mi papá se iba y nomás dejaba pagado un mes. Mi mamá no quería salir y yo no lo hubiera permitido, porque era más fácil reconocer a mi mamá que a mí. Yo empecé a trabajar a veces vendiendo raspados o dulces; luego en una casa; en ocasiones en un mercado. Llegué a ir nada más en dos ocasiones a la

escuela, porque estábamos unos meses en una colonia y vámonos, pues ya no estudiaba; íbamos a otro lado, ya no nos recibían porque el ciclo escolar iba avanzado. Yo era la única que salía a la calle y trataba de ver si gente desconocida estaba en una esquina o en tal lado; si eran las mismas personas. En esas épocas nos ayudó muchísimo la hermana de Arsacio, la señora Irma. Con ella andaba yo de un lado a otro y comencé a conocer la ciudad. También David Estrada y la señora Carlota nos ayudaron muchísimo. Yo me iba con la señora Irma, le ayudaba a hacer cosas. Me pagaba y luego me llevaba a la casa o me ponía en el tranvía que me dejaba cerca de donde vivíamos. Anduvimos en muchas colonias. Una se llamaba del Barco, en la Agrícola Oriental. Ahí llegó mi tío Juan Antonio, el hermano de mi papá, y mataron un puerquito para que comiéramos, porque a veces estábamos sin comer. En la Agrícola Oriental nos volvimos a reunir con mi tía Albertina, su esposo don Lupito y mis primas. Mis abuelitos siguieron en la sierra de Chihuahua, pero la familia de mi tía Albertina se trasladó a México. En esa colonia nos vimos muchas veces. Era una alegría encontrarlas otra vez. Ahí yo cumplí catorce años. Mi hermano menor tendría ya como cuatro años y claro, a toda hora nos pedía de comer. Una vez vi unas tortillas de las vecinas; esperé a que se durmieran y las agarré; fue lo que le dimos de comer a mi hermano, tortillas remojaditas con agua y sal. Porque mi papá no estaba con nosotros; llegaba un día o dos y se iba. Llegaba en la noche para que nadie lo viera; se iba en la madrugada para que nadie lo viera. Platicaba mi papá con mi mamá lo más quedito que podía; nosotros nos dormíamos y mi papá en la madrugada se iba. Duraba con nosotros dos, tres días. Luego llegaba de repente y vámonos a otra colonia. Pero nada más teníamos unos cartones donde dormíamos y cobijas, nada más. Después conseguimos un tanque de gas y una estufa, pero no teníamos para comer. Hasta que llegamos a la colonia

Lomas Estrella, por Tulyehualco. Yo seguía con la señora Irma, que me daba de comer. En la colonia Tulyehualco teníamos unos cuantos mueblecitos, cama donde dormir, mesa, sillas. Ya teníamos nuestra casita como debe ser. Allá mi papá llegó con Margarito González y a los cuantos días se volvió a ir, no supe dónde. Se fue y se quedó Margarito con nosotros. Así lo conocí y me enamoré de él. Como a los cinco días regresó mi papá y a las dos de la mañana, en la madrugada, cuando todos estamos dormidos, tocaron a la puerta y gritaron: "¡Wildebaldo, Wildebaldo, señor Wildebaldo!" Y siguieron tocando la puerta. Margarito y mi papá traían igual de armas. Mi papá dijo a Margarito: "Hay que salir". "Hay que protegernos", dijo Margarito. "No, hay que salir ya." Los que gritaban estaban frente a la única puerta de la casa. Pero había una ventana, del otro lado. Margarito abrió la ventana para salir por ahí; iba con la pistola en la mano. Comenzaron las balas y él se defendió, pero lo hirieron en una pierna. En ese momento mi papá abrió la puerta y como estaban los agentes atacando a Margarito no lo vieron y él empezó a dispararles. No lo esperaban. Vino un carro blanco y se detuvo. Los agentes lo abordaron y se fueron. Luego mi papá detuvo un taxi y todos salimos de la casa. Cerró mi mamá la puerta, la ventana con los vidrios rotos, todo, y levantamos a Margarito, que estaba caído, con la herida en la pierna; lo tapamos con una sábana y nos metimos todos en el carro. Desde Tulyehualco nos fuimos a Azcapotzalco, con un doctor que era compañero, que nos atendía en las enfermedades que tuviéramos. Cuando llegamos, mi papá se bajó a buscarlo y al rato regresó y nos dice: "No encontré al doctor, no está. Tenemos que ir a Cuautitlán". Pero el chofer no quiso llevarnos a Cuautitlán y Margarito le puso en un costado la pistola: "Nos lleva hasta donde nosotros le digamos". "Claro que sí", contestó de inmediato el chofer. Y giró a Cuautitlán. Nos llevó a la casa de mi tía Albertina, que en ese entonces vivía por allá. Luego me fui a Tlatelolco,

a avisar a los compañeros maestros. Y ya nos auxilió todo mundo. Me había llevado mi papá ahí, con los maestros de Tlatelolco. Cuando conocí a los maestros vivíamos a un ladito de Tlalnepantla, en la colonia La Loma. Iba de vez en cuando a verlos para tener más comunicación. Así que de la casa de mi tía, ya amaneciendo, me salí a ver a los maestros, a decirles lo que había pasado con Margarito y mi papá. Nos ayudaron para venirnos a un ladito de Cuitláhuac, en la colonia Aldama, con unas personas que eran mariachis, que tocaban en Garibaldi. Ahí estuvimos viviendo en un cuartito bastante tiempo. Duramos como cuatro meses y después fuimos a San Lucas. Estábamos al pendiente de Margarito. Ya cuando él sanó, al poco tiempo tenía que recoger mi papá unas armas en un edificio por donde está el Correo Mayor. Fuimos todos. Mi mamá estaba embarazada de mi hermana menor y yo, a punto de cumplir quince años, tenía mis primeros meses de embarazo de mi hija con Margarito. Fueron también Alejandro Suárez y la señora Lourdes Pacheco a sacar las armas de ese edificio. Venían en unos costales, en bolsas. Así sacamos el armamento, armas de alto calibre; salimos a la calle como si lleváramos mercancía o escobas. Margarito y mi padre siempre andaban juntos; Margarito era un apoyo para mi papá. Se fueron juntos y cuando vuelve mi padre ya no regresó Margarito. Yo le pregunté dónde estaba y mi papá no me quería decir. Pasó mucho tiempo para que él me dijera que lo habían secuestrado, torturado y fusilado. Margarito conoció a mi hija como de dos meses de nacida. Luego se tuvo que ir y jamás volvió a regresar. Eso es triste, no saber dónde quedaron sus restos. Fue una persona muy valiente. Cuando hubo la emboscada en Lomas Estrella, él trató de salvarle la vida a mi papá. Por eso él se lanzó primero por la ventana para distraerlos, para salvarle la vida a mi padre. Más tarde mis primas no quisieron volver a saber de las tragedias que hablamos pasado. En mi caso, había perdido a mis tíos y mi padre estaba vivo.

Para ellas era más triste, porque se les habían muerto dos de sus hermanos y los dos tíos. Mi tío Salomón y mi primo Antonio habían muerto en Madera, en el ataque a los cuarteles. Mi tío Juan Antonio y mi primo Lupito se habían incorporado en la sierra con otra guerrilla, con otro comandante amigo de Arturo Gámiz, con Óscar González. Ellos lucharon en un aserradero cercano a Tomóchic, y en Yoquivo, y en Mesa Larga, cerca de Uruachic. El ejército los persiguió y les dio alcance en Sonora, después de que habían atravesado la sierra entera. Ahí los fusilaron, en un lugar llamado Tezopaco. Mi padre recorrió esa región para averiguar quién los había delatado; quería saber si había mediado traición. El ejército capturó a mi tío Juan Antonio y a mi primo Lupito en la carretera. A Óscar González y a los demás compañeros los capturaron en los linderos del poblado, porque uno estaba herido de una pierna y se hallaba muy desangrado. Los fusilaron a la orilla de Tezopaco, junto al camino. Todos fueron valientes, ninguno se rebajó frente a los soldados pidiendo clemencia. Tampoco aceptaron que les vendaran los ojos; decidieron ver la muerte de frente. Mi padre recibió la información de los vecinos del lugar y nos lo dijo a la familia. Pero mis primas ya no querían saber nada, no querían seguir recordando tragedias. En mi caso, decía yo, murieron mis tíos, pero mi padre estaba a salvo. Y yo estaba hecha para entender que mi padre seguía luchando y yo respetaba su lucha. Yo no podía pensar algo que no fuera la lucha de mi padre, que no fuera ése su destino. Y su lucha llenaba mi mente, mi corazón. Pero dije que a mis primas se les murieron dos hermanos y dos tíos. Mi tío Salomón y mi primo Antonio, en Madera; mi tío Juan Antonio y mi primo Lupito, en Sonora. Claro que los hermanos duelen más que los tíos. O en el caso de mi tía Albertina, no hay mayor dolor que la muerte de los hijos. Ella sufrió mucho en Madera con la muerte de mi primo Antonio, sobre todo porque no pudo rescatar su cuerpo de los cuarteles y sí el de mi tío Salomón. No sé

cómo habrá sufrido cuando se enteró de la muerte de Lupito, sin ver su cadáver, ella tan lejos, aquí, en esta ciudad. "La muerte de los hijos es una tortura", decía. Todas mis primas estudiaban. Desde que se fueron a Cuatitlán, empezaron a estudiar, a trabajar. No tuvieron problemas después. Fue una decisión de mi tía.

EPÍLOGO

Jesús Vargas Valdés

Carlos escribió en su libreta las últimas palabras de Monserrat hija, el 8 de noviembre de 2009; eran las once de la mañana y la luz del sol entraba plena por una ventana que tenía enfrente. En esa dirección se quedó mirando unos instantes, como lo hacía siempre que buscaba la palabra precisa o la frase exacta. Era como un ritual levantar la cabeza dirigiendo la vista hacia la ventana, sin propósito alguno, sólo pensando, pensando. Otras veces se concentraba en las flores que estaban al otro lado de los cristales, sobre una pequeña terraza. De vez en cuando se entusiasmaba con la visita de un colibrí, que se dejaba observar confiadamente a cambio de que nunca le faltara el agua azucarada de color rojo que periódicamente preparaba él con esmero, y cuando Susana, la esposa, andaba cerca, la llamaba y con el entusiasmo de un niño le indicaba que mirara hacia la ventana.

No se había sentido bien durante las últimas semanas y notaba que había perdido algo de peso, pero se lo atribuía a que desde finales del año anterior había modificado su alimentación, optando por comidas ligeras, reduciendo el consumo de grasas y la cantidad de vino. Pero ese día en especial se sentía muy bien en el estudio donde había trabajado los últimos diez meses.

En su casa tenía dos estudios y Lucy, su asistente, los identificaba simplemente como el grande y el chico.

El estudio grande, donde trabajaba y recibía en ocasiones especiales la visita de amigos, discípulos o algún periodista de confianza, por su orientación y su tamaño era el más frío y le gustaba usarlo principalmente en verano. En uno y en otro él quedaba rodeado de libros, pero en el grande lo acompañaban los más valiosos, los más

raros, los que había leído en su juventud, cuando se dedicó a los clásicos griegos. En este estudio había instalado una gran mesa rústica de madera, que invariablemente se encontraba cubierta de carpetas, libros y papeles, todo acomodado con una lógica que sólo él podía descifrar. Una lámpara antigua de latón iluminaba el espacio de trabajo; esta lámpara, de estilo inglés, al igual que la máquina de escribir, podía estar en uno o en otro estudio según la temporada. Carlos era muy sensible al frío, y no se concentraba bien si no se sentía en un ambiente cálido.

El estudio chico era el menos frío, el más privado, donde se metía a trabajar casi todos los inviernos. Este espacio también se encontraba saturado de libros, más o menos ordenados de acuerdo a sus necesidades e intereses, y entre todos los títulos destacaban las obras que llevaban el nombre de Carlos, casi todas en diferentes ediciones y algunas traducidas a otros idiomas; también estaban aquí los libros que había utilizado como fuentes de consulta en sus últimos escritos y las obras de sus amigos chihuahuenses. Cuando trabajaba en este lugar no recibía visitas y no tenía línea de teléfono. La mesa de trabajo era más chica que la del otro estudio y se podía considerar como una antigüedad. La superficie era redonda, montada sobre un macizo pedestal.

Habían pasado varios meses desde que tomó de corrido la escritura de la novela, y en ese último tramo ya no se desprendió de ahí hasta concluirla. Periódicamente le daba a Lucy su libreta para que pasara a la computadora cada capítulo, y ese intercambio podía repetirse tres o cuatro veces, hasta que él quedaba satisfecho.

El último capítulo quedó pues concluido en la libreta el 8 de noviembre. Ese día dejó que la emoción lo inundara; había cumplido y estaba satisfecho. Dejó los lentes y la pluma sobre la hoja de papel donde reposaban las últimas líneas, escritas en color azul. Su fiel

máquina Smith, de color negro, se había quedado sobre la mesa del otro estudio, porque desde el principio había decidido que la epopeya de *Las mujeres del alba* tenía que escribirla a mano, con la pluma fuente que más apreciaba. Y ahí estaba toda la historia, en las páginas de esa libreta de la UNAM que en la parte inferior de la portada mostraba el logotipo del Programa Universitario México Nación Multicultural.

Los dos últimos capítulos los había trabajado con especial esmero, porque con ellos cerraba el círculo que había iniciado el 23 de septiembre, igual que en *Las armas del alba*. Había decidido cerrar con Herculana, Monserrat madre, Albertina y Monserrat hija. Después del punto final, ellas le dedicaron una última mirada desde el escenario que él había levantado para contar su historia; saludaron por última vez y, junto con las demás mujeres del alba, se quedaron para siempre con Carlos esperando a los futuros lectores de esta novela.

Por su parte, él recorrió con una mirada periférica todo lo que le rodeaba; estaba satisfecho porque había logrado concluir una obra diferente a todo lo que había escrito hasta entonces. Pero además estaba feliz por haber cumplido una promesa que había dejado en Ciudad Juárez seis años atrás, durante la presentación de *Las armas del alba*, evento donde, al final, la profesora Alma Gómez le había cuestionado que en ninguna parte de su libro se miraran las mujeres.

Recordaba que ese día explicó que no había mujeres porque la historia tenía como epicentro el asalto al cuartel de Ciudad Madera, pero ahí mismo prometió que escribiría otro libro dedicado a las mujeres de los guerrilleros. Por fin, ese día lo había concluido; pero desde mucho antes, cuando todavía le faltaban las últimas páginas, tenía la certeza de que estaba logrando algo trascendente.

En aquellos días estaba concentrado y casi no aceptaba llamadas de nadie, ni entrevistas ni invitaciones. Con su manera de decir las cosas, le indicaba a Lucy, su colaboradora constante, "ya casi", "ya casi"...

Cerrando los ojos disfrutó el placer de estar ahí, en su mundo intelectual, rodeado por sus libros, donde se encontraban cientos de personajes que habían adquirido vida a través de la palabra escrita; seres que en momentos de grandes celebraciones, como la de ese día, se liberaban de las páginas de los libros y flotaban como luciérnagas invisibles, llenando el espacio de afectos y de profundas emociones, que solamente el intelectual comprometido con las causas justas llega a conocer y a vivir.

En aquella especie de ensoñación sintió cómo se sumaban a la multitud etérea las dieciséis mujeres del alba, y se posesionaban para siempre de su mundo... de su espacio... Pensó fugazmente en Herculana, la que más le había cautivado; repasó la escena del viaje a la ciudad de México en busca del hijo guerrillero y la decisión de no buscarlo más después de enterarse que estaba bien; recordó las últimas palabras que le dedicara Monserrat a su padre, y decidió que sí, que en esa expresión de amor y respeto se conjugaban los sentimientos y la actitud de todas las mujeres del alba hacia sus hombres, hacia sus compañeros muertos.

Así permaneció muchos minutos repasando su obra, y cuando salió se la entregó a Lucy, diciéndole al mismo tiempo: "¡Ahora sí, creo que ha quedado perfecta y siento que es mi mejor novela!"

Lo mismo le dijo a Susana, su esposa, aunque no dejó de preguntarle durante varios días qué pensaba ella, cómo creía que iban a responder los lectores... y dudaba, pero luego volvía a decir con la misma convicción: "¡Es mi mejor novela!"

Desde muchos años antes, quizá desde que empezó a escribir, había adquirido el hábito de enviar la primera versión de sus trabajos a quienes, entre sus amigos, podían hacerle sugerencias. En este proceso transcurrieron ocho semanas, hasta que el 11 de enero entregó la versión definitiva con todos los cambios y correcciones que

había considerado.

Para entonces ya se había declarado el mal en su organismo, y Carlos era sometido periódicamente a tratamientos que le producían dolor y cansancio, sin embargo los planes y proyectos seguían dando vueltas en su cabeza, decidió que después de la primera edición de *Las mujeres del alba*, integraría esta novela con las dos anteriores, *La fuga* y *Las armas del alba*, y si las cosas cambiaban y le quedaba tiempo intentaría escribir la que se había quedado pendiente: la del movimiento guerrillero de 1968, encabezado por su amigo de la preparatoria Óscar González Eguiarte. Ya no hubo oportunidad.

El 20 de enero le aplicaron un estudio de medicina nuclear que resultó muy agresivo, porque alguno de los elementos químicos que llevaba el suero le produjo una reacción alérgica devastadora.

Aun así se dio el ánimo de viajar a Torreón, Coahuila, del 5 al 6 de febrero, donde habló ante los maestros rurales.

De ese viaje regresó agotado, y en los siguientes días se derrumbó su resistencia, ya no recibió a nadie, se sentaba frente a la ventana y ahí se quedaba hasta dos horas según el cansancio.

Para tratar de animarlo, su hermana Eugenia llevó unos apuntes que había escrito con recuerdos familiares de la niñez en Parral, aprovechaba para leérselos cuando estaban reunidos alrededor de su cama los hijos y la esposa. Carlos disfrutaba pero la mayor parte del tiempo escuchaba en silencio. Un día, cuando estaba muy reconcentrado, le preguntó su hija Jimena en qué estaba pensando, y él le contestó que se estaba acordando de que su papá nunca le había querido comprar un carrito de pedales.

El 22 de febrero su salud empeoró y tuvo que ser internado, agravándose día con día su situación, hasta que antes del alba del día 28, Carlos se fue con sus recuerdos.

Quisiera ahora estar sentado
en una gran piedra bajo los árboles
y sentir el paso del viento...
O leer, o pensar, dejando pasar estas horas.
O a la orilla de un río donde mi hijo pudiera bañarse
mientras yo lo contemplara, fumando.
O estar en un huerto fresco, en otoño,
cuando se varearan los nogales y las nueces cayeran
sobre la tierra como en mi infancia.
Sí, estar ahora en un huerto fresco
donde mi madre volviera a vivir
y se sentara a mi lado bajo la sombra,
a conversar de estos años...*

Referencias

EPÍLOGO
Jesús Vargas Valdés

[1] Carlos Montemayor, "Finisterra", en *Abril y otras estaciones (1977-1989)*, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, p. 76.